


Luis Alberto Sánchez

LOS REVOLTOSOS



mosca azul editores



Digitized by the Internet Archive
in 2024

<https://archive.org/details/losrevoltosos0000luis>

L. A. Sánchez / *Los revoltosos*

PRIMERA EDICIÓN
LIMA, 1984

©
MOSCA AZUL EDITORES SRL
CONQUISTADORES 1130
SAN ISIDRO, LIMA, PERÚ
FONO 41-5988

PQ
8497
S245
R48
1984

Luis Alberto Sánchez

Los Revoltosos

Relato esperpento



mosca azul editores

*La ruda desnudez de
la verdad bajo el
diáfano manto de la
fantasía*

Eça de Queiroz: *La reliquia*

Si algún personaje o hecho
pudiera confundirse con la realidad
se trataría de una coincidencia.

ESCENARIO

De tanto crecer te quedaste chica; de ciudad capital te convertiste en urbe de villorrios. Te sobra el calificativo de desflecada, no te reconocería ahora ninguno de los que mecieron tu infancia florida, aromada de jazmines y lirios y claveles y tímidas violetas y geranios.

¿Los balcones morunos con sus encajes de caoba? ¿Dónde? ¿Tus fuentes de metal y mármol? ¿Dónde? Tu uniforme arquitectura de puertas anchas y zaguanes profundos formaban un macetero florido como los de Sevilla. De tanto derribar murallas, abrir puertas, trazar carreteras y avenidas, te barrió el viento de las migraciones intempestivas y repentinas. Te violaron, "virgen solemne", tus propios parientes. Las provincias cumplieron su ritual venganza deshaciendo lo que de más insobornable tenías, haciéndote provincia mayor, sin boceto, ni orgullo, ni trapío.

Pese a los rezagados colorines de los hippies la ciudad seguía siendo color de niebla. Sus habitantes pasan un reiterado tinte de canela: "canela fina", dicho que aullaba el Virrey Amat al mirar encandilado a la Perricholi. Canela y niebla. Las nubes no son gordas, pero sí espesas. Juega el sol entre ellas el secular juego de los "escondidos". Cuando se debilitan las grises nubes, los rayos del sol hacen arder las frentes y los hombros de los viandantes. Para hurgar el secreto de ese juego nos decidimos a volar. Bajo

el aeroplano, la ciudad era un colchón de algodones, casi regular y compacto. Bajemos para horadar el colchón de Lima.

La ciudad se veía como un enorme erial plumizo, salpicado de "alfilereros" cuyas puntas ya empezaban a inundarse de gris. ¿Qué gris? ¿Pardo Van Dyck? ¿Tierra de sombra? ¿Tierras de sierra? ¿Qué gris? ¿Qué plumizo? No me atrevo a definirlo: era un color de pesadilla infernal, roto por estridencias arquitectónicas.

—Debo declararte que me siento conturbado.

—Mira, tú, Lima parece por lo diaspórica, (qué palabra, ¿eh?) una enorme estrella con puertas hacia Ancón, hacia el Callao, hacia Miraflores, hacia Chosica, hacia Lurín.

—Son muchas puertas, compadre.

—Las puertas, como las ruedas, no están sujetas a cartabón aritmético, ni a sistemas logarítmicos. Las medusas soportan sus reglas para adherirse a las rocas o aferrarse a la arena, las estrellas se prenden del firmamento como los moluscos a la roca, por estrías, por segmentos.

—Háblame de la ciudad, no de los moluscos, ni de las estrellas.

—Lima ya no es lo que era. Ha perdido su estirpe clásica. Ya no es la de Pizarro; ahora es la de Juan Pérez Chumpitazi. Perdió el marquesado y la ciudadanía.

—Alabado sea Dios y bendita sea la Constitución.

—Mezcla de abstracción y hechos auténticos, se puede llegar a la cordura.

Empecemos el recuento renovado, redimente y reversible.

Je, je, je.

Ja, ja, ja.

* * *

CAPITULO I

POLITICA Y JARANA

De la Quinta de Palermo surgió una veloz motocicleta con el escape abierto, haciendo un ruido enloquecedor. La tripulaban un hombrón grueso y una muchacha que, desde el asiento trasero, tendía los brazos al piloto apretándose contra él. Llevaba el hombre, como de adorno, un par de gruesos anteojos ahumados y una sonrisa ancha, de extremo a extremo. Bajo la chaqueta de cuero se advertía un torso fuerte. La muchacha tenía el cabello sujeto por un pañuelo de colores. Sonreía ufana, como quien se desposa con un titán.

—Ahí va el hombre con la “piba” de turno. Le ha dado por las chiquilinas desde que le pasó el duelo por la muerte de su esposa, a quien Dios guarde; pues era una santa.

—Las pibas lo van a perder. Aunque sea un toro, tanto rumiar atora.

La moto rezongaba a toda velocidad. Se metió por el portón y dio varias vueltas por el parque interior. El hombre se detuvo frente a la puerta de la morada.

—Vamos a tomar un trago. Adelaida, hemos merecido lo que venga —y rió a toda boca, a todo diente, a toda muela.

Adelaida, de unos 18 años, caminó con menudo y fiero paso hacia la pequeña escalinata que antecede el hall. El mayordomo, de chaqueta blanca corta y corbata negra (un “Eto”), abrió la

cancela haciendo una venia. El hombre arrojó los guantes de cuero sobre una mesita de marquetería.

—Pasá Linda.

La cancela abatió suavemente tras las espaldas de los ingresantes.

* * *

—Ha venido el Comité de Estudiantes latinoamericanos. Están citados por el Comandante Escobar, señor.

El hombre subió al primer piso y bajó marcando el paso, vestido de sport; pero sin la casaca de cuero.

—Hazlos pasar y que preparen refrescos y unos bocados de chorizo, mortadela, queso y unos pejerreyes del Paraná, cortados en trocitos, también vermut y sifón.

El comité de estudiantes latinoamericanos se puso de pie y aplaudió ardorosamente cuando el hombre entró a la sala.

—Che, qué bueno verte Céspedes, y a ti Santibáñez, y a ti, y a ti.

El CELA rindió su informe. En los países vecinos estaba *in crescendo* la fama del hombre. Los vecinos del otro lado de la Cordillera repitieron su visita del año 53; en el norte seguía el compás de espera, creado por el asilo del líder; en el Altiplano se preparaba una revolución civil.

—Hay que alentar a los del MNR. Pueden ser gobierno en cualquier momento. ¿Qué piensan los estudiantes del Litoral?

—Los informes son tan puntuales que no parecen ciertos.

* * *

—Están incendiando varias iglesias en la ciudad. La que se halla en la calle Bolívar casi frente al City Hotel a dos cuadras de la Casa Rosada, está ardiendo por sus cuatro costados.

El hombre se pasó la mano por la barba, se le veía perplejo.

—¿Qué más?

—Parece que hay otros incendios, todos en iglesias. El pueblo está furioso y no respeta la cruz.

El hombre ya no sonreía. Siguió indagando con los ojos. La gente opina que los mismos que incendiaron el Jockey Club y la Casa del Pueblo, hace dos meses, son los que han incendiado las iglesias.

El hombre esbozó una pregunta.

—¿Se podrán ligar los incendios de ahora con los de ayer?

El comandante que informaba, vaciló:

—Mi General, yo diría que parece que sí.

El hombre recordó el episodio anterior. Una turba de descamisados, sabiamente dirigidos, se lanzó hacia la calle Florida. Los turistas huían despavoridos. La turba se detuvo ante el exclusivo Jockey Club y ante el Club de Armas y los invadieron portando teas incendiarias. Momentos después, muy cerca, ardían muebles lujosos, cortinas, bibelots europeos, panoplias, alfombras y libros. Sí, y libros.

—Así es la ira popular.

—Se acabaron los copetines de estos bacanes —exultó un tipo de cabello rubio y labios de ballena.

—Ni lo diga compañero, lo mismo está pasando en la Casa del Pueblo.

En efecto, en pleno centro estaba la Casa del Pueblo, sede central del socialismo porteño donde se amontonaban libros, escritorios, cajones, butacas, cortinas, envuelto todo en ceniza y fuego.

Los líderes socialistas se hallaban en Villa Devoto. El viejo Nicolás Repetto, flaco y alto, y el mosqueteril Alfredo Palacios, de larga peluca y largos bigotes kayserianos, tomaban el sol en el patio del presidio. Presos por el delito de ser socialistas.

El hombre reaccionó.

—Disculpen, amigos, la entrevista ha terminado, tengo que atender a otras cuestiones. Disculpen, postergaremos la reunión.

Yo los citaré muy pronto, ché. Bustamante, acompañá a los señores a la puerta.

* * *

En la Embajada de Colombia, en Lima, el comentario distaba mucho de ser pesimista.

—Me parece —dijo el asilado— que han cometido un gran error.

—La Iglesia es como las bayonetas según la frase de Taylle-
rand: uno puede hacer con ellas cualquier cosa, menos sentarse en-
cima. La Iglesia es en realidad un mito.

—Pues en el caso de la Iglesia sobra el debate: es mito y rea-
lidad. Tocarla sin ton ni son significa locura.

Hubo un prolongado silencio. El conserje entró con un libro
grueso, empastado a la española.

—Señores, el señor Moro le envía este volumen. Dice que es
de la colección Riva. . . Rivade. . . Rivadeneira, perdón si leo mal.

José María Moro, secretario de la Embajada de España, envia-
ba al asilado de Colombia un gran tomo con las obras de Quevedo.

—*¿Política de Dios?* Qué Dios me asista. .

* * *

Las llamas inundaban el ambiente. Desde el City Hotel un
grupo de turistas contemplaban el horrible espectáculo.

—Esta gente se ha vuelto loca. Los descamisados han cometi-
do hoy la más trágica de sus torpezas. Este error los empujará al
fracaso.

—No entiendo cómo un hombre tan astuto como éste puede
haber cometido tan gruesa equivocación. Se ve que le hace falta
su compañera.

—Ella sabía odiar más aún.

—Tenía talento y tacto.

—Creo que eres muy severo. ¿Te acuerdas lo que le hizo a Mr. Millen? Era algo como esto: irremediable.

—¿Temen por la suerte del sistema?

—Estoy seguro de que no tienen enmienda.

* * *

—Don Víctor, don Víctor. Cayó Perón.

El empleado de la Embajada del Perú venía caminando con un diario en la mano. Haya devoró la noticia. Un cable de Milán informaba sobre la pena con que se había recibido la noticia: "Il Generale Perone" había perdido la Presidencia de su país.

—Fíjese que en Italia se lamentaba más el hecho. Porque los Perón dicen que eran de origen italiano.

El interlocutor meneó la cabeza negativamente.

—Después de todo, lo que importa es la conducta no el origen. Déjeme los periódicos. Gracias, y salude al Embajador.

* * *

El Café "Términus": pintado de colores azul y blanco, mostraba su destacamento de camareros ávidos de parroquianos y de *cocottes* añosas, de ojos penetrantes, ansiosas también de clientes al paso.

La Plaza de Saint Lazare estaba atestada de taxis, buses y limosinas.

—Víctor, Víctor, cayó Perón. Odría se tambalea. Noticias de Lima, el tirano anuncia que convocará a elecciones. Todavía subsisten odios contra el APRA.

—Qué bueno, qué bueno. Pero déjame respirar y leer. Bonito habría sido estar en el Perú y descansar en sus playas. ¿Qué dicen ahora los compañeros apro peronistas?

Y soltó la risa un poco amarga, pero risa al fin y al cabo.

—Como decía Rabelais, reír es mejor que vivir llorando.

—Sí, señor.

* * *

Tenía que tomar el próximo tren para ir a Bruselas y apresurar su regreso a París, donde lo aguardaban amigos del Perú y la infinita bondad de don Eduardo.

El viajero llegó a Bruselas. Pero en la estación misma le entregaron un cable de Lima. Leyólo rápidamente y comentó con el Embajador, su viejo amigo, un hombre ya entrado en años, sonriente, incisivo y poeta:

—Pablo, voy a ser tu huésped sólo por horas. Hay novedades en el Perú, entre ellas una sublevación en Iquitos. Yo creo que se acerca la hora, pero temo no estar de acuerdo con algunos líderes de mi propio partido y contigo mismo: hay alianzas imposibles o muy difíciles. Debo meditar.

Bruselas estaba quieta y solemne. Desde su pequeño pedestal en la vieja plazuela y en medio de una fuente, el “Manecken Pis” orinaba sonriente agua para alimentar el caudal de la fontana. El viajero sonrió al paso. A la mañana siguiente otra vez el tránsito a la estación y otra vez al tren.

El tren corría por los vastos campos de la champaña. Después de varias horas de veloz carrera la locomotora entró jadeando a la estación de Saint Lazare. Con sus valijas en la mano el ex-asilado de Lima abordó un taxi. El viejo chauffeur de largos bigotes y gruñón acento saludó secamente.

—Bon soir, monsieur, le temps n'est pas bon.

Llovía encarnizadamente presagiando una helada.

* * *

—Tenemos que modernizar los programas. Debe abolirse el memorándum. Todo debe ser explicado.

—Tiene razón pero por vía de ensayo.

—No olvides que la Geografía y la Cronología son los ojos de la historia, y que la historia es uno de los puntales de la ciencia social.

—Estás anticuado: con un resumen de efemérides y un almanaque geográfico se resuelven todas las dudas.

—¿Y si no los tiene a mano?

—¿No guardas en la memoria los números telefónicos que más te interesan?

—Ese es otro cantar.

—Querido colega, es con la misma voz aunque el texto sea distinto.

* * *

—Pasemos al salón de examen.

Los dos profesores entraron en el salón, en las carpetas había unos doscientos alumnos de ambos sexos. Se los notaba inquietos.

El pasante iba y venía por entre las filas de pupitres. Los varones no tenían ojos sino para mirar hacia abajo. En plena exhibición bajo la minifalda surgían muslos y pantorrilas rosados y morenos, todos ellos una punzante interrogación para los muchachos. Una de ellas mordió el cabo del lapicero sin dejar de mirar al pasante intensamente.

—Pégate a la gorda —murmuró uno de sus compañeros de banca: ella tiene la clave.

El pasante empezó a repartir los cuestionarios. Los profesores responsables de la prueba, de pie, observaban a los alumnos. Cuando el pasante llegó a la carpeta de "Perico", el líder de la clase B, éste le dijo entre dientes:

—Tiene que cumplir, el grupo no debe fallar, los otros que se jodan.

El pasante movió la cabeza lentamente y miró de nuevo a la muchacha que, a ojos vistas, no sólo estaba bien formada y sin ángulos rectos en el rostro ni en el cuerpo, sino que tenía coquetería e ingenio. El reloj sonó nueve campanadas. Empezaba la prueba.

Uno de los profesores desplegando un diario susurró al otro:

—El General Merino se ha sublevado en Iquitos. Parece que el viejo vaga por Europa.

—¿Y qué quieres, cojudo, que se acabara de podrir en la Embajada de Colombia o que lo zamparan de nuevo en la Penitenciaría?

—Un líder es un líder.

—Sí, claro, siempre que lo jodan a él y no a ti.

De la fila de examinados surgió un ssht indicativo.

El pasante alzando la voz, pero sin dejar de mirar las piernas exclamó:

—Orden, orden o se anularán los exámenes de este sector.

Miró fieramente a los postulantes y luego, rogativamente, a la muchacha que hizo un mohín desdeñoso, se arregló la falda y siguió escribiendo, escribiendo, escribiendo. El muchacho que estaba a su lado se rascó el sobaco fácilmente por entre la abertura de su polo de siete colores. La camisola estaba sujeta por un cinturón de tres colores que ceñía un blue jean remendado en la rodilla.

—Estos niños bien se disfrazan de pordioseros para aparecer revolucionarios.

—Hm, la revolución la tienen en las medias y en los sobacos. Por lo menos manejan bien los gases asfixiantes; ya es un principio de estrategia eficaz.

El pasante había cambiado de puesto. Otra muchacha de mini-falda dejaba ver un muslo con vellos dorados. Al pasante se le aguló la boca, el reloj dio las 9:30. Quedan dos horas y media más. Y siguió en su puesto, sin cambiar la dirección de los ojos.

CAPITULO II

BANCOCRACIA Y POLITICA

La crema y nata de la sociedad limeña se hallaba vivamente conmovida. El General Odría se había resignado a abandonar la Jefatura del Estado. Después de una infortunada arenga radial contra los apristas, había dejado en claro que no pensaba repetir, el “menú” eleccionario. Se había agotado el eco de Zarumilla, se había concluido el hipnotizante efecto financiero de la Guerra de Corea, había caído el colega Perón y se tambaleaban los cófrades tiranos de Colombia y Venezuela, Generales Rojas Pinilla y Pérez Jiménez.

Pero en el Perú, como en antiguos tiempos, habían vuelto a la carga las mujeres. Era más fácil que antes decidirse a actuar. El gran “cuco”, el catalizador de enojos y protestas estaba lejos, en Europa, impedido de regresar a consecuencia del nauseabundo Decreto de abril de 1954, y su partido seguía soportando la proscripción política. Ya no se necesitaba del gran elector, Haya. Las cosas habían cambiado:

—Señoras, y señoritas: a escoger el más buenmozo, al de mejores modales, al de mejor abolengo, al de mejor “pinta”. Como *Las viudas de la corte del Faraón*, como *Las brujas de Salem*, como *Los fantasmas de Macbeth*, como *Las furias y las iras*, como los competidores de un remate público. ¿Remate público? ¡Bella expresión!



—Dicen que el juego de la “gallina ciega” podría ser considerado un juego de azar.

—No señor: el del “gran bonetón” sí es un juego de azar.

La señora Tristán, nieta de inglés, sostenía enrojecida de entusiasmo:

—Seguro que Manolete es el futuro Presidente. A Manuel lo conocen bien en la Banca. Ha ganado mucha cancha y es lindo; rosadito, con una caída de ojos que adormece y una sonrisa encantadora. Y ¡qué bien se viste! Tiene un conjunto plomo que ni Brummell lo tenía igual.

—Pero, ¿y la historia de su papá?

—Es una historia falsa, y además qué culpa tiene un hijo de lo que haga su padre. Manolete es muy chic, ya fue presidente y nos hizo quedar bien.

La señora Fernández Morales, una mujer madura, morena, alta de estatura, de tentadoras formas exclamó:

—Todo lo que quieras, pero tu Manolito ya anda por los setenta y además está muy gastado. Todos lo conocemos. Su gobierno anterior fue un desastre. Obedecía a los generalotes, perseguía a los apriistas, en fin, un desastre.

—Eso no es cierto, eran tiempos de guerra y Stalin era aliado de Churchill y de Roosevelt.

—No mojes que no hay quien planche.

—En cambio, fíjate en Hernando: qué guapo y qué serio. Todavía anda en los cincuenta y tantos; gran abogado; con una esposa linda que fue reina de belleza, gran poder bancario, gran familia: un lujo. Y qué apellido. El uno viene de un prócer argentino y el otro de un general peruano.

—Ustedes dos están perdidas. Hablando como mujeres: sería absurdo comparar a Manuel y a Hernando con Fernando, mi candidato. Este sí que es buenmozo, y no ha cumplido cuarenta años y tiene una mujer preciosa. Su apellido es ilustre y tiene una cara que hace soñar. ¿Han visto sus ojos, su pelo, su gesto? No hay co-

mo los suyos. Viva Fernando. Es el más lindo, el más joven y el más rico. . . pero no de dinero. Y habla como un ángel.

—Yo no sabía que los ángeles hablaban.

El diálogo tenía por escenario el alto y vasto “hall” del Hotel Bolívar. Había sonado la hora del “five o'clock tea”. Los mozos de chaquetilla blanca pasaban humeantes bandejas de té.

—Yo prefiero un pisco sour, como los que hacen aquí.

—El té me aburre.

Junto a los muros enjabelgados de blanco se alineaban las mesas pequeñas, cubiertas por sendos manteles albísimos.

—Dentro de pocos meses esta Plaza nos dirá la respuesta.

—Siempre que no hagan brujerías en las urnas, ni se metan los apristas. Porque éstos barren.

La señora Morales, inclinándose hacia su compañera y bajando la voz, articuló:

—Tengo una noticia —me da mucha pena— dicen que Manuel se está muriendo en París. No podrá competir.

—¿Qué?, exclamaron las otras dos señoras.

—Lo sé de primera fuente.

—¿De primera fuente?

—Siempre que circula un chisme dicen así.

* * *

Concluía el invierno. Las terrazas de los cafés de Champs Elisées empezaban a poblarse de parroquianos. Las pieles de las mujeres y los paletós de los hombres se batían en retirada. Un grupo de sudamericanos discutía a gritos en torno de una mesa.

—Dentro de un rato llegará Haya de la Torre. Los tres candidatos en Lima buscan su apoyo, ahora se entienden acá.

—Sé de buena tinta que de Lima ha llegado un emisario. Haya lo sabe. En este momento debe estar haciendo gimnasia, está muy gordo y se agita demasiado. En meses pasados Fernando, con unos comisionados de Chile, lo fue a buscar hasta Oslo.

—Manuel ha hecho promesas de respaldar la vuelta a la democracia, mas no se deja ver hasta que no lo operen. Parece que irá a Miami, a una clínica.

En un restaurante vietnamés de la calle Monsieur Le Prince, paralelo al Bol'Mich, había apenas una veintena de mesitas muy apretadas, muy juntas la una a la otra. Los comensales hablan en voz baja y en diversos idiomas. Ojos oblicuos, labios gruesos, que sonreían.

En una mesa se erguía el busto ancho y fuerte de un hombre grueso, de ojos pequeños y tristes y mentón cuadrado; frente a él otro hombre canoso, de gruesos anteojos, pálido, de tórax fuerte. Hablaban animadamente. Al parecer trataban de algo importante pues ambos estaban serios. El del mentón cuadrado dijo en voz alta, como remachando una cláusula:

—Yo soy amigo de Hernando; sin embargo, admito que está equivocado en su adhesión a Odría. Del joven arquitecto tengo referencias incompletas. Me visitó en Oslo, me habló de sus proyectos pro-apristas, pero no me ha convencido. En cuanto al tercero, su conducta anterior fue lamentable. Si ahora quiere cambiar, que lo haga. Yo estoy lejos del Perú y no puedo dar opiniones definitivas. Tú y otros están en el mismo caso. Dejemos que los de Lima resuelvan. Yo les doy mi apoyo. Para mí Priale es un cheque en blanco: está en el teatro mismo de la batalla.

Entró una muchacha risueña, de nariz chica, de pelo corto y ensortijado y de talle esbelto. Miró sorprendida a la mesa aquella:

—Víctor... Luis... qué sorpresa. ¿Me permiten sentarme con ustedes?

Los dos comensales se levantaron. La muchacha los besó y sentándose, acusó levantando el índice:

—Si no están conspirando están hablando de política. Y si no hablan de política están hablando del Perú y si hablan del Perú hablan de política. ¿Qué les parece la charada?

Los tres rieron de buena gana y empezaron a usar los palillos preparándose para atacar las fuentes orientales que les acercaban

en una bandeja portada como una enseña triunfal por "Ju Sui", el camarero que hablaba castellano, francés y no había olvidado el vietnamés.

* * *

En Lima se había reanudado el ininterrumpido chismorreo característico. La ciudad se había transformado. Desde la Plaza de Armas se distinguían los nuevos barrios de la ciudad. No eran por cierto elegantes ni armoniosos; relucían los techos de calaminas y las calles dejaban levantarse un polvo persistente y nada perfumado. El cerro de San Cristóbal, en cuya cúspide lucía una enorme cruz iluminada de noche, se veía poblado por una colección informe de casas improvisadas, paredes de quincha, techos de calaminas, calles torcidas, empinándose por las laderas del cerro ayer desnudas y grises. En el otro extremo de la ciudad, saliendo hacia la sierra, al margen de la carretera central, otra creciente y abigarrada y pobre y maloliente ciudadela trepando por los costados del cerro del Agustino. De casa a casa se veían hileras de alambres de los que colgaba ropa recién lavada. Los perros famélicos derribaban los tachos de basura y se regocijaban con banquetes sucios. Se oían gritos de toda laya, algunos de ellos en quechua, muchos en replana, no pocos en castellano. Más allá del Agustino una veintena de banderas peruanas denunciaban la presencia de otra "invasión". La gente de la sierra, desengañada de su pobreza y su abandono acudía a la capital cuyo embrujo desaparecía no bien producida la invasión. Por la vieja zona de "Huerta Perdida", donde hubiera desde antaño numerosos tugurios, iba creciendo otra barriada, y por el lado de Lurín un Fraile de largas barbas, con sandalias y luciendo un aire imperativo y marcial bajo el sombrero de paja con que se defendía del sol, solicitaba limosna de los transeúntes por la carretera del sur para levantar su audaz Ciudad de Papel: el Padre Iluminato, ex-combatiente fascista en Italia, ejercía ahora el totalitarismo de la caridad. Las barriadas crecían como hongos estrangulando a Lima, dotándola de pulmones artificiales y polvorientos. Era una época en que la ciudad constituía, como en la Europa de los siglos XII y XIII, un sortilegio para los campesinos, es decir, para nuestros serranos. En

Chile eran las ciudades “callampas”, nombre éste que se da al hongo en lengua indígena del sur; en Brasil eran las “favelas” también hacinamientos miserables en los que mulatos ávidos de trabajo y placer desarrollaban extrañas labores y, a veces, aunque parezca paradójica, supersticiones y placeres. En el mismo Buenos Aires, la ciudad industrial más europea de América, y cerca de la estación de Retiro, levantaba sus pobres paredes “Villa Miseria”, de cuyas casas brotaban al compás de bandoneones y guitarras, tristes vidalitos, lamentosos tangos, ruidos y, a veces, el eco de un nostálgico pericón rural mal habido en aquel rincón arrabalero.

—Esta ciudad crece contra su voluntad y sin rumbo; cada vez se parece menos a lo que fue, comentó pensativo el ya viejo Víctor Torres.

—Papá, ¿no crees tú que el Jirón de la Unión ya no es el centro de Lima, ni el ombligo del Perú, como decía tu amigo Valdelomar?

—No digas herejías, hija, por mucho que se extienda Lima y aunque ya Miraflores tenga pretensiones de gran ciudad, el que quiera lucir y el que quiera ser algo, tiene que ser conocido entre la Plaza San Martín y la Plaza de Armas.

—Parece que no conocieras San Isidro y Miraflores.

—Pues tú no conociste Chorrillos que era por excelencia el balneario más típico de Lima. Su malecón, como la Rambla de Barcelona, era un amplio balcón sobre el mar.

—Pero ya no existe, papá.

—Sí, ya sé: se lo llevó el terremoto del 40, pero por mucho que nazcan nuevos barrios, Mercaderes y Espaderos definen la suerte de cualquiera. Un chisme del Jirón de la Unión es peor que una bomba de mucha potencia.

Había empezado a morir la tarde, el cerro de San Cristóbal y el del Agustino se iban encendiendo con focos amarillentos, definitivamente anémicos. Poco a poco las casucas de lo alto cobraban prestigio de casitas de “Nacimiento”.

—La primera vez que viajé a Chile fue por barco. El buque entró a Valparaíso cerrada la noche. Fue un espectáculo imponente.

te como el que vi en Génova el año pasado: los cerros del puerto parecían una feria de luces; los funiculares que subían y bajaban daban la sensación de luciérnagas, de tocuyos como dicen las gentes del Caribe. Yo me quedé extasiado mirándolas desde la barandilla del puente. . .

—También estás extasiado ahora mirando los focos del Agustino, del San Cristóbal.

Carlos sonrió amargamente: de un golpe le había derribado la ilusión que empezaba a procrear su memoria.

—No, desgraciadamente no, pero me habría gustado que mi ilusión de un segundo fuese de nuevo realidad. Había olvidado que estaba en la ciudad del rumor amargo y la crítica constante. Alguna vez Lima fue de otra manera. ¿No era distinta tu Lima, tío Víctor, cuando tú eras joven. . .?

* * *

CAPITULO III

LIMA, LA HORRIBLE

Hablaban un lenguaje retorcido. Al simple hecho de abrir una cuenta corriente lo llamaban aperturar una cuenta en un instituto privado de créditos. A los periódicos siempre así llamados, los apodaban medios de comunicación social; al equipamiento “implementación”, a ofrecer, “ofertar”, a saborear, “degustar”. Se estaba volviendo a la retórica más abominable y dispendiosa, como si se añorase la vida de corte, aunque en lugar de champagne se bebiera pisco y siguieran refiriéndose a las libélulas como chupajeringas.

—Esto se está complicando mucho —rezongó Carlos que había salido de casa de Carmen Rosita para acompañarla a ver la reposición de *Gone with the wind* en el cine Roma.

—Dices que estás preocupado. He oído decir que hay rumores alarmantes. La verdad es que no quisiera comprometerme en nada, ni siquiera en amores. Tengo bastante con mi casa y con papá, sin embargo, debo evitar la inquietud que me causa lo que puede venir.

—¿No quieres que te haga una cosquillita para que te rías? Estás tan seria. Te invito a tomar un café o una gaseosa.

Estaban frente a la Catedral. Uno de los cafés predilectos de la juventud sanmarquina. Los camareros circulaban con sus bandejas en alto y, a veces, con una servilleta al brazo. Cono-

cían a todos y cada uno de los parroquianos; sabían dar crédito de palabra y cobrar oportunamente. Las mesas estaban llenas de muchachos y muchachas que hablaban los unos a toda garganta y los otros cuchicheaban, secreteándose, con aire conspirativo. Las novedades del día giraban todas en torno de un posible cambio en el gobierno. Se hablaba de conjuraciones, de levantamientos, de motines no divulgados, de insurgencias en Iquitos, en Trujillo, etc. Carlos y Carmen Rosita encontraron asilo en una mesa del fondo. Sus vecinos tomaban cerveza Cristal y “pichunchos”. Un muchacho alto, blanco, de ojos tristes y voz alegre, pregonó:

—Para mí un chilcano de guinda, y bien cargado.

Carlos susurró al oído de Carmen Rosita:

—Este quiere dársela de hombre.

—¿Y no lo es?

—Bueno, así parece, pero no hay que confiar de las apariencias ni de las bebidas.

Uno de la mesa vecina sacó misteriosamente del bolsillo una hoja impresa. Carlos miró de reojo e informó a su acompañante:

—“Pan caliente”: es *La Tribuna*.

—Estos apristas son más curtidos que el cuero de mi zapato.

—Pero no andan por los suelos, están subiendo rápidamente.

Las palabras “el tirano”, “la dictadura”, “la oligarquía”, “los explotadores”, volaban como moscas posándose en todos los oídos. Carlos había pedido dos cafés con leche y dos panes con chicharrón.

—Mejor los hacen en el café de la calle Jesús María, donde el yugoslavo.

—Pero aquí hay más ambiente y se encuentra uno con compañeros.

—Eso es verdad, y no se paga más. ¿No es cierto?

* * *

El cine Roma era un teatro enorme con una pantalla gigante y magnífica sonoridad. Carlos ya había visto *Lo que el viento se llevó* y admiraba a Clark Gable. Además había tenido la oportu-

tunidad de ver a Vivien Leigh en persona, una tarde en la calle 45 del oeste neoyorquino. Carmen Rosita había leído la novela y sentía piedad hacia Margaret Mitchell, la pequeña maestra de Georgia. Después de su éxito literario murió atropellada en una calle de Atlanta, según le había contado Víctor, su padre.

De buena gana Carlos habría cortejado a su prima. Esta no lo animaba ni con un gesto. Era cordial, fraterna, alegre, sin embargo algo ausente, predominando en ella un aire misterioso y esquivo como si quisiera librarse de un fantasma.

—Lo que le sucede a tu primita es que no ha podido liberarse de un complejo. Hay que buscar un psicoanalista.

—Sin serlo puedo diagnosticar: a Carmen Rosita le ha faltado el amor de una madre; quedó huérfana de ella al nacer. El amor de padre es de otro nivel.

—Mejor te callas, Carlos, no hagas el ridículo, —le había contestado Julia, que era la única amiga de Carmen Rosita—, ella es una excelente muchacha. Tiene dignidad, es amable, gusta del estudio y prefiere el silencio. Es así.

Durante la película, Carmen Rosita no había pronunciado una palabra, excepto en el intervalo:

—¡Con qué pasión seguía las proezas del capitán Rhet encarnado por Clark Gable, mezcla de contrabandista y de héroe, mitad don Juan y mitad D'Artagnan, aproximación de Bufalo Bill; alto, de ojos negros, con rizadas pestañas, el cabello chato y nigérrimo, provocador bigotillo sobre el labio desdeñoso, el actor participaba en la guerra y en la muerte con descomunal desparpajo. Y Vivian Leigh en el papel de Scarlet O'Hara, cuán fina y alada y rubia, de cutis rosado, apuntada la nariz, el labio tan desdeñoso como el del capitán, reñía a la mami de ojos bovinos, gorda y tierna, apretándola el corset para producir una falsa cintura de avispa! Fue dura la guerra civil norteamericana, el incendio de Atlanta surgía como una pesadilla. Magníficamente tomadas las figuras y escenas, promovían el nervioso morderse las uñas con que Carmen Rosita contemplaba anhelosa aquel episodio dramático y

cruento. Y luego, la paz, la paz siempre incompleta, nunca suficiente, esperada y desoída. Tampoco había hablado Carlos. El público fue dejando los asientos pausadamente.

Después del cine, esto es, cuatro horas después de haberse iniciado la matinée, salieron a la calle. El día había concluido. Ya estaban encendiendo el alumbrado público.

—Vamos a tomar té al Chez Victor, queda cerca de tu casa, en la Plaza San Martín.

Ella aceptó con un gesto.

En la terracita del *Chez Victor* estaban ocupadas todas las mesas, excepto una. Pidieron té, brioches y un trozo de *Cheese cake*. Al pasar hacia el interior del restaurante una voz alegre hizo volver la cabeza de la muchacha:

—Niña linda, aquí hay asiento para ustedes. Quiero hablar con Carlos.

Volviéron la cabeza sorprendidos: en una mesa situada en el rincón exterior se alzaba una mano llamándolos. Eran dos los ocupantes de aquel reducto crepuscular; el uno era un hombre de tez sonrosada, cabello cano, gran cabeza, alto, hablaba con sosiego, algo tartamudeando; el otro, flaco, de gran porte, ojos inquietos y achinados, se humedecía los labios con la lengua, al conversar, miraba a todos lados sin abandonar su tema.

—El buenmozo —susurró Carlos— es Juan Pardo Althaus, Ministro de Hacienda; el más flaco es el Senador Antenor Fernández Soler, amigo del APRA. Tiene una colección de pinturas fabulosa.

Los dos se acercaron a la mesa.

—Me han contado que tiene usted la más completa colección de cuadros de Sabogal, también de la Escuela del Cusco. Y que es muy inteligente y buen financista.

La noche se acercaba a grandes pasos. Carlos pagó la cuenta y tomando del brazo a Carmen Rosita salieron a la Plaza San Martín. De un sótano al otro lado de la Plaza surgieron dos parejas:

—Es el cabaret Negro Negro. Aquí se encuentra casi siempre Sérvulo Gutiérrez, el pintor más valioso y más bohemio de este tiempo. ¿Quiéres entrar?

Carmen Rosita movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No, Carlos, a mi padre no le gustaría, y a mí tampoco. No he nacido para esto, no sé, no me sentiría bien.

Sin mayores comentarios cruzaron frente al Hotel Bolívar y ya en la Colmena, se encaminaron hacia el Jr. Cailloma, donde estaba la vieja casona de los Torres.

* * *

El país había tomado distintas direcciones: terminada la dictadura, la nueva generación se asomaba a la vida desconcertadamente. Hasta allí sus pasos habían estado medidos por severos reglamentos policiales; anduvieron entre la paliza y la cárcel, lo cual volvió duros a los más fuertes y empequeñeció más aún a los débiles. Los muchachos y muchachas buscaban cómo derivar su perplejidad. Era una hora de revisión y, además, eso ocurría no sólo en el Perú sino también afuera. De los Estados Unidos llegaban mazos de turistas diferentes a los de ayer. Los turistas de antaño arribaban vestidos deportivamente y, con sus máquinas fotográficas colgadas del cuello, gastaban comprando chucherías nacionales y supuestas reliquias incaicas; entre ellos abundaba las viejas retiradas, más parlantes que loras y más curiosas que las ratas. Los de ahora vestían estrafalariamente. Antes la gente miraba a los turistas para imitar los peinados de ellas, los anteojos de ellos, las camisas de los dos, etcétera. Ahora también se empezaba a imitar, empezando por los peinados. Llegaban muchachas y muchachos, un poco amulutados y hablando inglés, con peinados a los que llamaban "new look". Las camisas de ellos exudaban vapores deletéreos. La moda era estar sucios. Los más elegantes se cosían parches en las rodilleras para parecer proletarios: estaba de moda ser pobre: no tomaban taxis: levantaban el dedo pulgar cuando pasaba un automóvil y señalaban un rumbo; estaba de moda ser gorrero. Los turistas de ayer significaban por lo menos 2000 de inversión por cabeza: éstos ni 50. Estaba de moda la cicatería.

Las nuevas hornadas de turistas no eran happies, se llamaban hippies.

—Carlos, yo no voy más por la Universidad. Estos hippies apesantan más que los emolienteros.

—Tápate la nariz y observa.

—Prefiero no observar. Me han dicho que los hippies peruanos son peores que los importados. Dicen que las chicas hacen cosas feas hasta en el techo de la Universidad y no te digo nada de lo que pasa en el Estadio de la futura Universidad y que todavía no funciona y que tiene un pabellón edificado.

—No seas regañona, ésta es la moda de los Estados Unidos. ¿Tú no sabes que los negros americanos se peinan levantando un bosque de pasas en su cabeza? A eso le llaman “African look”. Ya no se ponen gomina para lizarse el cabello. Ahora se lo alborotan más para parecer de la selva y usan sandalias, pantalones remendados, camisas chillonas, y usan poco jabón.

—¡Aj!, qué asco.

—Pues eso es volver a su estado natural; está de moda ser descamisado o encamisado o despantalonado.

—O adefecios andantes —concluyó Carmen Rosita con un brillo travieso en los ojos.

Las chicas andaban reduciendo el tamaño de sus faldas y ensuciándose las blusas y con las medias largas y desiguales, y los cabellos hasta los hombros, y sin pintura en los labios: african look, new look, hippies: se estaba retornando no al “bon sauvage”, de Montaigne y Rousseau, sino simplemente al “sauvage”.

—Te aseguro que esta clase es una tortura: hay olores, Carlos, hay olores. . .

—Ya sé que no son perfumes, pero uno tiene que acostumbrarse. Así empieza la revolución.

—¿La revolución? ¿Estás loco? Yo nunca oí decir que San Martín o Bolívar no se bañaban o que Robespierre y Lenin fueran sucios. Eran modestos pero limpios. La revolución no se hace con mugre.

—Es que tú no estás al tanto de los cambios radicales en el Perú. Hoy día en los Estados Unidos, en sus universidades, está de moda Marcuse y tú sabes que esta filosofía ha logrado conciliar a Marx y a Bakunin.

—¿Y eso qué?

—Bueno, ya sé que la política no es tu fuerte, prima. Marx formó la Primera Internacional. Bakunin era la violencia y Marx la ciencia. Después de la Comuna de París, pelearon y nunca más se han unido anarquistas y socialistas. Eso es lo que está condenando Marcuse y por eso lo llaman los estudiantes norteamericanos "new left".

Mira, primo, con todo lo que me has dicho no me vas a convencer que para ser revolucionario hay que ser sucio. ¡Que hasta la nueva línea de revolución haya que importarla de los Estados Unidos!

* * *

La noticia cayó como una bomba, no era una tragedia griega, pero era una noticia dolorosa. Lima vivió acariciando siempre su pasado. Sus tradiciones fueron parte de su orgullo desde los más viejos tiempos. Los escritores que más entretuvieron a los limeños fueron sin duda sus costumbristas. Durante la Colonia entretuvieron a los virreinales los chismes de la "Ovandina", los vituperios del poeta andaluz Caviendes contra los médicos, las diatribas de Terralla contra las costumbres locales. Las descripciones jocosas del autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*, más tarde las descripciones en los diarios limeños de Atanasio Fuentes, el comediógrafo Segura, el atildado Pardo y Aliaga y, sobre todo, las graciosas, bellas y suficientes Tradiciones de don Ricardo Palma. Huidero de todo esto era el poeta José Gálvez, heredero además de un nombre. Más bien feo pero atractivo y benévolo, de largos y enmarañados cabellos. Los ojos penetrantes, irónicos, largo el labio superior, cubierto por un bigote cano que se juntaba a una barba blanquecina, gruesas las gafas. Palma le regaló la pluma con la que escribiera sus últimas Tradiciones.

Apenas cumplidos los setenta caminaba encorvado, iba siempre acompañado por un cortejo de jóvenes. La Primera Vice Presidencia de la República en 1945 y después de 1956. Presidía el Senado con sencillez y honra. Había sido consagrado años atrás como “el poeta de la juventud”. Le consideraban una isla en medio del tráfigo político, había sido profesor en San Marcos y Decano de Letras. Cada tarde impartía una lección de equilibrio.

—El poeta Gálvez murió ayer.

No siempre los sucesos mortuorios sacuden al común de las gentes. En este caso, sí. Gálvez era una figura patriarcal. Envejeció antes de tiempo a causa del aire bondadoso y de cierta majestad con que discurría. A menudo de noche, en la abigarrada Plaza San Martín, sentado en una de las bancas de granito, rodeado por una docena de amigos de toda edad, conversaba de asuntos de ayer y de hoy. Había sido pierolista y conoció de cerca al “Califa”, de sus labios, por entre la maraña del bigote y de la barba, se ensortijaban evocaciones y promesas. Hasta los descamisados y hippies sintieron el mordisco de aquella ausencia. Los funerales adquirieron un tono solemne y, sin embargo, democrático. Del palacio del Congreso, en donde fue velado el cadáver, viajó en hombros del afecto popular, hasta la Casona de San Marcos. Ingresó, cargado por alumnos y profesores. El féretro atravesó el viejo patio de Derecho, pasó frente a la estatua de Javier Prado y fue introducido a la capilla del noviciado, hoy Salón de Actos de la Facultad de Letras. Bajo el techo taraceado de maravillosas estampas eclesiásticas, al lado de la blanca tribuna de madera incrustada de áureos adornos en que habló Bolívar cuando fue recibido por San Marcos. El ataúd todavía con la tapa alzada sufrió los embates de la oratoria docente-estudiantil. Cuántas veces desde el testero de la sala el poeta había presidido las reuniones de su Facultad y tocado la campanilla que Carlos V obsequiara a su hija predilecta, la Universidad o Estudio General de Lima, allá por 1551.



CAPITULO IV

HIPPIES Y GUERRILLAS

Desarrapados, malolientes, melenudos, usando blusas y chaquetas color arena con pantalones de tela azul, blanco o rojo, llevando sandalias en lugar de zapatos. Se besan en la boca en plena calle. Las mujeres lucen los senos y mucha pierna, huelen a mezcla de jabón de gato y orines secos.

—¿Y por qué se llaman hippies?

—Debe ser por *Happies* o felices.

—Andate al diablo con tus cuentos.

—En lugar de ocuparte de tonterías, fíjate en lo que está pasando aquí y en el mundo.

—Siempre pasan cosas aquí y en el mundo.

Carmen Rosita un poco sería fingió dar un pellizco a Carlos y, entre risueña y adusta, dijo:

—Primo, yo no soy una chiquilla. Lo parezco para papá, pero hasta he dejado los estudios universitarios porque me siento mayor y porque tengo que dedicarme a mi viejo. Eso no me impide leer y enterarme.

—No digas zonceras prima —la interrumpió Carlos— parece que hubieras adivinado lo que yo quería decirte. Tú sabe que...

—Ya sé, ya sé, y te lo agradezco, pero no cambiemos las cosas, somos primos y amigos y así andan las cosas bien. Para mí todo mi deber está en mi padre. Ha envejecido mucho...

—Eso no le impide haberse casado de nuevo.

—Por favor, Carlos, no sigas. Víctor Torres es dueño de sus actos y yo apruebo todo lo que haga Víctor Torres.

—Lo que quería decirte. . . —continuó cambiando la voz— es que hay dos noticias importantes que ustedes, que ustedes los jóvenes salvadores de la patria, tienen que resolver.

—¿Cuáles son? ¿Se puede saber?

—No soy Cristóbal Colón, sin embargo el nombramiento de Pedro Beltrán como Ministro de Hacienda de Prado, a quien tanto criticó, y la revolución de Fidel Castro en la Sierra Maestra, son dos sucesos importantes. ¿No es así?

Meses antes había visitado la Universidad de San Marcos una delegación de estudiantes cubanos, encabezados por el Presidente de la Federación de Estudiantes de Cuba, el c. Echeverría. Era éste un muchacho delgado, enérgico y elocuente. En Cuba imperaba la cruel dictadura del General Fulgencio Batista. A diario aparecían en las calles de La Habana, en las de Santa Clara, en las de Camagüey, en las de Santiago, cadáveres con heridas de bala principalmente de estudiantes y campesinos. En la cárcel de Santiago, en la provincia de oriente, donde pocos años atrás se levantara en armas el joven estudiante Fidel Castro Ruz, imperaba un tremendo ambiente de zozobra. La cárcel estaba repleta de “políticos”. El Arzobispo de Santiago había logrado salvar a Castro de las iras de Batista y que se le permitiera fugar a México, en donde en compañía del médico argentino Guevara y del entusiasta Camilo Cienfuegos armaron el plan de una invasión a Cuba y fletaron un pequeño barco, el “Gamma”, en el cual arribaron a la costa oriental. Desde hacía dos años, palmo a palmo, con la cooperación de los campesinos y con la resistencia pasiva de un ejército mercenario e inhábil, el grupo del “Gamma” se había hecho fuerte en las escarpaduras de la Sierra Maestra e inyectaba desde allí fervor y coraje a los partidos de oposición que, en buena cuenta, eran todos, excepto los batistianos y la vieja oligarquía cubana.

De otro lado la situación económica que encontró Prado en el Perú se había deteriorado grandemente. El término de la gue-

rra de Corea se tradujo en una súbita retracción fiscal. La política proteccionista de la dictadura de Odría paralizaba un comercio real y mantenía un cambio monetario absolutamente ficticio. El mayor crítico de la situación económica era Pedro Beltrán, rico hacendado de los valles de Cañete y Mala, propietario de la Hacienda Montalván, que el Perú donara otrora al prócer chileno Bernardo O'Higgins. Había estudiado economía en la London School of Economics, e imbuido de las ideas económicas liberales y, por tanto, adversario de todo control. Beltrán había intentado 20 años atrás convertirse en líder de esta tendencia desde el cargo de Presidente de la entonces poderosa Sociedad Agraria.

Manuel Prado, político ágil, decidió llamar al Ministerio de Hacienda y Comercio a Beltrán, su crítico mayor. La sensación de asombro cubrió todos los planos de la vida peruana y los universitarios se convirtieron desde el primer momento en críticos acerbos del Ministerio de Beltrán, quien, desde el punto de vista internacional, parecía ser un conservador recalcitrante y, desde luego, era acusado de excesiva tolerancia con el imperialismo norteamericano y una cerrada oposición a todo lo que olier a socialismo o social democracia.



El 1º de enero de 1959 los cables del mundo llegaron con la más sensacional de las noticias: el vistoso ejército del General Batista se había rendido a los guerrilleros de Sierra Maestra. Los partidos políticos de oposición a éste pudieron al fin hacer ostensible su adhesión al levantamiento de Fidel Castro. También el ex-Presidente Prío Socarrás, simpatizante del clásico Partido Revolucionario Cubano. Todos presionaron al dictador para acelerar su caída. Un numeroso grupo de guerrilleros, vestidos con uniformes color verde oliva, encuadrados los tostados rostros de hirsutas barbas, a bordo de pequeños tanques, de jeeps y a pie, desfilaron por las calles de La Habana hacia el Palacio de Gobierno. El recio General Batista, Sargento de ayer y hombre rico de hoy, había fugado en un avión hacia Miami, abandonando a sus partidarios. En el Palacio de La Habana debieron levantarse los ánimos de E-

cheverría y los demás estudiantes acribillados a tiros cuando intentaron apropiarse de la casa de gobierno. Cerca de Fidel Castro desfilaban su hermano Raúl, pequeño, rabioso e intolerante; el fuerte y decidido Camilo Cienfuegos; el moreno y de hirsuta cabellera Che Guevara.

—¿Qué tiene que ver ese argentino en Cuba?

—Fidel ha dicho que todo latinoamericano que combata por la revolución es un cubano.

—Pero éste es un argentino neto. Yo lo conocí en Guatemala, a donde llegó escapando de la dictadura militar de su país. Me lo presentó Hilda Gadea, que fue nuestra compañera aquí en San Marcos, como Secretaria de la Facultad de Ciencias Económicas. La china Gadea se autodesterró desde 1949 temiendo que por ser aprista la podían apresar, y trabajó en Guatemala en estadística. El Che se juntó con ella y...

—No sigas con pormenores: lo cierto es que será y es el brazo derecho de Fidel.

En toda América rebotaban las noticias de La Habana: “el imperialismo derrotado”, decían los encabezados de los diarios. El primer gabinete de Fidel tenía como Ministro de Relaciones al Profesor Roberto Agramonte, primo del difunto líder Eduardo Chivás, cuyo suicidio ante la pantalla de televisión, un domingo de agosto de 1951, abrió las puertas del Poder a Batista y las de la revolución a Castro. El profesor Agramonte, sociólogo, antiguo maestro de La Colina, era un hombre grueso, de ojos mansos, aire de obispo y voz apacible:

—A éste o lo fusilan o lo largan pronto.

Cerca del cortejo gesticulaba el profesor Raúl Roa, otro maestro de la Universidad de La Habana. Había sido director de cultura bajo el gobierno de Prío; se confesaba devoto de Chivás y de Grau San Martín: resultaría sucesor de Agramonte y longevo Ministro de Relaciones exteriores de la revolucionaria dictadura de Fidel.

Los estudiantes de toda América empezaron a hablar del nuevo Bolívar:

—¿Has visto que los apristas han paseado un gran retrato al carbón de Fidel, junto a Seoane y Arévalo?

—¿Lo habrá ordenado así Haya de la Torre?

—No, no: yo sé que no confía en Fidel y está urgiendo que se defina sobre la integración de América Latina como respuesta al imperialismo. Dicen que dice que si no, Castro acabará entregándose a la Unión Soviética.

* * *

—Esta noche a las nueve hay sesión en el Palermo. El camarada Fernández tiene importantes asuntos que tratar, uno de ellos un viajecito a Cuba. El Camarada Higuera, ayudante de Fidel, ha mandado los primeros 20 pasajes.

—Ni de vainas faltaré. Chao.

El Camarada Piconelli se alejó silbando una tonada muy del día. Una canción protesta.

“Ya vienen las milicias
con su uniforme oliva
ya nos caen desde arriba
extendiéndonos las manos
como hermanos
como hermanos. . .”

Habían tomado un chilcano de guinda en el Versailles, nombre que ahora lucía el antiguo Chez Victor. El Versailles era el paradero de los hippies europeizantes; el Palermo, más burocrático, era el cuartel general de la “sociedad sin clases”; según caracterizaba Piconelli: A las diez de la noche sólo estaban en el Palermo media docena de revolucionarios; dos de ellos eran mujeres, usaban el cabello largo y desigual, no se pintaban los labios, los jerseys apretados permitían destacar los pezones, la falda corta ocultaba los muslos hasta donde lo permitían los movimientos al cruzar las piernas, los zapatos tenían discretísimos tacones de una pulgada, ninguna joya, una de ellas llevaba un reloj pulsera de plata; la otra una cadenita dorada al cuello.

Ellos lucían largas y grasosas cabélleras, pantalones gruesos y delgados lentes como vainas de sable, usaban los pantalones como ésos que llamaban “al cohete”; sandalias o zapatones de cuero grueso, camisas rojas, verdes, a rayas; casi todos lucían gafas oscuras.

* * *

—Fernández tardará un poco. Se está entrevistando con un emisario de Fidel y del Che.

—¡Qué suerte!, yo me los robaría —exclamó la más pequeña de las chicas.

—¿Y qué harías con ellos?

—No seas curioso... me los comería.

—¿A los dos?

—¿A los dos juntos? —replicó otro, riendo a toda boca (le faltaba un diente en la encía inferior).

Alguien empezó a leer:

“La revolución odia a la luna
caminando disparan al cielo
nuestros fusiles, pum-pim-pim.
La luna ha muerto, camarada,
la revolución, la re-vo-lu-ción
hurra, hurra, vanzai, avanti
la revolución ha triunfado
la sangre de la luna ha muerto
como un licor celeste
se derrama en los cielos.

El día nace de la sangre, señora Isis.

El semen se coagula al rojo vivo
en las banderas benditas
de la revolución proletaria.

Viva Lenin, Viva Fidel Castro”.

El camarada Domitilo interrumpió la lectura.

—Aquí llega el camarada Fernández. En adelante será el camarada Tito.

Entró el camarada Tito con paso rápido. Era un joven delgado, de rostro aguileño, bien peinado. Pertenece a una familia opulenta que le pagaba sus estudios, sus placeres, sus lecturas y su revolución. Poseía un auto coupé Fiat, bastante abollado por sus dos costados.

El grupo se estrechó en torno del camarada Tito. Este pidió suavemente:

—Empecemos.

—Las visas para La Habana se las darán en Arica. ¿Entendido?

—Sí... sí... sí...

Surgieron brindis y lemas.

—¡Por la revolución! ¡Por Cuba! ¡Por Fidel, por el Che, por Mariátegui, por Lenin, por el abuelo Marx!

* * *

Desde San José llegaban los primeros cables:

—El Perú se ha comprometido contra el tirano Trujillo y contra Fidel. ¡Traición! Raúl Porras nos ha engañado. Un burgués.

Surgió un joven atildado, pero firme, con ademanes suaves y voz firme:

—Están ustedes equivocados. Porras se ha opuesto a que condenen a Fidel y ha apoyado la condena al chacal Trujillo.

—Los diplomáticos son todos iguales, unos adulones de mierda.

El joven atildado puso la mano en el hombro del que hablaba:

—Te callas o te rompo la jeta. Porras es un maestro y un señor.

Tito intervino:

—Calma, calma, camaradas. Aquí no se tratan asuntos personales. Eso lo veremos después.

* * *

CAPITULO V

EL CISMA

Los claustros de la Universidad de San Marcos habían dejado de ser un jardín de academos para convertirse en Jardín de las Hespérides.

Carnosos, sonrosados y redondos se mostraban debajo de ajustadas chompas los frutos de tentación "revolucionaria". También florecían en el gabinete de Química, la revolución oral y el amor a hurtadillas con las bombas molotov.

La vieja, la secular Casona de San Marcos había dejado de ser el centro de estudios que siempre fuera para definirse absolutamente como un centro de política y agitación. Lo había sido también pero muchos años atrás y con otros fines.

* * *

Fernández, que ya concluía su período como Presidente de la Federación de Estudiantes, se movía por los claustros con frenética actividad. Se enfrentaba con agrupaciones estudiantiles partidarias de la Reforma Universitaria. El líder de la FEP, provinciano, revolucionario, típicamente comunista, hijo de un sastre de Chepén, es decir, de La Libertad, un trujillano como Haya de la Torre; el próximo Presidente del FEP sería un niño bien, llamado Jaime Vidaurre, hijo de un banquero y de doña Clotilde de la Peñaza, descendiente de los Marqueses de Gomera. Los estudiantes so-

lían lanzar pullas a Vidaurre porque llegaba a la Universidad en un Citroen de último modelo y aunque usaba blue jeans remendados, tenía un reloj Codex con pulsera de oro y se perfumaba. Desde luego, las chicas preferían a Vidaurre, olía bien aunque ellas trataban de parecer mal.

Eso sí, a la hora de los discursos nadie ganaba a los de Vidaurre “in extremum”. “Esta sociedad podrida necesita un baño de sangre, nosotros los proletarios seremos los ejecutores de la voluntad de Lenin”.

—Este muchacho es un gran actor —comentaba el profesor de Derecho Civil—, yo soy abogado del padre, en el Banco, y sé de lo que vive, y cómo vive, aunque a veces se escapa por unas semanas a vivir en un cerro, en una barriada, como quien se va a un safari, a una isla de guano, para cambiar de aires.

—Lo mismo pasa con el Presidente del Centro de Química. No trabaja ni estudia, pero sí perora. Su padre, que es un General retirado, está feliz con su hijito porque le han dicho que es un “pico de oro”.

—Eso no lo sabía.

—Hay otro grupo: el APRA rebelde, que también participa en estos enredos. Dicen que sólo confían en la acción directa. Consideran al Partido fuera de órbita. Dicen que Haya es un conservador y que ha resuelto quedarse. Ya no se irá a Europa; le ha molestado saber que en la última manifestación aprista se exhibieron cartelones con la efigie de Fidel y del Che Guevara. Ha prohibido los viajes a Cuba.

—La verdad es que vivíamos demasiado tranquilos y ahora estamos fregados.

—Me han contado que Perón vive muy feliz en Madrid con una tal Isabelita que es la reemplazante de Evita. Dicen que su casa es magnífica, en la Puerta de Hierro, el mejor barrio de Madrid. No sabemos si todavía corre en motocicleta con alguna “piba” colgada de su cuello, pero no se oye hablar del justicialismo, y en Argentina los peronistas tratan de ser más rojos que los propios comunistas.

—Se han sublevado los Generales.

—El largo De Gaulle fundó la Quinta República para ser un dictador legal, un general democrático y vencedor, el revés de Vercingetorix.

—¿Con qué se come eso?

—Con historia hijo, con historia.

—Estamos requetefregados, al gordo Faruk de Egipto, que comía con cuatro bocas y tenía una mujer preciosa, lo ha destronado otro General, el narigón Nasser. Este se las da de Sesostry para salvar a Egipto. En Grecia, los coroneles se han hecho del asado. Felizmente al General Eissenhower lo mandaron a su casa los demócratas de Kennedy. El mundo está muy alterado.

—Por eso los hippies y los guerrilleros y los camaradas de la faldita alta y el pelo largo hacen lo que les da la gana.

—Estamos fregados. Verdaderamente estamos fregados.

* * *

Después de varios años de haber concluido sus estudios en la Facultad de Educación, Carmen Rosita se había graduado de profesora de Historia. Pero necesitaba un título oficial de Maestría para participar en la dirección del Colegio de propiedad de su padre y que manejaban unos parientes.

Víctor Torres asistió al Grado de su hija. Se realizó todavía en la Casona de San Marcos. Tuvo la alegría de que la ceremonia se cumpliera en el clásico Salón de Grados de la Facultad de Letras, antigua capilla del noviciado de San Carlos. Víctor ingresó por las puertas que daban a la calle del noviciado (hoy Azángaro). Bajó los dos peldaños de piedra, traspuso el primer umbral y absorbió ávidamente el aire del Patio de los Naranjos, encuadrado por ovaladas columnas revestidas de madera. En torno de la pila remozada, grupos de estudiantes, hombres y mujeres, discutiendo a todo grito sobre temas sociales. Víctor Torres sintió que de pronto toda su juventud regresaba con un embrujo de añoranzas y promesas, embalsamándolo de juventud.

—Papá —susurró Carmen Rosita—, creo que venir acá te ha hecho daño: tienes los ojos húmedos. Ten mi pañuelo. Espérame en el patio. Yo entraré sola.

Víctor Torres apretó el brazo de su hija y atinó a decir:

—No te preocupes, estoy un poco nervioso de alegría. . . por ti.

El Salón de Grados, al fondo del patio, lucía su arcaica hermosura, iluminado por los focos eléctricos que se proyectaban de los zócalos superiores. A su lumbre se destacaban nítidamente las efigies plenas de colorido de los evangelistas y los doctores de la Iglesia que decoraban el techo de la Capilla. Al fondo, sobre el estrado, la larga mesa del jurado, con tapete verde, sobre el cual se destacaban un ánfora de plata, que recibía los votos de los doctores, y la campanilla, también de plata, donada por Carlos V, con la que se abría y cerraba la sesión. En derredor de la mesa amplios sillones de vaqueta con monograma de oro en el espaldar.

Carmen Rosita tomó asiento en la primera fila, esperando al Jurado.

Carmen Rosita subió luego al único peldaño del estrado a invitación del anteojudo Presidente del Jurado, e inició la exposición de su tema. Al cabo de media hora un campanillazo le cortó la palabra. Empezó el interrogatorio, le preguntaron que si Pestalozzi, aquí; que si Rousseau, allá, que el profesor Doyg, más allá, que si Lenin, acullá, que si John Dewy, por ahí, y que el pragmatismo, que el romanticismo, que el *open door*, que la escuela de trabajo. En fin, otro campanillazo. Carmen Rosita ocupa nuevamente su asiento junto al estrado. Cinco minutos de la circulación del ánfora para que los jurados depositaran sus notas, y finalmente:

—Señorita Carmen Torres. Ha sido usted aprobada con la nota de sobresaliente, la felicitamos.

El presidente cogió una cinta con una medalla de estaño y la ciñó al cuello de la graduanda. Salió.

Víctor Torres, casi lloroso y sonriente por ello, besó a su hija diciéndole con voz trémula: Te felicito, doctora. . . mi doctorcita.

* * *

Todo el mundo hablaba contra la IPC, se había constituido un comité de defensa del petróleo peruano, con ramificaciones entre los estudiantes, entre el ejército, entre antiguos diplomáticos, entre los ingenieros. De pronto el asunto del petróleo había pasado a ser un tema popular. Todavía no habían abierto fuego los árabes contra el mundo capitalista, con el alza del petróleo a través de la OPEP.

—Este lío le ha costado la vida al maestro Porras. Don Raúl cargó sobre sus espaldas las injustas iras de los desmemoriados. ¿Te acuerdas, Carmen Rosita?

—Yo estuve en la barra de los diputados la tarde que el diputado Benavides le exigió al Ministro Porras que presentara el laudo arbitral que otorgó a la International Petroleum Company el libre usufructo de los yacimientos de La Brea y Pariñas.

—No me acuerdo bien. ¿Y qué pasó, Carlos?

—Pregúntaselo a tu papá. La Brea y Pariñas eran propiedades peruanas. Los ingleses de La Lobitos Oil Field Corporation adquirieron las dos haciendas. El Perú exigió condiciones precisas y en 1915 o por allí, los gobiernos de Perú y Gran Bretaña convinieron en someter el litigio a un juez suizo que residía en París. Después de varios años de debates, los dos litigantes transaron conviniendo en una fórmula a la que el juez suizo, que ya nada tenía que ver, puesto que no había litigio, santificó con una sentencia que llamó laudo, pero que era una simple ratificación, lo cual sólo podía ser hecho por el Congreso del Perú.

—Entonces, ¿el pleito es con los ingleses?

—No, prima, no: una compañía norteamericana fundada en Canadá, la International Petroleum Company, compró sus derechos a La Lobitos Oil adquiriendo también sus obligaciones. El asunto es que la IPC se extralimitó en superficie de terreno, en no pagar impuestos y en sobornar funcionarios. El supuesto laudo es de 1922.

—¿Y qué tenía que ver Raúl con eso si él era Canciller sólo desde 1958-59, cuando suspendió algunas de sus clases en San Marcos?

—Pues en el debate de 1959, cuando le exigieron que mostrara el laudo, resulta que no existía un ejemplar autorizado en el archivo de la Cancillería y don Raúl, que nada tenía que ver con lo anterior, resultó la víctima de las deficiencias anteriores. Eso le acertó la vida.

—Lo que yo sé, Carlos, es que don Raúl se entusiasmó con la revolución de Fidel Castro y trató de defenderla en la reunión latinoamericana de Costa Rica.

—Eso es verdad, el Ministro Beltrán lo desautorizó por cable y don Raúl renunció. Prado no le aceptó la renuncia y don Raúl regresó al Perú físicamente deshecho con el corazón destrozado. Su agonía fue lenta y en pie. Dos veces fui por su casa en la calle Colina de Miraflores. Había enflaquecido terriblemente; el mentón afilado aparecía cubierto de vellos rubios pues había descuidado el afeitarse, sus ojos azules miraban con fijeza, tristes y penetrantes. Me dio mucha pena. Don Raúl tenía 62 años y vivía solo, con una vieja ama de llaves que lo trataba como a un niño. Todos los rincones de su casa, hasta en una tina de baño, estaban llenos de libros. Murió de pena, él, tan patriota, tan sabio, tan orgulloso.

—¿Y eso qué tiene que ver con la IPC?

—Es que con la nacionalización de las fuentes de energía que encabezan Méjico, Venezuela, Irán, Arabia Saudita, la URSS, se ha extendido el movimiento al Perú y se descarga el odio contra los imperialistas de la IPC.

—Ya veo, ya veo, Carlos. Eso es aprismo.

—Pues aunque te parezca mentira, los que hacen la campaña aprista, que tú dices, son anti-apristas.

—No entiendo, Carlos, no entiendo.

—Prima, lee historia del Perú para que te enteres de ciertas locuras.

—Pero, ¿qué historia del Perú, primo?

—Bueno, la que no se ha escrito todavía, lo que está por escribirse.

* * *

Los patios de San Marcos estaban alborotados. La bandera nacional a media asta era como una lágrima pendiente sobre la fachada de la vieja Casona. San Marcos estaba de luto. Había muerto uno de sus mejores hijos. Muchos estudiantes iban y venían del Patio de Letras a la puerta de Derecho. Por allí, se presumía aquella mañana de setiembre de 1960, entraría en fugaz visita final el féretro con los restos de Raúl Porras. Un grupo de muchachos, melenas alborotadas y pantalones como tubos y camisas de varios colores y barbas hirsutas y desflecadas y caras angulosas, esperaban en la acera misma de la calle, mientras otros atisbaban desde la esquina la aproximación del automóvil fúnebre. Sonó en el campanario de la Torre de los Alemanes el toque de media hora. Las ocho y treinta antemeridiano. De pronto, súbitamente, por las antiguas calles de Huérfanos y San Carlos, en el Jr. Azángaro, se aproximaba con inusitada velocidad un coche negro con negros plumeros en su parte alta.

—Oye, brujo, parece que es el cortejo fúnebre de Porras.

—No puede ser, viene muy rápido.

Ya el coche estaba encima, seguido por tres autos con flores y una larga hilera de Hudsons, Cadillacs, Mercedes Benz, Dodges y Fords.

La parvada de muchachos que esperaba en la puerta apenas tuvo tiempo de quitarse.

El cortejo pasó frente a los universitarios sin detenerse. El orador designado para dar el adiós al maestro prematuramente muerto, acudió velozmente desde la pila del patio en cuyo borde se reclinaba a la espera del ataúd.

—No puede ser, no puede ser: hemos quedado con Protocolo en que el cadáver visitaría San Marcos, le rendiríamos homenaje, y media hora después al Cementerio.

El cortejo estaba ya doblando por el Hospital 2 de Mayo, hacia la Av. del Cementerio.

Inmediatamente grupos de estudiantes, hombres y mujeres, se lanzaron a la calle en busca de taxis y camiones en persecución

del cortejo. Cuando habían empezado los discursos llegó la parvada estudiantil al Cementerio. Uno de sus representantes asumió la personería de la muchachada inquieta y rebelde. A la salida del Cementerio, Carlos, muy excitado, trataba de convencer a su prima de que todo eso era obra de la IPC. Carmen Rosita, arrebolada pero serena, lo atajó:

—Yo sé por mi padre que don Raúl era un hombre estudioso e independiente, mas no revolucionario. Si ahora estuvo contra la exclusión de Cuba del conjunto de países latinoamericanos, dice mi papá, que lo conoció mucho, no fue por adhesión a Fidel Castro sino por mantener el principio de no intervención. Era hombre de leyes y un buen diplomático.

Carlos cogió vivamente el brazo de su prima, acercándosele con vehemencia. Ella suavemente se desprendió y le dijo:

—No, Carlos, no. Ya hemos quedado en que somos primos y casi hermanos. No insistas. Te quiero mucho, pero como hermano.

El trató de interrumpirla, ella continuó:

—Me debo a mi padre, que es muy viejo y soy mayor que tú. No insistas, Carlos. Somos los mejores amigos del mundo. No quisiera malograr esta felicidad.

Sin haberse dado cuenta habían caminado a pie la avenida de Maravillas. Habían sobrepasado la colonial Iglesia de Santo Cristo. Entraban por la vía de la Buena Muerte hacia la Plazuela de Santa Clara. En la portada del Molino montaban guardia sucias estatuas de mármol, algunas desnarigadas. Cervantes, Dante, Shakespeare... La muchacha exclamó:

—Aquí debería estar la estatua de don Raúl. Un poco más chica y redondita que las otras, pero sin duda más alegre y vital.

* * *

CAPITULO VI

EL CAMARADA FIDEL

Sonaron tres disparos. Estaban en un descampado en lo alto de un cerro, cerca de Matucana.

—Dispara, cojudo. ¿Se te ha atascado la metralleta?

—No jodas, voy a apuntar, te iba a dar a ti. Quítate rápido.

Tronó la ráfaga; unos trozos de lata volaron por el aire. En un cerro cerca se erguía una pared agujereada.

—Le dí, le dí.

Un muchacho de ojos oblicuos, barbas de chivo, pelo largo, lanzó su boina al aire. Su compañero, un flaco de anteojos, hizo lo mismo.

—Estás progresando. Veremos qué dice el Camarada Camilo.

Un grupo de seis estudiantes con boinas grises de soldados, para protegerse del sol serrano y de las posibles lluvias vespertinas, recibía lección para lanzar explosivos, cargar bombas molotov, desarmar las metralletas, cargar y engrasar pistolas Luger.

—Ya tenemos cuatro grupos bien entrenados; todo un ejercito. Necesitamos más contingentes. Hay que predicar y atraer.

—Sí, hay que ganarlos para la causa.

—Nos va a faltar plata. No nos ha llegado la remesa que esperábamos.

—El camarada Diego está amargo.

—¿Por qué no usamos el método de Stalin?

—No, de Stalin no: de Mao Tse Tung.

—No olvidés que ha comenzado la revolución cultural. Tendremos que destruirlo todo para recomenzar después. Mao ha dicho que Confucio ya no vale para nada; aquí ya tenemos que empezar la vida nueva.

—¿Sólo con bombas y metralletas?

—También con bombas y metralletas.

* * *

—Carlos, ¿leíste los diarios?

—No, todavía no. ¿Por qué?

—Hay un brote de guerrillas en la sierra del norte. En La Convención, en Cusco, hay otro grupo de guerrilleros que ha asaltado una hacienda. En Huanta han asesinado al hacendado Carrillo, se han llevado vacas, ovejas y un camión. La policía está movilizándose. Parece que intervendrá el Ejército.

Víctor Torres, aún sin afeitarse y envuelto en una bata de paño, intervino.

—Me doy golpes en el pecho por haberme jubilado. Aquí se cierne una nueva traición.

—No se puede negar la intervención del castrismo.

—*El Comercio* y *La Prensa* culpan al aprismo.

—Eso es un engaño bobos.

—Papá, he oído decir que ésas no son cosas de Fidel, sino del Che Guevara, el argentino que ahora manda en Cuba.

—También dice que...

—No discutamos. El inspirador de todo esto está en Pekín, y es Mao Tse Tung. Estos no se parecen a los montoneros de Pirola; se trata de crear el caos. Están usando a los indios, a los campesinos de la sierra. La Reforma Agraria que inspira el gobierno no le interesa a nadie.

—Tanto asalto a los Bancos, tanta invasión de tierras, tanta huelga y tanto escándalo contra la IPC van a acabar con el régimen. ¿No crees tú que Prado se pasa de conchudo al hacer eso de don Tancredo, como si el toro no lo fuese a embestir?

—Prado es un hombre de suerte y además tiene una gran muñeca. Maneja los hilos como el mejor prestidigitador; ya viste tú eso de su matrimonio.

—Mira, Carlos, eso es un asunto privado en el que nadie tiene el derecho de meterse.

—Es el Presidente. . .

—Es un ser humano. Ya hubo otro Presidente del Perú que hizo que su primer matrimonio fuese declarado nulo por el Tribunal de la Rota y se casó después en Palacio.

—Me estás hablando de historias viejas: eso fue hace casi setenta años.

* * *

La torre del aeropuerto del Rancho Boyero, entonces ya José Martí, señaló la cercanía de un motor. Venía del sur. Inmediatamente se aprestaron autos y camiones del servicio a recibirlo. El avión venía de Chile; hizo un aterrizaje perfecto. Era un CD-8 esbelto, brillante, ruidoso. Apenas se ultimaron los pormenores del arribo, se inició el desembarco de los pasajeros. La mayor parte eran jóvenes, algunos barbudos, casi todos pelucones y unas muchachas peinadas descuidadamente, con violentos suéters y cortas faldas. Parecían enajenados de sorpresa y alegría al pisar tierra cubana. Dos filas de policías revolucionarios, de uniforme verde oliva y barbas más negras que canosas, la metrallata bajo el brazo, observaban el desembarco.

—Ya estamos en la patria de Fidel, exclamó uno de los recién llegados, flaco, frentón y de gruesos anteojos, sin barbas.

Casi todos venían del Perú, Chile y Bolivia. Su objetivo era estudiar la revolución cubana pero, en realidad, ingresar a los planteles especializados en guerrillas y explosivos: unos iban con

destino a oriente, a Santiago, en donde nació la revolución; otros a las villas, en Santa Clara, donde funcionaba un eficaz centro de espionaje, o sea, de "inteligencia"; algunos partirían a Camagüey, a intensificar el adoctrinamiento. No les extrañó que las paredes lucieran múltiples retratos de Fidel Castro, tampoco les extrañó el encogimiento que mostraban los ciudadanos comunes. A Pedro Gil le había recomendado un amigo de Lima que no dejase de probar los platos del Restaurante Miami, en la ciudad vieja, ni las viandas chinas en un restaurante de la calle Zanjón, ni dejara de asistir una tarde bohemia al pequeño "bistró" llamado "La bodeguita de en medio". Indudablemente aquel amigo pensaba que La Habana no había cambiado nada con la revolución. Los dos últimos lugares seguían siendo frecuentados por los turistas; del primero sólo vieron rastros y bajo otro nombre.

—Aquí no se viene a gozar, chico; aquí somo revolucionario. Eso pendejo burguese no saben lo que e revolución. Vas a volver otro, chico, con el ejemplo del Fidel y de Raúl.

Los muchachos sudamericanos espiaban medrosamente las rondas y movidas ancas de las camaradas, bajo las faldas oscuras.

—Qué mujeres, chico —dijo uno de los viajeros que debió sujetarse los ojos con los dedos para que no volaran tras de una de las camaradas de uniforme.

Evidentemente aquello empezaba a ser otro mundo. No había comodidades; decían que no había miseria y evidentemente se había olvidado el significado de la palabra libertad.

—Pero tenemos justicia, acotó un miliciano de gafas menos negras que sus cortas barbas.

La idea de una Cuba sensual y alegre había cedido al paso de una Cuba arisca, casi mohína. El lujoso barrio de El Vedado se había convertido en un conjunto de residencias de feligreses comunistas. La ciudad no había perdido ni el azul de su firmamento, ni la caricia verde del Caribe, ni el humo de los aromáticos habanos, ni el estímulo de los "buchitos" de café, ni tampoco el ardiente sabor del ron de Baccardi, ni el contoneo de las mulatas con ojos de abismo. Sin embargo un aire cuartelero y conventual

predominaba, aunque se mantuviesen abiertos algunos cabarets de lujo para solaz de los magnates extranjeros que llegaban en "ayuda", a la patria de José Martí.

* * *

De pie sobre el borde de la pila del patio de Derecho peroraba un muchacho de tez cobriza, mediana estatura y hablar un poco tartamudo. Era una arenga levantisca. Un centenar de estudiantes de toda laya rodeaban la pila; desde los corredores del piso alto escuchaban otros y otros. Comenzaba el otoño de 1961. Los diarios traían titulares alarmantes. "Marines yankees desembarcan en Bahía Cochinos". Hasta ese momento nadie sabía dónde quedaba Bahía Cochinos, pero en ese instante cobró los perfiles de un lugar heroico:

—Es preciso, camaradas, juntarnos como un puño (el orador cerró el puño y lo levantó). Este puño significa unidad y amenaza. Los latinoamericanos tenemos que alistarnos con nuestro camarada Fidel para derrotar al imperialismo yankee. Un grito de júbilo. ¡Viva Fidel! ¡Viva la revolución cubana! Estamos conscientes de que el destino de América se juega en Cuba.

Las noticias eran confusas. Un contingente de exiliados cubanos entrenados en Estados Unidos y Panamá había desembarcado en Bahía Cochinos y formado una cabecera de playa. Los milicianos de Castro sorprendidos en el primer instante se reagruparon y a los dos días empezó el enfrentamiento. Los invasores esperaban cobertura aérea, pero los aviones no llegaban. El señor Stevenson, excandidato a la Presidencia de la República y delegado norteamericano ante las N.U., viajó de Nueva York a Washington para convencer al Presidente Kennedy de no intervenir más en aquella invasión de Cuba. Al parecer, el Presidente Kennedy no tenía entre sus planes aquel acto preparado por su antecesor republicano el General Eisenhower. La "Tack force" del Presidente Kennedy estaba perpleja: si no se enviaba aviones los invasores estaban perdidos; pero si se los enviaba la intervención norteamericana sería evidente y América Latina se uniría como "un puño" contra Washington.

La agitación mayor se realizaba en las universidades, estudiantes pobres y ricos coincidían en el rechazo a la invasión si ésta fuese de origen yankee. Dos años antes ya había ocurrido en las puertas de San Marcos un hecho insólito: el senador Richard Nixon enviado norteamericano fue impedido de ingresar a la Universidad y de dictar una conferencia por acción de los estudiantes apristas, comunistas y no pocos independientes. Algo después, el gran escritor francés André Malraux recibió el mismo trato.

—Pero, ¿por qué contra Malraux? —preguntó Carmen Rosita a su primo con tono molesto—. Es un gran escritor y un luchador izquierdista. ¿No has leído *Los conquistadores* y *El tiempo del desprecio* en que ataca a los conservadores chinos y a los comisarios rusos, y también a los nazis? ¿No sabes que Malraux organizó la fuerza aérea internacional para defender a la república española? ¿No has leído *La esperanza*, traducida por un amigo de la casa? ¿Por qué no lo dejaron hablar?

Carlos se defendía difícilmente de la acometida de su prima.

—Es que todos son capitalistas declarados o encubiertos: queremos acabar con el imperialismo.

Entre tanto la lucha en Bahía Cochinos se desarrollaba en detrimento de los invasores. Un muchacho vestido como un payaso, con camisa color sangre de toro, pantalones al tubo color verde, despeinado y con la barba sin rasurar, decía:

—Vamos a acabar con los burgueses y aquí en el Perú haremos lo mismo, tenemos que botar a la IPC y a los gringos. Hay que acabar con el Banco Popular y con los Prado. ¡Abajo la traición! ¡Viva la revolución!

Días después Bahía Cochinos era un gran cementerio: la invasión había sido derrotada.

* * *

Había comenzado a ponerse de moda unas pequeñas pocilgas musicales llamadas discotecas. El ruido que hacían era como pa-

ra despertar a Morfeo o enloquecer a Sancho. Naturalmente los bailes de tan estrepitosos compases parecían epilépticos o, al menos, realizados en plena selva africana. Las muchachas vestidas con brevedad, se contoneaban con furor báquico. Los movimientos de las melenas eran parte de la danza y, desde luego, los senos, las caderas, las rodillas, los labios y hasta los ojos triscando como ovejas enloquecidas, ante un pastor raro sin cayado y sin mochila. Ellos con sus blue jeans que parecían saltar a cada meneo, echaban los codos atrás, se mordían los labios y ondeaban los grasientos cabellos como hebras de alquitrán. Una pareja se pasaba a la otra, daban vueltas como ruedas sin mango, buscando la nota de un saxofón perdido. El estrépito era delirante. Los sabios camareros dosificaban sus atenciones según el delirio de los bailantes. Algunos sorbían ruidosamente algo que todos sabían qué. En una mesa un joven atlético y pelucón confiaba a su pareja.

—Nelly, mañana parto para Cuba. Te convido a la isla feliz. Volveré para hacer la revolución armada. Acompañame.

La llamada Nelly, a pesar de que evidentemente había bebido más de cuatro chilcanos de guinda, negó con un movimiento de cabeza:

—Yo me quedo, Pat, para adelantar la guerrilla. Las mujeres también servimos y hay que acabar con la IPC.

—Antes hay que acabar con Prado.

—La Fuerza Armada está decidida a hacerlo.

—¿La Fuerza Armada con los comunistas?

—¿Y por qué no? El ejército rojo con Trotsky fue partidario de Lenin.

—Eso fue en Rusia, hace más de cuarenta años.

—Marx ha dicho que los países no industrializados no serán los que...

—Prefiero bailar a marxear.

El pianista aporreaba las teclas como un desesperado. En el disco, que en ese momento llenaba la sala con su infernal bullanga, surgió entre las notas el vibrante acento de una trompeta.

—Pat, Pat, ése es Sachko Lou Anderson, el mejor trompetista del mundo.

—El negro más feo querrás decir, Nelly.

Al salir de la discoteca la noche había envejecido un poco. Garuaba fina y tenazmente como suele ocurrir en las noches invernales de Lima. Desde luego, ni una sola estrella en el cielo. Más gris que añil a pesar de los ocultos luceros.

De un automóvil salieron cuatro gritos: ¡Abajo los yankees!, ¡Abajo la IPC!, ¡El petróleo es peruano!, ¡Muera Prado!

Pat, que acababa de salir de la discoteca, sin pareja, cruzó una pequeña bufanda al cuello y hundió sus manos en los bolsillos apretando el paso para entrar en calor.

* * *

CAPITULO VII
LA BLINDADA

Desde las 7 de la noche de aquel turbio día de junio comenzaron a inundar las pizarras de los periódicos y las de la Casa del Pueblo, guarismos y guarismos. Se habían realizado las Elecciones Generales que pondrían fin al tranquilo gobierno de don Manuel Prado. Contendían cinco candidatos, los principales eran: Haya de la Torre, Fernando Belaúnde y el General Odría. Las primeras noticias de Lima conmovieron a la gente de la casa de Alfonso Ugarte: era evidente que en Lima los primeros puestos se los disputaban Belaúnde y Odría, y que Haya de la Torre quedaba en tercer lugar. Los números cambiaban en las pizarras sin alterarse tal resultado. Lo mismo daba que las mesas escrutadas fuesen del distrito del Rímac que de la Victoria o de Chacra Colorada: el orden no variaba. Al filo de la media noche, Haya de la Torre, en casa de un pariente suyo que vivía al comenzar la Av. Arequipa, bajó del piso alto para recibir a unos periodistas. Estaba notoriamente tranquilo, dominándose; vestía una bata de lana color verde botella y anudaba a su cuello una chalina de vicuña. Parsimoniosamente saludó a los periodistas. Con voz un poco cansada les previno:

—Estos son los resultados de Lima, faltan los de provincia. El Perú está en provincias, ya verán.

Y efectivamente, al amanecer las cifras del norte habían cambiado la fisonomía de los comicios. Las del sur no eran ventajoso-

sas, pero las del sólido norte y las del oriente y parte de la Sierra Central compensaban largamente los primeros desengaños limeños. Pasaban los días y, pese a ciertos actos de hechicería en algunas provincias lejanas, al fin se supo el resultado: Haya de la Torre había triunfado, pero, según los extraños guarismos, no había alcanzado el tercio de los votos que constitucionalmente se requería para ser proclamado y debía someterse al Congreso la decisión final.

—Entonces estamos al otro lado, porque tenemos mayoría en el Congreso; nos la hemos ganado bien —exclamaba un diputado norteño.

Todo indicaba que así iba a suceder. Empero el 3 de julio circuló velozmente la noticia de que el Ejército no permitiría la victoria del líder del APRA: era un veto irremisible. El Presidente Prado contrito y preocupado había tenido una conversación con el candidato triunfante. La noche del 4 el patio de deportes de la Casa del Pueblo rebosaba de gente. No menos de ocho mil almas, toda la capacidad del lugar, se amontonaban nerviosas para escuchar el mensaje de su líder. Fue tremendo. Tremendo y desgarrador. Desgarrador y exasperante. Paseándose por el estrado, con la voz enronquecida de emoción, crispadas las manos, Haya preguntaba: ¿Por qué me vetan? ¿Es que no soy peruano? ¿Es que no soy un ciudadano del Perú? ¿Es que no he ganado en las elecciones? Las respuestas del público atronaban los aires. Durante dos horas y media se desenvolvió un diálogo apasionado, definitivo. La oligarquía uniformada cerraba el paso al pueblo triunfante.

Los días que siguieron fueron peores aún. Como el Parlamento confirmaría el triunfo del candidato popular, la Fuerza Armada decidió que había un fraude y que ella tenía por misión deshacerlo. Un cínico comunicado preludiaba el 12 lo que iba a suceder. Fuerzas oligárquicas presionaban a Prado para que desconociera el resultado de la elección. Prado, consciente del riesgo, se negaba a hacerlo.

Días después se instalaban las Cámaras. Era evidente que Haya tenía la mayoría del Congreso y sería electo. La Fuerza impi-

dió una nueva reunión del Congreso. El partido del señor Belaúnde se unió al golpe de mano de la Fuerza Armada y ordenó que sus parlamentarios se abstuviesen de jurar sus cargos. La colusión no podía negarse, pero la mayoría estaba en su puesto para cumplir con la Constitución. El 17 se hizo visible que el golpe de Estado no perdonaría ni siquiera al Presidente que más había hecho por el Ejército.

Lima era un torbellino de rumores. Como siempre Manonga, la portera, y Tiburcio, el chofer, encarnaban auténticamente la opinión limeña. En las esquinas grupos de chismosos, y al frente patrullas de gendarmes. Lima se soasaba en su propia salsa. Nadie sabía de donde surgían las murmuraciones. Entre tumbos y mentiras iba abriéndose una luz mortecina, fúnebre, pero, al cabo, luz de fuego fatuo: la democracia estaba herida de muerte y había civiles que festejaban el funeral de la civilidad. Lima se estremecía de pronósticos y sustos. Lima era una gran pompa de jabón, un estallido de invenciones, un nido mágico de chismes y murmuraciones.

* * *

El restaurante El Patio había reemplazado con creces al antiguo Café Lyon's de la Plazuela de la Merced. Estaba situado en un lugar estratégico para la bohemia nocturna y diurna. En la esquina de la Plazuela del Teatro con la calle de Lártiga. En los altos, se hallaba un destartalado hotel, denominado el Franco Peruano, y al frente, junto al Teatro, el viejo restaurante La Bonne Etoile, del que había sido propietario Aurelio Layett, un zambo gallardo, hijo de francés y de criolla. En la Bonne Etoile habían tomado sus alimentos casi todos los estudiantes sanmarquinos de provincias dueños de algún peculio. El menú costaba un sol cincuenta y se componía de tres platos con postre. Allí habían estado los Iberico, los Sparza, los Rodríguez, los Arana, flor y nata de los universitarios cajamarquinos. El teatro Segura era el más antiguo de Lima. En el siglo XVIII, se llamó *La Comedia*; después, el *Principal*; a partir de 1909 el *Municipal* y a partir de 1921 el *Manuel Ascencio Segura*. El Patio albergaba noche y día a cómi-

cos con o sin contrata, toreros, periodistas, locutores de radio y damas en busca de compositor. Todos los chismes de Lima rebotaban en sus compartimentos. En la calle vecina de Lártiga abría sus anchas puertas virreinales, la vieja casona de los Condes de Lártiga, que había heredado don José de la Riva Agüero y Osma, y en la que desde la muerte de éste, en 1944, tenía su local el Instituto Riva Agüero de la Universidad Católica. El Patio colindaba por su parte trasera con el Convento de San Agustín y daba a uno de los portalitos de este nombre, en el que tuvo su cuartel General don Nicolás de Piérola cuando entró a Lima a sangre y fuego el 17 de marzo de 1895.

El Patio estaba esa mañana más repleto que nunca: menos consumo de café y más de saliva parlara:

—Ustedes no vieron anoche lo que pasó: la “blindada” entró mansamente al Palacio. Le bastó romper una reja y se instaló en el gran patio. ¡Hubieran visto ustedes! Bajó un oficial con casco de acero cubierto de hojas de hierba, con una ametralladora en la mano, dos pistolas al cinto, una daga, dos bombas con mango para ser lanzadas, una chamarra de tela gruesa, creo que con chaleco antibalas, con botas gruesas, de tacos de hierro. ¡Lo hubieran visto ustedes!, avanzó al interior de Palacio seguido por veinte hombres vestidos y armados como él. ¡Y chas, qué chasco! En la sala estaba el presidente Prado, muy bien vestido, rodeado por sus Ministros esperando despreciativamente al petulante pelotón de comandos. El diálogo fue muy breve. Me lo ha contado el Teniente Pérez que estaba presente. Prado, muy sereno, interrogó al Coronel. A éste se le cayó una bomba y casi estalla todo. Palabrotas de un Ministro y final de la opereta... Ahora tenemos cuatro Presidentes en lugar de uno.

—Te han contado bien el cuento, Tirifilo.

—Lo vi en parte y en parte me lo han contado. Pero lee el periódico y verás.

Efectivamente, en la noche de aquel 17 de julio, faltando exactamente 10 días para que Prado concluyese su gobierno, la Fuerza Armada lo había derrocado por no querer faltar a la Cons-

titución desconociendo la legitimidad de las elecciones que había ganado Haya de la Torre.

—¡Qué concha tienen estos milicos! Pero lo peor es que la directiva de Acción Popular ha ido a Palacio a felicitarlos por su triunfo.

—No te puedo creer; eso lo estás inventando.

—Lee, lee: lo dicen los periódicos y las fotografías.

Se había formado una Junta de Gobierno con cuatro Presidentes. El Presidente del Comando Conjunto, el Comandante General del Ejército, el Comandante General de la Marina y el Comandante General de Aeronáutica.

—Estos van a descuartizar al poder como a Túpac Amaru.

—No son cuatro caballos, hombre...

—Bueno, si tú lo dices...

Lima había perdido el miedo al golpe. Se hablaba de una huelga general. Parte de los estudiantes, que estaban contra Prado, garantizaban que la Universidad no iría a la huelga. Cada persona era un oráculo de mentiras. Más que de la garúa, la atmósfera estaba llena de mentiras y chismes. Lima reaccionaba a su manera, inventando chismes. Lo único serio era que se había frustrado la voluntad popular y se anunciaba nuevas elecciones para dentro de un año. Carlos pasó por la abandonada Plazuela de la Merced y comentó:

—Dentro de un año ya habrán cocinado su pastel y las elecciones serán como ellos quieran. ¡Ah!, si tío Leandro viviera qué rabia le daría.

En esos momentos pasó un tanque remeciendo el pavimento con sus agresivas orugas.

—Con sólo lo que cuesta la gasolina de este monstruo se pagaría el desayuno de una escuela.

—Te pareces a tu tío, Carlos, no lo puedes negar.

* * *

—Este es el mundo al revés.

—Carlos —dijo Carmen Rosita, tirando su bolso sobre un sofá y dejándose caer ella sobre una butaca—, yo creía que San Marcos era la cuna de las libertades públicas. Que sus estudiantes darían la vida por la libertad y la justicia. Lo que acabo de ver me ha dejado atónita.

—¿Qué has visto?

—Pues, mira, el profesor Tapia me ordenó dictar una clase práctica de Historia. El salón estaba lleno; claro, no olía muy bien. Las chicas estaban en mayoría. Yo me acuerdo, Carlos, que cuando yo estudiaba no había tantas alumnas como hoy, las mujeres éramos minoría y nos cuidábamos mucho de vestir con sobriedad; nada de colorines, ni escotes, ni peinados escandalosos. Me quedé estupefacta. Casi todas estaban desgrefñadas, con los cabellos grasosos, vestidas sumariamente. Las chompas parecen reventar. No usan medias, se les ve los muslos hasta... mejor me callo. Y ellos con los pelos sobre los ojos, mal vestidos, con la camisa abierta sobre el pecho, las manos sucias. Yo creí que debía hacer una clase de higiene y no de historia. Cuando entró el profesor nadie lo tuvo en cuenta. Una muchacha le gritó: “¿Quico, por qué llegas tarde?”. Y el profesor sonriendo saludó con la mano. Te confieso que mi clase fue un desastre y lo peor es que todos aplaudían el golpe militar como si fueran cachacos. Un horror, Carlos, un horror.

Carlos demoró en contestar:

—Lo que dices es cierto, mas no hay manera de componerlo ya, sino con la violencia.

—¿También estás tú en eso?, interrumpió Carmen Rosita furiosa.

—No, no estoy, pero veo que las cosas van a venir así. Tenemos que cambiar de medio o de perspectiva. Prepárate, primita.

* * *

Desde la victoria de Fidel Castro había surgido un movimiento hacia la violencia en gran parte de la juventud latinoamericana. Entre los peruanos también y hasta había alcanzado a entur-

biar la clásica unidad aprista. Abundaban en los claustros universitarios los rostros barbados. Era un emblema de la revolución. Carlos recordó una anécdota lejana referida por el tío Leandro, decía que un informe policial del Capitán Calvo, célebre esbirro del dictador cubano Gerardo Machado, aludiendo a un agitador, decía como para tipificarlo: "Además usa la consabida barbilla soviética. Las barbas de Fidel eran bastante más largas que las de Trotsky y Lenin, pero eran barbas. Los muchachos universitarios se las dejaban crecer como los Rabinos, sin tocarlas. Además procuraban eliminar las ropas suntuarias aunque, sí, gastaban en taxis, alcohol y jaranas por el momento bisexuales y después menos amplias que éstas. Predominaban los overoles o monos verde oliva: de algún modo había que parecerse a los protagonistas de la Revolución de la Sierra Maestra. Un poeta folklórico, sonoro como García Lorca y aburguesado como Carpentier, paseaba sus blancos dientes afro cubanos y sus modos de jungla por las redacciones de los diarios. El APRA había expulsado, años atrás, a una docena de partidarios por calcar el fidelazo sin Cuba, pero con Rusia Soviética. La presencia de Haya de la Torre, inexorable en exigir la integración latinoamericana como la mejor arma contra el imperialismo, puso freno a los más inquietos. De todos modos, Fidel, la IPC, Marx, la violencia y Mao Tse Tung habían reemplazado a los autores e ideas más circulantes en el viejo y poético San Marcos.

—Yo no vuelvo a San Marcos; han apresado a los profesores Pesce, Tauro y otros, y a un montón de muchachos, y los han mandado al Sepa.

Carlos miró a su prima burlonamente:

—Nadie se va a meter contigo, reaccionaria.

Carmen Rosita lo miró de arriba a abajo quemándolo con la mirada, hizo un mohín y le volvió la espalda.

En su vieja casa de la Calle de Monopinta, Víctor Torres, envuelto en una bata gruesa de lana y con una gorra calada hasta las orejas, meditaba frente al televisor. Las figuras en negro y blanco pintaban la realidad del momento. Carmen Rosita entró como una exhalación. Su padre la detuvo con un gesto.

—En la televisión aparecen las prisiones de hoy. Dicen que hay un plan de violencia y que lo han cruzado a fondo. Veo que figuran amigos tuyos; cada cual hace lo que le parece. Dime tú, con toda sinceridad, ¿estás conectada con esa gente?

A pesar de su desenvoltura y su dominio de sí mismo, Víctor Torres parecía anhelante.

Su hija fue rotunda:

—No, papá, yo no creo en la violencia, ni en los proletarios que viven en casa rica y pueden gastar todo el dinero que se les antoja. No tengas miedo. Ya no soy una chica y sé muchas cosas que me has enseñado tú. Detesto la dictadura y el desorden, la violencia de arriba o de abajo. En realidad estoy pensando romper con todas mis conexiones con la enseñanza. Ya empiezan los muchachos a faltarnos el respeto y eso no lo tolero, créeme, papá. No estoy de acuerdo con mucho de lo que crees, pero no acepto la violencia.

Víctor Torres permaneció en silencio. En la pantalla del televisor aparecían unos hippies, siendo conducidos a la Comisaría. Se decía que habían organizado una guerrilla en el Cusco y otra en Ayacucho y otra en las serranías de Piura.

Mientras tanto la radio anunciaba que la tetarquía castrense había despedido a uno de sus miembros, al principal, y que se había constituido en triunvirato.

—¿Quién será el Bruto de este triunvirato?

—Quítale la mayúscula, papá, y será más fácil la respuesta.

* * *

CAPITULO VIII

EL NUEVO PARAISO

Disminuían ciertas librerías en los alrededores de los restos de la vieja casona de San Marcos. El conspicuo Durand extendía sus “novedades”, ajadas y de segunda mano, en el zaguán de la casa en donde había establecido su negocio. La librería de Domingo Miranda, en la esquina de La Colmena, ofrecía sus ediciones escolares. Miranda mismo, flacucho, pequeño y sonriente, discurría con sus parroquianos. Se habían instalado estaciones de autobuses en los costados de la Plaza. El nuevo edificio del Ministerio de Educación, con sus 22 pisos, rompía la armonía del lugar. En la Casona de San Marcos funcionaban las Facultades de Jurisprudencia, de Ciencias Económicas y de Ciencias Físicas.

Aquella tarde de octubre soplabá un viento tibio sobre la ciudad. De repente, a las tres la tierra se estremeció bruscamente. De los edificios brotaban nubes de polvo, la colonial casona de San Marcos se bamboleó entre una nube grisácea y asfixiante. Los estudiantes, que la ocupaban en un acto de protesta contra un millar de agravios supuestos y reales, surgieron despavoridos al grito de temblor, temblor, temblor. Los autos disparados buscando no se sabe qué. Durante media hora reinó un pánico espantoso.

—Este temblor es como el del año 40.

El Callao estaba semi destruido. En Lima y Huacho los daños eran inmensos; pero los ocupantes de la Universidad retorna-

ron a sus puestos, resueltos a triunfar o morir según decían sus pancartas.

Los estudiantes tienen sus propias reglas. No son las más aconsejables, ni desde luego las más envidiables. Desde la Segunda Guerra han adoptado el uso de la violencia como lo más racional y lógico. Para demostrar el fundamento de sus peticiones comienzan por hacerla efectiva. La violencia ha ocupado el lugar del derecho y de la razón. Con frases tomadas al azar, sin considerar el contexto unitario, respaldan con actividades de hecho el concepto estudiantil de la vida. Un discurso peinado con adjetivos resallantes es su mejor argumento. Estos discursos con que se intercambiaban opiniones eran casi siempre agresivos y campanudos. En realidad el diálogo estudiantil consiste en un cotejo de monólogos agresivos que duran lo que las imprecaciones de los discursantes, que, al cabo, concluyen con sus puños y los pies lo que debiera quedar en ideas y palabras.

* * *

A la noche siguiente, mientras un profundo silencio envolvía a la ciudad y los ocupantes de la casona de San Marcos descansaban entre las sombras y el silencio, por la puerta trasera una veintena de mocetones se desplazó rápidamente y trepó el pequeño muro que daba al gimnasio y entró en el recinto sanmarquino. Gritos, quejidos, amenazas, golpes, puf, puf, pof. Como si se desinflaran odres, y las puertas fueron abiertas: por ellas desfilaron maltrechos los quince o veinte fieros ocupantes de la casona. Los que llegaban también aclamaban a la libertad, la reforma y a la revolución.

El cojo Pérez rezongó:

—Ver y oír para creer. Llamemos a un notario para que haga el inventario de la oficina y al Rector para que reciba el local. No podemos perder el año por unos cuantos pendejos comunistas.

—Que Dios te oiga.

—¿Existe Dios?

* * *

El Café Blanco exhalaba un espeso vaho. En las mesas discutían opuestos puñados de estudiantes, hombres y mujeres. Ellos parecían haber olvidado la existencia del peine, la navaja y el jabón; ellas no tenían noticia del peine, ni de los portasenos. Las cortas faldas de ellas y los estrechos pantalones de ellos; los cabellos largos y lustrosos de ellos y la barba, y las melenas hirsutas de ellos, les daban un aspecto brujeril. Hablaban con citas de Marx, Haya de la Torre, Mariátegui, Trotsky, Castro, el Che Guevara, Mao Tse Tung, Tito, Stalin, Kruschev, Lin Piao, Sartre, Malraux, Lumumba, de Cirilo Chiriboga y José Pérez, muy conocidos en sus casas.

De una de las meñas surgió una voz.

—Oye, Pilar, ¿leíste ya la novela de Vargas Llosa?

—Claro que sí. Es una protesta contra los cachacos. Por eso trataron de prohibirla, las escenas son una radiografía del Colegio Militar.

—No me refiero a eso. Nos interesa él estilo, ¿qué piensas tú de eso?

—Es una narración digna del realismo socialista. Retrata a una juventud corrompida.

La discusión literaria con los temas del día y la política internacional era combinada por los jóvenes con sendas cocacolas con alcohol y valium, y ellas con su chilcano de guinda intoxicante; era el modo de llevar a cabo la revolución.

—El boom de nuestra novela ha trasladado el reino de la novela de Europa a la América Latina.

—¿A la América Latina?

—Ya quieres meter a los yanquis.

—¿Puedes prescindir de Hemingway, de Faulkner, de Saul Bellow?

—No jodas con tus gringos, el rey de la novela contemporánea es García Márquez.

—Calla cojudo, y dónde están Cortázar y Fuentes.

—¿Por qué no consideran a Mario Vargas Llosa? Es un autor mundial. Yo fui amigo suyo en San Marcos.

—Ya te salió el patriotero.

—Eres un huevón, si yo fuese patriotero no sería marxista, y si Mario fuese autor nacional el aparato bolchevique no habría vetado *La ciudad y los perros*.

—Ya, ya, ya, los institutos armados quitan y ponen Presidentes.

—Aquí el que se pone uniforme se vuelve omnisapiente.

—Eso también ocurre en Francia. ¿No has oído que André Malraux dice que el General De Gaulle es el mejor prosista en su idioma?

—Qué bien hicimos en impedir que Malraux diera sus conferencias en San Marcos. Yo tenía media docena de tomates, para entomatarlo como una sardina. Lo mismo iba a hacer con ese miserable chino de Lin Yu Tan; pero el carajo de nuestro Rector nos quemó la película y el chino de mierda dictó su conferencia.

—Yo creo que en eso la cagamos, fregar a Nixon fue otra cosa. Se trataba de un político imperialista.

—El chino era un sovieta renegado, Chiang Kai Shek, hmmm.

—Lo que gustes, pero es un gran novelista.

—Después de todo en poesía nadie puede disputar el cetro a los camaradas Vallejo y Neruda.

—Sí, pero déjame decirte que Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado son dos grandes poetas.

—Ah, y no olvides a Ezra Pound.

—Y T.S. Elliot, ha dicho...

—Ni mientes a ese reaccionario.

—Nadie conoce mejor a Vallejo.

Un mocetón barbado y también anteojudado se acercó ligeramente vacilante:

—Están ustedes olvidando al más grande de todos: Borges. Acabo de leer *El Aleph*, qué maravilla, aunque se parece a Cortázar que lo plagia tanto.

—Yo prefiero al Borges poeta de *Luna de enfrente* y *Fervor de Buenos Aires*.

—No digas cojudeces. Ese Borges es un principiante.

Un alegre tropel de muchachos y muchachas irrumpió en el café. Uno de los muchachos llevaba un bandoneón, otro una guitarra, otro tenía colgado del hombro un par de maracas y otro un par de castañuelas; la más alta de las muchachas usaba una faldita inverosímilmente corta, sus piernas macizas y desnudas atrapaban todas las miradas.

—Coño, qué mujercita, no me parecería mal una acostadita con ella.

—Es la marinovia de Gamarrita, el director de la banda. Te advierto que maneja bien la chaveta y pega como Joe Louis.

—Razón demás para quitársela.

—Ella es bastante bebotá, cuidado.

El bullicio ensordecía. Todos hablaban a gritos para poderse escuchar.

La cerveza Cristal se derramaba de los vasos, algunos tomaban anís con agua.

—¿Sabes que Belaúnde fue siempre un gran pendejo?

—Parece ser que el Canciller de Alemania Federal va a subvencionar a Acción Popular.

—Tú eres el mensajero de todas las cojudeces hechas y por hacer.

—El ñato Haya de la Torre regresará pronto de Italia. Ya se cansó de ver reliquias de Mussolini, recibir bendiciones del Papa. Van a sentirse felices los “pap. .istas”.

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan idiota y tan antiaprista? Tú eres de los que consideran que no son escritores Orrego, Spelucín, Alegría y Pepe Diez Canseco. Porque son o fueron apristas. ¿Cuándo aprenderás a ser civilizado?

—Nada de reformistas: aquí somos todos revolucionarios. Haya de la Torre es un. . .

Sonó una bofetada.

—Yo no permito insultar a Víctor Raúl, salgamos de aquí.

Las bofetadas sonaban como vergajazos, ardía un constructivo y sano entusiasmo cultural. Como si no estuviesen en el mismo recinto del tumulto, Juan Moreno y Carlos Torres proseguían sus debates ideopolíticos.

—La teoría del espacio-tiempo histórico es una “aventada” filosófica de Haya. Carece de base.

—Estás equivocado, Juan. Si lo dices para negar méritos a Víctor Raúl y al APRA, te equivocas también. Engels lo propone en su *Antidühring* cuando se refiere a las diferencias factuales entre la tierra del Fuego y Londres. También Aristóteles ha escrito sobre los métodos diversos para realidades diversas, y Arnold Toynbee acaba de confirmar en la Historia la teoría de Einstein en la Física.

—Señores —gritó el patrón del café desde la trinchera del mostrador—, señores, son las doce de la noche, ya saben que no tengo permiso para abrir después de la medianoche. Vamos a cerrar. Las puertas estaban ya a medio clausurar. Las discusiones siguieron en la plazuela.

* * *

Habían surgido valores nuevos entre los estudiantes, no todos marcados por un signo positivo. Se hablaba con casi religioso entusiasmo de un poeta truncado en su primer vuelo. Había sido un estudiante inquieto, de apenas 20 años de edad. Sus versos, sus primeros y sus últimos versos, reflejaban un temple lírico extraordinario. Las angustias de vivir, de vivir plenamente en libertad y en justicia, imprimía a sus poemas un tono que recordaba la cósmica agonía del español Miguel Hernández, otra ave caída antes de tiempo y sobre cubierta desnuda. Lo había inquietado también la revolución cubana y, como tantos, realizó el viaje a Cansa con la frente limpia de ceniza, quizá con ceniza en el corazón. Se llamaba Javier Heraud, pertenecía a una familia de alta clase media de profesionales. De regreso al Perú le atrajo el señuelo de la revolución agraria, de acudir al campesino, de volverlo a

la justicia y se embarcó en una agreste aventura revolucionaria en el lejano departamento de Madre de Dios. Peripecia infantil y trágica. Con unos cuantos cartuchos y un fusil puede casarse leones pero no a caciques y gamonales. Javier Heraud halló su tumba en Puerto Maldonado sin haber cumplido la edad de ciudadano. Desde entonces su nombre, como un sortilegio, circulaba por los claustros de San Marcos encandilando a las muchachas y enervando a los muchachos. Pese a la parquedad de su obra, prácticamente adolescente, era el poeta de su generación.

Se hablaba de otros, buscadores de novedades, neorealistas impecables, imitadores de Sartre y de Brecht. Uno de ellos, con pueril jactancia, titulaba a un libro suyo *Valium 10*; otro, en un arranque de adolescente pornografía, rotulaba su poemario con el salaz título de *Clítoris*. Los versos reemplazaban en sus metáforas a la luna con el fusil, al amor con la revolución, al sueño con el coito, a la miel con el pedernal. Sin embargo, retraduciendo al lenguaje corriente, todo era lo mismo y distinto.

Los compañeros de Heraud cayeron unos muertos y otros en la prisión. No obstante, continuaban las partidas grupales hacia Arica con rumbo a La Habana y hacia París con destino a Moscú. La universidad Lumumba, como se llamaba ya a la antigua internacional moscovita, contaba con dos o tres millares de estudiantes latinoamericanos que, buscando doctorarse en agitación, resultaban peritos en técnica industrial y mecánica. En vano los pasaportes peruanos lucían un sello diciendo: no es válido para la Unión Soviética, Cuba, ni para los países socialistas: en París los portadores de tales pasaportes recibían su salvoconducto para Moscú. La Universidad de San Marcos parecía a ratos y en ciertos sectores una agencia de viajes. No exhibía letreros como los de Berlín en 1914: "nach Paris". Implícitamente habrían dicho "nach Moscú".

* * *

Los doctores del Café Blanco se habían trasladado al Versalles y al viejo Cream Rica de la Plaza San Martín, bautizado ya como Goyescas. Mejor trajeados, aunque todavía barbudos, tejían guirnaldas de axiomas acerca de la revolución social.

—Mao es el auténtico revolucionario de nuestro siglo. Va a destruir todo el pasado chino. Así como ha aventado al mediocre Chiang Kai Shek a la Isla de Formosa, así mandará al infierno la memoria y la doctrina de Confucio. La revolución cultural china es nuestro ejemplo. Ya Lenin pasó de moda y Stalin se fue a la m. . . Marx ha resucitado en Mao.

Con el más académico de sus lenguajes, el bachiller Correa objetó:

—Tú estás loco o has comido m. . ., nuestra revolución es la cubana, pero no con Castro, sino con el Che Guevara. Fidel y Raúl son dos demagogos; el Che Guevara encarna la verdadera revolución campesina. Por eso Fidel lo trata a menos; no olvides cómo mataron a Camilo Cienfuegos. Necesitamos al “Che”, y lo tendremos por aquí pronto.

Cruzó el portal de San Martín una figura gruesa y lenta.

—Ahí va Jorge del Prado, el eterno Secretario General de los moscovitas. No tiene nada que hacer aquí. Nosotros somos de Patria Roja y no queremos burócratas de la revolución.

Le salió al encuentro el estudiante Mejía:

—La Unión Soviética es el único estado socialista de veras. Sin él no existirían Fidel ni el Che. Moscú paga tres millones de dólares diarios para que la revolución cubana sobreviva.

—¿Quién te ha contado esa burrada?

Paula Martínez, una muchacha morena que lucía un diente roto en el maxilar superior, de magníficos ojos y un busto de atropellada, cortó el debate.

—Cállense, idiotas; ustedes no saben sino chismear, chismear y chismear. Si se sienten tan hombres váyanse con las guerrillas, imiten a De la Puente, a Lobatón, sean tan hombres como Lobatón y no se masturben con tanta palabrería. Yo, que soy mujer, me voy cualquier día de estos a la Sierra, pero no para discutir sino para pelear.

—¿Y tus estudios, chata?

—Qué estudios ni que vainas. Tenemos que crear una nueva sociedad y ésa se crea con balas.

El mozo, a una palmada del Bachiller Correa, acudió.

—¿La cuenta camaradas?

Los tres se miraron de hito en hito. El Bachiller, en gesto heroico, arrojando unos billetes, dijo al mozo:

—Guárdate el vuelto y viva la revolución.

El mozo se guardó el vuelto pero no dijo nada.

* * *

CAPITULO IX

LA GRAN MARCHA

El profesor Claudio Chipoco parecía inquieto. Frente al pizarrón de la Unidad Escolar José T. Pacheco, desarrollaba una operación aritmética. Los alumnos aprovechaban de la visión de su espalda, enfrente, y de sus fondillos desinflados, para intercambiar mensajes, guiños, gestos y muecas. El profesor Chipoco sentía aquel murmullo a sus espaldas. Súbitamente se volvió al auditorio y con un ademán enérgico gritó:

—Quispe, a su asiento.

El interpelado se irguió como un resorte y sin levantar la mano que acariciaba la nuca de su compañera, respondió secamente.

—No me da la gana. Además el reglamento no prohíbe que hable con una compañera ni que me ponga de pie.

—Salga de la clase.

—No quiero.

El profesor, furioso, con la tiza aún en la diestra, avanzó hacia el alumno.

—Salga, he dicho, salga.

El alumno avanzando hacia el profesor y sujetándolo de las solapas, le escupió estas palabras:

—No joda, maestro, aquí no manda usted, aquí mandamos nosotros, los trabajadores intelectuales.

La clase no se movió. La chica se arregló el pelo.

El alumno siguió diciendo:

—Quéjese a la dirección y haga lo que quiera; yo, ni nadie, va a salir.

Los alumnos se levantaron como movidos por un resorte, y le gritaron al profesor:

—Fuera, fuera.

El profesor se vio empujado por cien brazos. Detrás de él quedó una selva de gritos:

—“Arriba los pobres del mundo — de pie los esclavos sin pan”. Viva la Internacional.

El profesor, jadeando, se dirigió a la sala de Profesores y contó lo que le había ocurrido.

—Tú eres el responsable —interrumpió el profesor de Sociología Mamerto Guadalupe Veiss—. No sabes que tenemos un régimen de educación mixta.

—¿Y eso qué?

—No seas necio, donde hay educación mixta hay putería.

—Yo no he sido contratado para alcahuete, mi objetivo y grandes ideales son los de enseñar y guiarlos.

El profesor Chipoco se dirigió a la mesa golpeándola con los puños cerrados.

—Calma, hombre, calma —articuló el Director—. Vamos a sesionar formalmente.

La sesión oyó al Profesor mientras en el patio quinientos luciferos alborotaban el recinto al grito de:

—Fuera, fuera. Vamos a la huelga.

La chica de la nuca provocativa se unió al escándalo: ya no era la nuca provocativa sino la cintura el objeto de la codicia de los muchachos.

—Fuera, fuera, viva Cuba, viva la revolución, viva Mao Tse Tung.

Los profesores estaban pálidos y con los ojos tristes:

—Silencio. . . calma. . . silencio, han acordado amonestar al profesor Chipoco.

—No, fuera, fuera, huelga, huelga.

Un libro cruzó los aires disparado por la mano de un moce-tón de cara color limón y rozó la cabeza del Director.

* * *

—Ve lo que dicen los periódicos.

—No me interesan los diarios. Ninguna renuncia a sus prejuicios. Ya sabemos que en esta situación, unos opinarán contra los estudiantes, otros a favor del gobierno, no importa el contenido de cada facción. No me interesa leer lo ya prefabricado.

* * *

Hacia el sur de Lima, pasando Magdalena Vieja, a la que bárbaramente se denomina Pueblo Libre, la Universidad Católica levantaba los edificios de su nuevo local, de su campus, remedo de la iniciativa de San Marcos. La Ciudad Universitaria de la Universidad Católica que fundó el Padre Jorge Dinthilac en 1917, hundió sus cimientos en terrenos del historiador José de la Riva Agüero.

Riva Agüero era solterón. Legó sus bienes a la Universidad Católica, que había fundado un padre de La Recoleta, donde estudió Riva Agüero desde la primaria hasta terminar la secundaria. Mas “nadie sabe para quien trabaja” y los inmuebles rivagüerinos fueron a parar a las manos de jesuitas y seglares, y ya no de la Recoleta que, con la muerte del Padre Dinthilac, perdió la dirección de la Universidad Católica.

En la Universidad Católica había surgido una rebelión semejante a la de los colegios; del catolicismo quedaba muy poco: marxistas, comunistas, socialistas, anarquistas, franco tiradores, todo im-

peraba allí menos el catolicismo. Los muchachos y muchachas bien se disfrazaban de hippies intelectuales y materiales para demostrar su independencia cultural.

—Viva Mao Tse Tung, viva.

—Viva.

En los puestos de periódicos de la Av. de la Colmena se vendían a vil precio lujosas ediciones de los escritos de Mao Tse Tung. En una librería específica, en la esquina de la Colmena y Tacna se ofrecían a bajísimo precio las obras completas de Lenin, debidamente expulgadas. Desde luego no se vendía *Extremismo, enfermedad e infancia*. La objetividad exige ser subjetivos según la última edición del código para el hombre que-no-sabe-nada, editado en Moscú. La “intelligentzia” progresaba con seguro paso.

* * *

En las oficinas del Estado Mayor del Comando Conjunto se estudiaban las medidas inmediatas para exterminar las guerrillas cubanistas que dirigían los ex apristas La Puente, Lobatón y Chang. Era evidente que las normas y algunas armas provenían de La Habana. De la Puente era un muchacho alto, cabezudo, que usaba gruesos anteojos y suaves palabras. Había sido aprista hasta la Revolución Cubana. En calidad de aprista visitó Cuba acompañado de otros correlegionarios suyos. Había tomado parte en el Congreso aprista de 1957. Regresó convencido de la necesidad de apelar a la violencia como en Cuba y de inventar una Sierra Maestra que no tenía paralelo con la cubana. Coincidió con las “ocupaciones” de haciendas y las “expropiaciones” de Bancos, que fueron el leit motiv de la etapa 1959 y 1965. Los muchachos que lo seguían no estaban seguros de si Castro o Guevara tenían la razón o de si había que seguir a Kruschev o a Mao Tse Tung. De lo que sí estaban ciertos es de que no había que pensar en la realidad peruana ni en Haya de la Torre, ni en el APRA, porque les resultaba demasiado provincial. Había que nacionalizar, alienándose, varios modos de cumplir paradojas y sinrazones.

Como consecuencia de todo esto las guerrillas habían proliferado y ya habían cobrado una víctima: un joven capitán de la Guardia Civil apellidado Patiño, a quien acribillaron en una emboscada andina. Las fuerzas Armadas habían reaccionado duramente. Amparadas por una ley especial, se mostraban resueltas a una represión cruenta. Por otra parte, se sabía que en Venezuela los intentos de insurrección castrista habían sido sofocados violentamente por las fuerzas especiales organizadas por el democrático Presidente Rómulo Betancourt y su Ministro del Interior, Carlos Andrés Pérez. Proseguían las guerrillas en Colombia desde 1939. Uno a uno los retoños peruvianos fueron aniquilados a sangre y fuego por las tropas del Perú. De la Puente cayó en un encuentro, del que nadie salió con vida. Los restos de los caídos desaparecieron. Los muchachos de las universidades de San Marcos, Huamanga, La Libertad se dieron cuenta de la ausencia irreparable de sus compañeros. Nadie daba razón de sus sepulturas. La violencia recrudecía al conjuro de la revolución cultural maoísta:

—Chico, aquí no nos queda sino destruir todo lo que existe, y sobre todo las jerarquías. Tú has visto que en la China no se respeta ya a Confucio. ¿Por qué vamos a respetar a Jesús? ¡Ni a González Prada, ni a Haya, ni a Mariátegui, ni a nadie!

Uno de los estudiantes, bastante letrado, argumentó:

—¿Te acuerdas cuando vino Ling Yu Tang?

—El chino era un filósofo de veras y adoraba a Confucio. Yo estaba en esos días leyendo su libro *La sabiduría China* y también *El Pueblo Chino*, y me asombró su sentido del humor y del equilibrio. Después vino a Lima y ustedes no quisieron que diera conferencias. Las dio y a mí me enseñó mucho. Creo que él tiene más razón que Mao Tse Tung.

—Estás hablando estupideces, hermano.

—Tal vez las hables tú. Yo he estado leyendo con mucho interés a Ling y a Mao y también a Confucio y encuentro que cada día somos menos independientes que antes. Yo nunca quise ser esclavo de nadie, ni mental, ni materialmente; ustedes lo son.

—Estás cojudo, ¿te han contagiado las ideas de derecha?

—Nada de eso; lo que pasa es que estoy pensando con mi propia cabeza, nosotros no somos la China, ni Rusia, ni somos Estados Unidos, ni somos Inglaterra: a duras penas somos Perú y América. Tenemos que abrirnos las entrañas para saber qué somos. Confucio no es Pachacútec, ni Marx, ni Mariátegui, ni Martí: es otra cosa y yo no me dejo matar por algo o alguien que no sea muy mío.

—Sin embargo, ya ves: de la Puente Uceda se ha hecho matar por ese algo que tú no aceptas.

—Me da vergüenza y pena decírtelo: se ha hecho matar por algo que él no sabía lo que era. Se ha hecho matar para dejar una huella, se ha hecho matar por desesperación, se ha hecho matar porque dejó de creer y no se puede vivir sin creer en algo.

* * *

Esa noche era noche de queda. Por las noches silenciosas circulaban solamente camiones cargados de policías. Las discotecas habían cerrado sus puertas. A las diez de la noche salió furtivamente del Bar Zela el último cliente rezagado. Sobre Lima imperaba un cielo acerado, sin estrellas. A lo lejos sonó un disparo de fusil. Cerca brotó una voz:

—Alto, quién vive.

No se escuchó la respuesta. Luego un rodar de carros, una sirena interminable, otro alto, otro silencio y otro más y sólo el silencio imperando sobre las calles desiertas y las puertas cerradas, y los faroles parpadeantes y un inmenso peso de plomo sobre las espaldas de una multitud inexistente y muda como una caravana de fantasmas.

* * *

CAPITULO X

LAS HORCAS CAUDINAS

El invierno de ese año amenazaba ser muy crudo, tanto como la vida política como en la temperatura. Víctor Torres ya octogenario, solía levantarse tan sólo a mediodía para almorzar con su hija y atender a la reciente novedad que significaba la televisión en blanco y negro. A pesar de sus años no usaba lentes sino para leer. Había enflaquecido tanto que los pómulos parecían quererle romper la piel. El pelo se le había retirado de las sienes, dejándole un mechón crespo, como el del payaso, en el centro y dos mechones menos agresivos en las sienes, no tan negros como antes, pero tampoco demasiado blancos. Visiblemente Víctor Torres se hallaba enfermo. Se levantó del sillón en que descansaba con un periódico en la mano y bien abrigado con una bata de lana, calzado con unas pantuflas de piel y anudado al cuello un "cache nez" de seda blanca, se dirigió al comedor sobre cuya mesa humeaba una pequeña sopera de porcelana. Carmen Rosita servía la sopa con un cucharón de plata. Carlos, que acababa de llegar, pidió permiso para sentarse a la mesa. Víctor Torres desplegó el diario y formuló una pregunta:

—¿Qué hay de cierto en esto de las guerrillas, del APRA rebelde, de los abigeos, de los fidelistas, y de los comunistas? Veo que en Trujillo ha ocurrido un choque y han matado un estudiante aprista, a un tal Sarmiento. Parece que los asesinos son también estudiantes y ex apristas. ¿Qué saben ustedes? Ya que se trata al parecer de pleitos estudiantiles.

Carmen Rosita y Carlos se miraron. Carlos se encargó de responder:

—Tío Víctor, todo lo que usted dice es cierto; la universidad está en pie de guerra. Ya no hay estudiantes sino contendores políticos. O uno es comunista o le cierran las puertas. Los profesores están más asustados que el ratón cuando maulla el gato. A veces llegan a dar lástima.

Víctor interrumpió:

—¿Qué clase de maestros son éstos? En mi tiempo el viejo Deustua tosía y todos nos callábamos. Ponía notas muy bajas, exigía leer mucho y no perdonaba a los inasistentes.

Los dos jóvenes menearon la cabeza escépticamente:

—Papá eso ya pasó hace veinte años. Los profesores miran la cara de los alumnos para ver si están contentos porque si no, los tachan, o les tiran huevos podridos o no asisten a su clase. Todo es distinto, papá.

—Entonces la Universidad no existe.

—Sí existe, tío, pero está de capa caída. Ya se recuperará, vas a ver, ahora todo es revolución, Marx, violencia, Sorel, Haya de la Torre, Mao Tse Tung, ocupación de fábricas, toma de universidades. La revolución china está de moda, tanto como el amor libre. . .

Víctor hizo un gesto, interrumpiendo a Carlos y mirando a su hija:

—Lo que pasa es que han perdido la moral.

—Es posible, tío. Nosotros solemos decir que estamos frente a otra moral y que dejando en libertad nuestros instintos nos realizamos.

—¿Qué es eso de “realizarse”?

—Que logras ser lo que uno debe ser. Aunque sea un mamaracho.

—¿También un invertido?

—También dicen que sí.

Reinó un silencio tenso. La muchacha no levantaba los ojos de su plato; Víctor desmigaba un trozo de pan sobre la mesa, Carlos se tragó un vaso de agua casi de un sorbo.

—Ah, si viviera Leandro, lo iban a ver ustedes. Todo lo que leñ hubiera dicho. El viejo no aguantaba pulgas. Era muy hombre.

Carlos se atrevió a insinuarse:

—Todos somos muy hombres, tío, pero de distinta manera.

Víctor no contestó; concluyó la sopa, mordisqueó un retazo de pan, bebió un sorbo de vino y levantándose bruscamente alcanzó a decir:

—Perdonen ustedes. No estoy bien del estómago, prefiero descanzar un rato. Tomaré algo más tarde.

Tras de él cerró bruscamente la puerta de su cuarto. Carmen Rosita se llevó una mano a los ojos. Carlos siguió comiendo a pausas, como quien apura un castigo.

* * *

Los diarios traían noticias cada vez más alarmantes. Al principio el gobierno había negado la existencia de guerrilleros y monotoneros, aunque los sangrientos sucesos en la zona rural de La Convención, en el Cusco, y de Huanta, en Ayacucho, tenían ribetes de tragedias colectivas. El Palacio de Gobierno permanecía impassible asegurando que todo se debía a ladrones de ganado, a abigeos y nada más que a abigeos. El senador de la Roca, había confiado a un grupo de amigos:

—Yo no entiendo qué pretende el gobierno con ocultar la verdad: el Ministro de Gobierno y Policía nos ha informado que hay partidas armadas, instruidas en Cuba para las guerrillas, ellos lo saben, y la Fuerza Armada también, pero pretenden dar al pueblo una visión pacifista. Acaba de ocurrir un drama en La Libertad. Dos jóvenes estudiantes, creo que uno apellidado Lobatón y otro Chang han muerto abaleados en un encuentro con las Fuerzas Policiales. Es un hecho que el abogado de la Puente Uceda, creo que pariente de Haya de la Torre y expulsado del APRA, ha caído ulti-

mado a balazos en otro encuentro, y dicen que el Che Guevara ha desaparecido de Cuba para introducirse por Brasil o Bolivia a la América del Sur. En Venezuela el demócrata Betancurt combate duramente las guerrillas fidelistas y hasta en Uruguay han surgido grupos de estudiantes y obreros armados. . . En Colombia se acaba de publicar un balance de los muertos en luchas civiles durante la dictadura del General Rojas Pinilla y dicen que se acercan a los trescientos mil. Yo no entiendo por qué se disfrazan acá los hechos.

En las oficinas de la Fuerza Armada se discutía sobre la necesidad de imponer la pena de muerte. Los campesinos estaban rebelados contra los terratenientes. En el norte, los trabajadores del petróleo urgían a resolver de inmediato el largo litigio con la International Petroleum Company, había continuos desfiles de protesta, a veces presididos por rectores universitarios.

—Esto sí que es el colmo —exclamó Víctor Torres sacándose la bufanda exasperado. Un Rector de mi tiempo jamás habría hecho de payaso en las calles. Un Rector es una dignidad muy alta; es como el pastor y como el oráculo. ¡Quién hubiera pensado siquiera que Manuel Vicente Villarán o su padre don Luis Felipe, o el maestro Deustua, o Javier Prado, o José Pardo, o Pedro Oliveira, o Carlos Monje, todos profesores eminentes, hubiesen tratado de ganar autoridad mezclándose en bullangas callejeras como cualquier candidato, o cualquier cosa.

Víctor Torres estaba realmente frenético. Para él se estaba acabando un mundo. Nunca fue un alumno aprovechado, pero sí trató de cumplir cabalmente sus deberes estudiantiles:

—Me han dicho que ahora son bachilleres sin tesis y que nadie se doctora por no hacer investigaciones. Yo no me doctoré porque no pude hacer una tesis, me exigía mucho tiempo y mucho trabajo. Ya no hay investigaciones. Yo fui discípulo de Riva Agüero, Valdizán, Lavalle, Gálvez, Sassone, Monje, Botto, todos han dado frutos memorables.

—Sí, pero ésos eran civilistas; tenían plata y podían investigar.

—Valdizán era pobre; Tello, el arqueólogo Tello, vivía en un

cuartucho de la Biblioteca Nacional; Monje tenía que trabajar para pagar sus estudios: había ricos y pobres, limeños y provincianos, civilistas y pierolistas: todos estudiaban.

—Y todos aceptaban sumisamente a la oligarquía civilista. Los campesinos. . .

—José Antonio Encinas era campesino, puneño, aymara; Valdiván era de Huánuco, y Tello de Huarochirí. Eran otros tiempos.

Víctor Torres no admitía el desorden, era un fanático de la tradición republicana. Carlos respetaba las ideas de su pariente, mas no las seguía, por eso evitaba hasta donde fuera posible discutir con él. Sin embargo el tema de la universidad lo consideraba como propio. Después de un largo silencio y de algunos comentarios adicionales sobre los sucesos políticos abrió fuego:

—Tío Víctor, permíteme que te contradiga en algo. Los universitarios de tu tiempo podían darse el gusto de investigar, nosotros tenemos que comer.

—Nosotros también comíamos, pero sacrificábamos las horas de politiquero y de jarana para dedicarlas al estudio. Los profesores no nos permitían hablar de cualquier cosa ni repetir de memoria folletos. Yo ganaba sesenta soles mensuales en el Ministerio de Gobierno cuando entré a la Facultad de Jurisprudencia. Cierto que teníamos una casa propia, ésta en la que hoy vivo, pero aparte de una pensión de treinta soles de mi madre, teníamos que vivir cuatro personas y todavía estudiar. Por eso demoré diez años en ser abogado en lugar de siete. Tuve que aplazarme varias veces porque no tenía tiempo de estudiar y no podía darme el lujo de presentarme a un examen sin estar bien preparado. Yo ví a Tello y Valdiván y a Gálvez vivir muy humildemente. A Valdiván no le pagaban por sus artículos en *La Prensa* que firmaba como Juan Serrano. Hacía de todo y por fin se fue a Italia, a vivir como estudiante hasta que se graduó y se hizo famoso. Murió muy joven: se le reventó el corazón de puro cansancio. A Tello, que también estudiaba Medicina, lo acogió don Ricardo Palma y como era amigo de su hijo Clemente, le concedieron un cuartucho en la Biblioteca Nacional en cuyos altos vivía don Ricardo.

Tuvo que arar la tierra para graduarse en Harvard y en Alemania. El poeta Gálvez era el poeta de la juventud y amanuense en la Beneficencia Pública con los consabidos sesenta soles de sueldo. Se casó sin haberse graduado y se fue después a Barcelona. Renunció a su cargo porque no estaba de acuerdo con Leguía, y después renunció a la Embajada en Bogotá porque no estaba de acuerdo con el General Benavides. Créeme Carlos, no es que desprecie a los jóvenes, simplemente los quisiera mejores.

En esos momentos llegó de visita Celia, la cuñada de Víctor, y la conversación enderezó por otros rumbos. Carlos se despidió con cara de mal cristiano. Su prima le acompañó hasta la puerta:

—Tú sabes que papá es así, no te molestes. . . Además no puedes negarme que tiene alguna razón, no tanta como él cree, pero, sí alguna.

* * *

Los comentarios en torno a las guerrillas variaban de tono y alcances. Civiles y militares le daban diversas interpretaciones. Para la gente tradicional el punto de comparación eran las montoneras de Piérola. En 1894 el caudillo demócrata, ya coaligado con antiguos enemigos civilistas, levantó huestes civiles contra el militarismo imperante. El caudillo militar era un héroe a la guerra del 79. El general Cáceres, el hombre de la Resistencia, el De Gaulle del Perú de 1882, alto, de casi un metro noventa, delgado, con las patillas flotantes, un ojo ligeramente deformado por una bala, cobrizo el color, resuelto, se había instalado en el gobierno mediante una trampa que no necesitaba, pues ya había ejercido el mando durante un período entero. Los civilistas, despojados del poder, acudieron a su tradicional enemigo, que llegó subrepticamente de Chile y levantó guerrillas armadas de fusiles Chascepot, trabucos naranjeros, carabinas de toda marca, revólveres Lafouchet y hondas o huaracas andinas. En todas partes surgieron caudillos rurales y urbanos. Hubo familias que combatieron entre sí como los Seminario de Piura. El cholo Oré, de Cañete, comandaba la vanguardia con Martha la cantinera. Un coronel prusiano

era el asesor bélico de Piérola. En un año entero de guerra civil más de diez mil cadáveres cubrieron el Perú y al fin, el 17 de marzo de 1895, el Estado Mayor de Piérola, usando gorras y ke-pís blancos, rodeando a Piérola con revólver en la diestra, entraron por la Portada de Cocharcas a balazo limpio y se instalaron en la Plazuela del Teatro donde armaron su cuartel general.

—Esos eran hombres, peleaban a pecho descubierto contra un ejército aguerrido y lo vencieron.

—Estos muchachos también combaten contra un ejército y una policía bien entrenada.

—Pero no combaten para el Perú sino para Fidel y para la Unión Soviética.

—Lo mismo se muere por una que por otra causa.

Las noticias de las guerrillas circulaban poco, sólo se presentaban los excesos de los guerrilleros y sus derrotas. No constituían, desde luego, un ejército. Eran partidas esparcidas por las serranías, tratando de sublevar a los campesinos que no entendían su jerga abstracta y bastante menos nacional de lo apetecible. En las universidades se reunían grupos de candidatos al viaje a Cuba y a la guerrilla rural. Había surgido un nuevo líder: el petróleo de la International Petroleum Company. El Presidente de la República había prometido el 28 de julio de 1963, sin que nadie se lo pidiese, nacionalizar a la IPC en 6 meses. Habían pasado seis veces los seis meses y el problema seguía igual; en cambio, crecían los opositores y el tema se volvía cada vez más candente. El Congreso había aprobado las leyes necesarias para que el gobierno adoptase la resolución prometida. Se había proclamado nulo, "ipso jure", el Laudo Arbitral de 1922 sobre La Brea y Pariñas. Se había autorizado al Gobierno a la expropiación o repatriación de tales petroleras, mantenido sí, los derechos de los trabajadores. En respuesta se había autorizado la pena de muerte, inútil espantajo de una sociedad con la Ley de Talión como principio. Los universitarios, hombres y mujeres, y algunos muchachos de escuelas, salían a las calles y en menor proporción fugaban al campo:

—La Reforma Agraria es un engaño. Hay que expropiar a los

gamonales, hay que repartir el agua, hay que reconocer las comunidades, hay que. . .

* * *

Víctor Torres cada vez más pálido y macilento, leía los diarios casi con temor. *El Comercio* seguía siendo su matutino. Se extrañaba que no hubiesen editoriales a menudo. En la casa reinaba inquietud. El Dr. Fernández, médico y amigo de Torres, había prevenido a su hija sobre el estado del antiguo funcionario del Ministerio de Gobierno.

—Lo encuentro muy desmejorado, muchacha, tienes que cuidarlo mucho. Su alimentación debe ser. . .

—Pero si no quiere comer nada, doctor. Está muy callado y muy triste.

—Le hace falta más compañía. El siempre fue un solitario. Pero ahora veo que cada vez que lee los periódicos se pone peor.

—Hija mía, te voy a decir algo que te parecerá huachafo. Tu padre está enfermo de Perú. De Perú y de soledad. Le hace falta su amigo Leandro, le hace falta trabajar en el Ministerio. Para él está terminado todo lo que interesa en la vida. El fue siempre un hombre de orden, respetuoso de las jerarquías, enemigo de las revueltas. Este mundo no es el suyo y temo, sí, temo que tú misma no lo entiendas.

Un gatazo enorme saltó sobre las rodillas de Carmen Rosita. Era de color plomo con vetas negras. La cabeza achatada, se restregaba contra su dueña; ronroneaba y se revolvió hasta que de un salto cayó en las rodillas de Víctor Torres. Este se estremeció como si despertara de un sueño. Luego, sonriendo pálidamente, acarició la cabeza del felino. El Dr. Fernández, poniéndose un dedo sobre la boca, se retiró suavemente de la habitación, hizo un ademán cariñoso a la muchacha desde la puerta y se perdió en la penumbra del zaguán.

* * *

CAPITULO XI

ELEGIA DE LOS BALCONES

Aquella mañana un crecido número de estudiantes y obreros presidido por tres Rectores universitarios habían realizado un mitin en la Plaza San Martín. Los asistentes llenaban un tercio de la Plaza con la cooperación de muchos curiosos. Desde el tablador se pronunciaron arrebatadas invectivas contra el gobierno y contra la Fuerza Pública. Un ex sacerdote, trémulo de indignación antimperialista, satanizó a los protervos que "hacen tabla rasa" de los ideales cristianos. Un General retirado convocó a los manes de los libertadores para que defendieran la soberanía del Perú. Un Senador enardecido hizo la historia negra del petróleo en el mundo y atacó violentamente a la IPC. Un rector universitario se hizo eco del hambre estudiantil por comerse vivos a los gringos explotadores y a la burocracia insaciable. Un estudiante, naturalmente con barbas y blue jeans, acometió furiosamente, en nombre de Mao, Marx y Lenin, contra la apestosa burguesía, dueña del poder político y económico del Perú. Un campesino de pelo tieso, disfrazado con poncho, recalcó la miseria del indio y su necesidad de desposeer a los gamonales. Una mujer de voz hiriente y pelo largo (sin alusión a Schopenhauer. . .) maldijo a los traidores alienados, explotadores, vívoras, sabandijas, sapos, malditos. Los aplausos eran cada vez más débiles porque había pasado la una de la tarde y la gente se disgregaba en busca del apetecido almuerzo.

Carlos y su prima, después de consultar el reloj, decidieron acompañar a los restos del mitin hasta la esquina de Palacio, en donde los esperaban los "rochabuses" con sus condenadas mangueras y sus gruesos chorros de agua. Los primos corrieron por el portal y se refugiaron en el Correo, después emprendieron la vuelta al hogar.

—Mira, qué lindo. Ese balcón es una joya. ¿Cómo se ha librado de la furia de los rascacielistas? Las empresas eléctricas han tenido buen gusto de respetar la fachada de su vieja casa y han levantado su nuevo edificio diez metros atrás. El balcón es precioso. Seguramente Bruno Roselli debe estar triste por no poderse llevar a su depósito.

Bruno Roselli era un profesor de arte nacido en Florencia y refugiado en Mendoza, Argentina, fugitivo de las iras del Pacífico. Cuando subió Perón al gobierno, Roselli sintió que le faltó el piso. Era un hombre ya de edad madura, delgado, de cabellos blanquirubios, bigote canoso y ojos malignos. Tenía la tez rosada y seca y una sonrisa amarga y despectiva. Lucía una pequeña joroba, muy pequeña, que lo hacía caminar inclinado, apoyándose en un bastón recto y oscuro. Sólo levantaba la cabeza cuando, en su solitario paseo por las calles de Lima, divisaba uno de esos maravillosos balcones de cajón con celosías moriscas y caja de artesonada madera. Se detenía al punto y lo contemplaba como a una enamorada. Golpeaba la acera con el bastón y daba vueltas como un gato sin perder de vista las ventanas y mamparas del balconaje. Si lo veía muy viejo, cruzaba el umbral preguntando por el propietario y si éste por algún azar le hablaba de futura demolición o venta, Roselli, con una sonrisa infantil en el rostro, le ofrecía compra e iniciaba un regateo digno del mercado de Tánger o Alizabeba. Así había logrado coleccionar una docena de balcones viejos en un curioso museo de maderos coloniales. Solía decir en su clase de Historia del Arte en San Marcos, que los balcones limeños del virreinato eran los más bellos que había visto a través de sus viajes por el mundo.

Los primos cruzaron la calle de la Veracruz y se enfrentaron a otros dos balcones y a unos antepechos de madera tallada y

con balaustres redondos. Al llegar a la casa Oquendo, con su magnífico par de altos balcones y su patio de azulejos, se detuvieron maravillados:

—Nunca les había prestado tanta atención a estos balcones. Son realmente maravillosos. Da ganas de inventar un virreinato y una tapada para darles ambiente.

Estaban frente al largo Jirón Cailloma en cuya última cuadra se hallaba la calle de Monopinta donde residían Víctor Torres y su hija. La primera cuadra, la de Afligidos, mostraba una doble hilera de balcones cerrados y muy altos. Una de las casas viejas ostentaba una placa: allí había nacido el Coronel Francisco Bolognesi, héroe de Arica. La casa parecía semi derruida. La admiración por su habitante de muchos años atrás no comprometía los sentimientos municipales, ni de los moradores de hogaño. Cabía decir, como el poeta, mirando los aleros vacíos: “en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”. Los primos caminaron la cuadra y siguieron por la de Argandoña también tupida de balcones cerrados y moriscos, muy altos. Otra casa, a la izquierda, de ancho patio destartalado y portón a medio rendir: la casa donde nació el poeta Chocano. Siguieron por la de Calonje, menos solemne, con un balcón morisco; cruzaron la Plazuela del Teatro en la calle de la Puerta Falsa del Teatro. Carlos se detuvo y señalando una casa nueva, chillona, dijo:

—Ahí estaba la casa de González Prada. Era pequeña y fresca, el patio de entrada estaba cuajado de madreselvas y una enredadera sombreaba la ventana tras de la cual doña Adriana cosía en tanto que su ilustre esposo leía acariciando un gato con su diestra. La han destruido salvajemente.

En la esquina siguiente, a la derecha, un balcón cerrado pintado de verde, revelador de incurias en sus habitaciones y propietarios:

—Ahí vivió el tío Leandro hace casi medio siglo. Siempre que pasábamos por aquí me lo mostraba y me hacía recordar episodios de ayer.

En la esquina de Villegas resurgió el motín de los balcones moriscos y luego la de Monopinta sin ninguno ya, todo plano, excepto los dos pretenciosos rascacielos cerca de la esquina con la Colmena.

—En ese edificio, cuando era una casa grande, de ancho portal, vivió también don Leandro y nació su hijo. No queda nada de ello salvo tu casa, que se mantiene en una heroica resistencia contra lo nuevo.

Ella sonrió levemente y lo invitó a pasar. Víctor Torres lo recibió. El profesor Roselli fue tema de conversación en el almuerzo.

El profesor Roselli había ido en auxilio del Balcón de Olavide. Víctor Torres comentó:

—Cuando los Wiese compraron la Casona de don Pablo de Olavide y Jáuregui, creímos que respetarían su arquitectura y su balcón y harían como las Empresas Eléctricas, que a pesar de tener dos jefes italianos resultaron ser tradicionalistas y criollos.

—¿Dos italianos?

—Un italiano y un suizo. El señor Gino Bianchini y Carlos Mariotti. No olvido sus nombres porque creyeron en la cultura del Perú. Roselli también, parece que les viene de raza. Bianchini era un clasisista. Como buen europeo sabía tanto de la electricidad como de literatura. Pocas veces he oído hablar con mayor conocimiento de Dante y de Bocaccio. En eso andaba a la par con aquel banquero italiano a quien la revista norteamericana *Fortune* llamó “Virrey del Perú”; me refiero a Gino Salocci, el aventurero gerente del Banco Italiano de Lima.

—¿Banco italiano?

—Sí, hombre; hasta la Segunda Guerra, el Banco de Crédito actual se llamó Banco Italiano. Lo manejaba la Banca de Italia, desde Milán, Salocci, gordo, arrogante, fumador de puros enormes, especie de Gargantúa mediterráneo, era árbitro de muchas resoluciones gubernativas sobre todo en el gobierno del General Benavides, y era también un gran latinista.

—Me estás hablando de cosas raras.

—De cosas de hace veinte años o algo más. Lima era una capital auténtica, todavía teníamos algunos buenos balcones en el centro; por ejemplo, el de la familia Barreda y Bolívar en la calle de Espaderos, y el retorcido y currutaco balconete de la Casa Courret, el fotógrafo francés, a quien reemplazó después Dubreuil, quien además de ser gran fotógrafo tenía una hija pistonuda: ¡qué piernas, viejo, qué boca!

—Veo que los balcones te siguen entusiasmando. . .

—Claro, la chica tenía unos balcones magníficos. . . La finca de al lado era la peluquería Guillón, tenía un balcón cerrado, de celosías tupidas; tras de ellas aguaitaban las chicas Valencia, hijas del señor Valencia que había comprado su establecimiento a Guillón y vendía perfumes, echarpes, bastones, sedería, todo de lujo.

—Bueno, pero los balcones cerrados de la esquina de Mercaderes no parecen coloniales; resultan medio huachafos. . . Esos que están o estaban sobre la tienda de los hermanos Fernández.

—De todo hay en la Viña del Señor: así como hay hombres y mujeres elegantes y de baja estofa, y huachafos, de medio pelo, así también son los edificios, y los balcones, y las ventanas, y las puertas. Fíjate todavía en las puertas de las calles de Belén: ninguna tiene menos de cuatro metros de altura y hasta dos y tres de ancho. Son de madera noble, de cedro o de roble, gruesas, con postigo y aldabón de cobre para llamar en lugar de medrosos timbres eléctricos. La calle de Belén es un museo de portones robustos, lustrosos, eternos. Da ganas de tener calesa o montar a caballo para que le abran a uno las dos puertas, y entrar como a un templo laico, hasta la reja de gruesos y artísticos barrotes generalmente pintados de blanco. Eso era vivir, eso era gozar, y no estas casuchas, con covachas para ratones no para personas, y puertecitas para gente que no come, flaca y esmirriada.

—Me da ganas de repetir el refrán cervantino, que tú conoces bien:

“En los nidos de antaño / no hay pájaros hogaño”.

Un doble suspiro selló la frase.

* * *

En una de las casonas coloniales, cuyo balcón de celosías se derrumbaba en ese momento, unos obreros encaramados en el techo trabajaban activamente levantando una enorme varilla de hierro, flaca y cimbreante como una valladera y con más alambres que una cometa. Don Bruno Roselli se detuvo en la acera del frente, golpeando con el bastón el piso y sonriendo sarcásticamente:

—Ya ve usted, signor, ya ve usted. Destruyen un balcón precioso, todo historia, y levantan una antena, toda negocio. Io sono de Florencia, io sono florentino; vivía en la calle Calzatore, muy cerca del Campanille del Giotto, presso del más bello lugar de Florencia, sabe usted. Caminaba un poco y visitaba la casa del Dante. Más allá estaba el Palacio de los Borgia, el Arno corría en medio de la ciudad, verdense y musical. Nadie se hubiese atrevido a tocar una sola de las bellezas de mi ciudad. Desde la colina, desde la Plaza de Michelle Angello, se divisaba la campiña y también las fábricas, pero los barrios del Renacimiento tenían el sabor de antaño. Lima era como Florencia, sí, signor: una ciudad bellísima con sus casas de tres patios, con sus portones y sus postigos, con sus balcones moriscos con sus faroles de mechero, con sus jardines, con sus fuentes rumorosas y sus estatuas de las doce estaciones, hechas de mármol de Carrara y todo eso se va destruyendo. ¿Para qué? Para levantar edificios que parecen jaulas, con antenas que pretenden arañar las nubes bajas de un cielo plomizo. Hoy, signor, ésta es la lucha del balcón contra la antena. Yo he comprado muchos balcones y algún día los obsequiaré a la ciudad renovada. Mas, le prometo, no compraré una sola antena ni tampoco un televisor. Para ver el mundo me basta los recuerdos; tienen más color que las películas de la Metro Golden Mayer, salvo que se trate de la Fontana del Trevis. ¿La vio? Cosa bella, es que Roma es una ciudad hermosísima. Claro que no

tanto como Florencia. Florencia es un sueño convertido en arquitectura. Pero, hablando de los balcones...

El señor Roselli levantó los ojos y se dio cuenta de que estaba solo. Golpeó el bastón contra el piso y siguió su camino mascullando cosas feas en su pintoresco castellano tachonado de expresiones florentinas, y no precisamente del Dante.

* * *

CAPITULO XII

LAS IDEAS Y LOS HECHOS

Se encontraron en el Cream Rica de la calle de Baquijano. En las mesas conversaban entre sorbos de café y aguas gaseosas conocidos periodistas, sobre todo de la prensa, cuyas oficinas quedaban a pocos metros. Los mozos circulaban con sus bandejas. El humo saturaba el salón. Jóvenes de ambos sexos, más o menos bien trajeados, formaban la mayoría. No faltaban los inevitables hippies con su voluntario andrajo bien cuidado. Los chismes circulaban como el humo, más rápido que las bandejas. En una mesa al fondo pontificaba calmo y sereno, con ceceos más andaluces que castellanos, el veterano periodista español Corpus Barga. Naturalmente se refería a menudo al Presidente Azaña y a Miguel de Unamuno; con éste había pasado largos meses en París durante su destierro, por la dictadura del General Primo de Rivera. Corpus Barga, alto, lento, poco encorvado, calvo, de aire triste y ojos agresivos, había dirigido la primera Escuela de Periodismo de la Universidad de San Marcos. Tenía muchos discípulos que lo habían leído, retrospectivamente, en sus artículos de la *Revista de Occidente* y *El Sol* de Madrid:

—Es una pena que no tengamos tertulias ni peñas como las de Madrid, allí se hablaba de todo, pero como en una Academia. Las librerías eran un apéndice de las tertulias. Mucho de la literatura española ha salido de las tertulias, en la librería de Fernando Fe, en la de Beltrán, y últimamente en la de Espasa Calpe.

Es lástima que aquí no haya prácticamente conversación en la librería porque en ella se discutía con los textos en la mano. Menéndez Vidal, don Miguel, don Pepe Ortega y los poetas, todos sembrábamos y cosechábamos en las librerías.

—Pues en casa me han contado que así era en Lima. Cada librería era un mentidero y una academia. En el centro han desaparecido todas. Apenas existe la “Internacional”, con algún aire de las viejas, pero también en decadencia. Su dueño, el señor Klain, y su gerente, el amigo Lora, no están ya con la misma frecuencia que antes.

Comenzó la evocación de las librerías de antaño.

El cambio literario de los años veinte se había operado en ella; el de los años diez también. En los años diez el centro intelectual estaba en la calle de la Merced. La librería de Madame Rattery de Rosay era amplia, ordenada y hasta elegante. Tenía dos grandes escaparates en los que semanalmente se exhibían nuevas colecciones de libros en inglés, francés y en castellano. Todas las novedades de París llegaban a punto como en Haití, con una faja que rodeaba las tapas diciendo el consabido “Vient de paraitre”, todo los libros de la guerra y los de la colección Flammarion esperaban su turno para exhibirse. El libro de Francisco García Calderón *Les democraties latines de l’Amerique* se vendió allí en francés. La traducción castellana no aparecería sino sesenta años después y en Caracas. En el fondo de la tienda, al pie de la caja de ahorros, Madame Rosay, robusta y ceñida, siempre vestida de oscuro, con los rubios y canosos cabellos peinados sencillamente y los lentes dorados sobre la nariz respingona, hablaba con los mejores profesores de entonces, sus clientes, como editora. Don Carlos Wiese, sarcástico, con sus cejas grises, gruesas y arqueadas y su andar como de buque mal estibado, corregía las pruebas de su *Historia del Perú*; el menudo y atildado científico don Enrique Guzmán y Valle discurría con el grueso y cobrizo Matías Sánchez, matemático, sobre sus preocupaciones metodológicas. Había dos escaparates en el centro del almacén y otros dos estantes a los costados, y una puertecilla al fondo que daba al depósito y a la imprenta de *La Voce d’Italia* que dirigía el anarquista y huma-

nista italiano Emilio Sequi, de porte garibaldino y a quien servía de impresor el gordo Lenta, también de origen itálico, hombre sonriente y conversador. A veces aparecía la gentil silueta de don Manuel González Prada con su esposa, buscando libros en francés. Hacia 1916 el revolucionario grupo de *Colónida* con Valdelomar y Alfredo González Prada a la cabeza, se apoderó de la librería mientras el taller del amigo Lenta componía el ahora raro volumen de versos de ocho autores, titulado *Las voces múltiples*. Los estudiantes de la universidad y los colegiales avanzados concurrían a ese vivero de inquietudes tanto para comprar sus libros y cuadernos como para escuchar las conversaciones de los sabios reunidos. Los dos hijos de Madame Rosay, Fernando el rubio y Emilio el moreno, crecieron en ese ambiente y se hicieron también librereros. Madame Rosay tenía sangre de bibliófila. Había sido esposa del señor Galland, otro librero francés, de quien enviudó. La Joya Literaria, la librería de Galland, funcionó en la calle de Palacio, frente al costado occidental de la casa de Pizarro.

Pero, en donde la inquietud literaria se convirtió en política y en social, fue en una librería de la calle de Baquíjano, casi frente a La Prensa, llamada la "Aurora Literaria". Primitivamente su dueño fue don Juan Boix Ferrer, catalán, de voz gruesa y fino gusto. Fue el introductor de toda la literatura española del siglo XIX y principios del XX y editó novelas por su cuenta y, más tarde, por *La Prensa*, de la que fue asesor. Boix vendió su librería a dos españoles de apellido Lorenzo, el uno, y Rego, el otro. Lorenzo era delgado, de cara larga, pelo negro, con patillas de contrabandista más abajo del lóbulo de la oreja; Rego era grueso, casi rechoncho, de pelo castaño, hablar fuerte. Ninguno de los dos resaltaba por sus conocimientos literarios, pero sabían vender libros. Tenían como jefe de la librería a un criollo de color moreno, apellidado Pezzuti, muchacho vivaz, conversador, que conocía al dedillo los catálogos y editoriales de habla castellana. La "Aurora Literaria", se especializó en revistas españolas e hispanoamericanas y en libros de España y México. Al caer la tarde, ya a finales de la década del 20 y la de los 30, se congregaban allí César Vallejo, el bullicioso y robusto poeta "maldito" Jorge Zuleta, el mor-

daz y sonriente Adán Mejía (El Corregidor), el cinematográfico y fugaz poeta Clodoaldo. Casi siempre pasaba allí algún tiempo el erudito y sudoroso Jorge Guillermo Leguía, a quien acompañaba a menudo, tímido y reticente, con los grandes ojos abiertos como asombrados, Jorge Basadre, historiador juvenil. De pronto asomaba Raúl Porras, pequeño, rubio, sonrosado, con un paquete de libros bajo el brazo, quien ya había recorrido la librería de Rosay y la del Bazar Pathé. Alto y aislado, mirando en torno con cierta melancolía, el poeta Enrique Bustamante conversaba con Pedro Zúlen, de inmediato origen chino, filósofo y bibliógrafo, cuya intermitente tos no presagiaba larga vida. Angela Ramos y su hermana Rebeca ponían una nota de finura y gracia en la sala de exhibición. Pezzuti iba de un lado a otro mostrando las novedades, allí se hablaba ya de la dictadura de Primo de Rivera, de la primera edición del *Capital* de Marx que hizo Aguilar, de la revolucionaria colección *Cenit*; del fracaso de la editorial CIAP, de todo lo nuevo y polémico.

—Todo eso dejó de existir allá por el año 30, querido Carlos. Con la caída de Leguía terminó definitivamente ese tiempo.

—He oído decir, tío, que eso era lo que se llama “la belle époque”.

—Yo no sé francés, sobrino, pero si como creo, ese dicho significa “época bella”, lo fue hasta para los que sufrieron la dictadura y hasta para los pobres. Lima era como una matrona de alta alcurnia, un poco conservadora, pero bien vestida y de buenos modales.

—Pero no había deporte.

—Sí, lo había, los boxeadores panameños llegaron a comienzo de los 20 y los futbolistas uruguayos apenas triunfaron en Colombia.

—He leído, tío, un libro del escritor francés Montherlant titulado *Les onze sur la porte dorée*. Qué linda manera de describir el fútbol.

—Te repito, yo no sé francés, pero me gusta el fútbol tanto como a ti te gusta tu Unamuno, tu Vallejo y tu Marx.



Un río de gente fluía por la avenida Arequipa convergiendo hacia el Estadio Nacional, hasta la calle José Díaz; había una competencia entre un equipo argentino y la selección peruana.

El Estadio Nacional, el nuevo estadio de cemento, reemplazó al de madera que la colonia británica donó a Lima con motivo del primer centenario de la Independencia en 1921. Antes de eso, en aquel campo, tenía su sede el Club Ciclista Lima, donde también jugaba fútbol el Association Football Club. El Club Ciclista fue un promotor incansable de todos los deportes bajo la Presidencia de Manuel Angost, un hombre de primera, dinámico, cordial, buen corredor de bicicleta y excelente réferi de boxeo. En el terreno del Club Ciclista se levantó el primer ring popular de boxeo, y en él compitieron los boxeadores panameños con los primeros pugilistas nacionales, entre ellos los arequipeños Rosendo Huerta, Toribio Salinas y Melitón Aragón. Era un Estadio de madera, al que concurría público numeroso y escogido. Los ciclistas del Club Lima competían con los del Circolo Sportivo Italiano, cuyo velódromo se hallaba en la Av. de la Magdalena, que ahora se llama Brasil.

En 1921, los ingleses construyeron el estadio y absorbieron parte del Club Ciclista, pero era un Estadio con tribunas de madera. Sin embargo allí se realizaron las competencias más grandes entre los primeros equipos extranjeros que llegaron al Perú y los peruanos. En 1924, como hemos dicho, después de su sensacional triunfo olímpico en Francia, el equipo uruguayo se presentó en Lima. La novelería limeña trocó su admiración por Belmonte y Chicuelo por la de Nazazzi, un gigantón de pata dura, que capitaneaba los once; el famoso negro Andrade, al terrible pateador Petrone; al elástico portero Mazzali; al demoledor manco Castro que más tarde volvió a Lima y se convirtió en entrenador ocasional de un equipo peruano. Luego pasó por esa cancha el célebre equipo del Real Madrid, cuyo golero Zamora detuvo cinco penales promoviendo la admiración histórica de millares de fanáticos. Y enseguida el equipo argentino en que destacaban la "chancha" Seoane como delantero derecho, y el zaguero Recanatini y un par de extremos de una velocidad increíble. Y allí, hacia 1927, apare-

ció el primer equipo del Universitario de Deportes con su elenco formado por Plácido Galindo, Jorge Góngora, Luis Alva, Denegri y todos sus compañeros que se enfrentaban a los entonces gloriosos negros del Alianza Lima cuyo centro, Manguera Villanueva, apoyado por el negro Lavalle y por Neyra, eran la pesadilla de sus adversarios, y en cuya portería Vadivieso no dejaba pasar pelota alguna. Las barras de universitarios y victorianos rivalizaban en cantos y mojigangas. Lima se había convertido en una excelente plaza de fútbol, las corridas de toros languidecían. Los limeños, siempre espectadores del riesgo, se encarnizaban con los errores también ajenos y elevaban a las nubes los aciertos de sus preferidos. Del campo de fútbol salían en hombros los malolientes campeones como antes de la plaza de toros los lentejueleantes matadores con éxito.

La dictadura de Odría, poniendo en práctica el "panem et circens" de los emperadores romanos, convirtió el Estadio de madera en uno de cemento más amplio que el anterior. Los veinticinco mil asientos de ayer, se convirtieron en cuarenta mil o algo así, como si una ciudad en crecimiento permanente hubiera de detenerse porque sí en un millón o algo cerca de eso. Para proteger a los jugadores se levantó una alambrada sólida entre los asientos y la pista. Llegaron nuevos equipos extranjeros ya no sólo de España, Argentina, Uruguay y Chile sino también de Inglaterra, Italia, Costa Rica, Francia, México, Alemania, Ecuador, qué se yo. Esa tarde de primavera, en 1964, los contendores eran de Argentina y de Perú. Se preparaba las selecciones para contiendas internacionales. El orgullo patriótico andaba de por medio. Antes decían que el honor nacional simboliza la bandera, ahora suele representarlo una pelota de cuero. La bandera siempre es llevada en alto, ondeada con respeto y entusiasmo; a la pelota hay que patearla para que se mantenga en alto: diferencias de medios y maneras. Esa tarde había que patear para mantener en alto el honor nacional de Argentina y del Perú.

Las tribunas estaban repletas a más no poder. Como siempre circulaban más gritos que canciones, más matracaş que silbidos, más botellas que galletas, más sarcasmos que ironías, más jactan-

cias que promesas: el deporte es así. O, como diría el don Diego de *En Flandes se ha puesto el sol* de Eduardo Marquina: “España y yo somos así, señora”.

Salieron los equipos. Los argentinos con su casaquilla azul celeste a rayas verticales; los peruanos con las suyas rojiblancas, también a rayas verticales. Cada equipo en fila india. Cada goalkeeper con una pelota bajo el brazo, cada masajista con una bolsa de jebe en la mano. El réferi con un pito en la boca. El público aplaudió y silbó. Los equipos se plantaron frente a los fotógrafos: unos de rodillas, otros de pie. Brillaron los flasches: ¡plaf!, labor cumplida. Los equipos volvieron a correr ahora tras cada pelota. Sonó el pito del réferi. Los equipos se alinearon, celestes a un lado, rojos al otro. Sonó otro pitazo, los equipos se movieron: había comenzado el partido.

Carlos miraba el juego desde afuera: no había conseguido boleto. Maldiciendo a los revendedores que cobraban 5 veces el precio oficial hundió las manos en los bolsillos y pegado a un radio, se dispuso a escuchar ya que a no ver el partido. Muchos como él se hallaban en las afueras del estadio, pendientes de las radios de los autos estacionados. Un rumor constante anunciaba cada movimiento. Gritos, aplausos, silbidos, música, gritos, coheteros, más silbidos. Había pasado mucho rato. Los locutores animaban en su endiablada jerga al público transido de expectativa. De pronto un inmenso griterío: ¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡fuera!, ¡fuera! Una batahola terrible hacía vibrar las radios. 5 minutos de un estrépito espantoso: ¡fuera!, ¡fuera!, ¡fuera!, ¡goll!, ¡goll!, ¡goll!, ¡fuera!, ¡fuera!, y de pronto un tiro y otro y luego un tremendo desgajamiento como si las tribunas hubiesen reventado. Y una humareda fétida y un clamor que ensordecía y gritos desesperados y llamas. Hasta allí sintieron que las rejas de las puertas recibían el impacto de incomprensibles golpes.

—¡Qué pasal, ¡Qué pasal!

—¡Se han vuelto locos!

—¡No sale nadie!

Súbitamente cayó derribada una de las puertas y un inmenso chorro humano brotó incontenible desparramándose por las calles arrollándolo todo, muchos de ellos rodando por el suelo sin poderse levantar y gritos, y quejidos, y el maldito olor a gases lacrimógenos y las sirenas de la Asistencia Pública y las botas de la policía, y el correr de mujeres, hombres y chiquillos y el rodar y el quejarse.

—¿Qué ha pasado?

Nadie sabía responder.

Horas después se conocía la verdad: 342 muertos, aplastados por el horror inconsciente de la multitud, yacían sobre el grass en la cancha de fútbol. Un fanático, el zambo Bomba, indignado por la anulación de un gol, había agredido al réferi y desatado la ira popular. La policía respondió torpemente con gases lacrimógenos sembrando el desconcierto y el terror.

De las tribunas saltaban a la pista los horrorizados espectadores buscando las salidas que se hallaban cerradas a piedra y lodo. La multitud empujaba a los que iban delante, derribándolos, pasando sobre ellos. La policía perseguía a los unos y a los otros. Una chica de 18 años a punto de ser madre clamaba desde el suelo: “no me pisen, por favor, voy a perder mi hijo”: lo perdió y se perdió ella misma. 342 vidas se perdieron esa noche, estúpidamente a causa del terror y de la violencia, del fanatismo y de la torpeza, de la inconciencia y la ferocidad, del terror y la superstición. 342 limeños pagaron su tributo a la ola de ineptitud e implícita crueldad, de irracionalidad triunfante. 342, ni uno más ni uno menos. 342: tantos como en un combate. 342 tantos como en un terremoto.

342 tantos, más que en una revolución.

342 mucho más que en un golpe de Estado.

342 tantos como en una epidemia.

342, 342, 342, 342. . .

* * *

La noticia llegó al Congreso como una bomba. Era alrededor de las 9 de la noche. Ambas Cámaras se hallaban sesionando. De pronto en la mesa de periodistas se advirtió un revuelo inusitado; varios de ellos corrieron a los teléfonos. Un Senador preguntó al cronista de la prensa qué pasaba. La respuesta lo dejó helado: "Han matado a 342 en el Estadio". "¿A 342 qué?".— "A 342 peruanos".— "¿Quién?".— "Parece que la policía".— "Pero, ¿por qué?".— "No lo sé, voy a averiguarlo". El periodista se precipitó sobre el teléfono, el Senador subió al estrado para transmitir la noticia al Presidente; éste ordenó al Edecán que averiguase qué pasaba y a la vez dispuso que el oficial mayor indagase por el teléfono de la Presidencia. . . Al cabo de un rato, los Senadores, de pie, discutían acaloradamente entre sí; los periodistas se lanzaban a la calle; el público de la galería abandonó el recinto y todo fue confusión.

—Hay que llamar inmediatamente al Ministro del Gobierno —exclamó un Senador de la Oposición.

—Y qué hacemos con el Ministro. Si él no ha estado en el Estadium.

—El es el responsable político del Ministerio.

—Lo que necesitamos antes de todo es salvar vidas, verificar las bajas y comprobar quién dio el disparo.

—No ha sido baleada, hubo gases lacrimógenos y pánico.

—¿Quién comanda las Fuerzas del Estadio?

—Un comandante llamado Azambuja.

—Hay que traerlo al Senado.

—¿Está usted loco? El Senado es mucho para un Comandante, hay que traer a los Ministros.

—Y qué va a decir el Ministro si todavía debe estarse informando de lo sucedido. Hay que darle un voto de censura.

—No lo hemos oído.

La sesión concluyó invitando al Ministro para que fuese.

—El Ministro ha cumplido. Los destrozos eran descomunales. . . En la morgue, en el patio, habían 342 muertos, lívidos algunos, azulados, otros aplastados, toda una pesadilla.

Carlos no se atrevía a perturbar el sueño de Víctor. Carmen Rosita al verlo, negó tres veces, no, no, no lo despiertes, ha pasado un día muy malo.

Carlos asintió con la cabeza, besó cariñosamente la frente de su prima y silenciosamente salió pensando en decirle todo lo que sabía de la tragedia del Estadio. Cogió la radio y por curiosidad puso el dial. Un locutor enardecido culpaba a las once mil vírgenes. Carlos apagó la radio y continuó su ruta.

* * *

CAPITULO XIII

DEL "CHE" AL "GUA"...

—¿Sabes la noticia? No se lo digas a nadie, es muy confidencial: el Che Guevara está en Bolivia y va a entrar al Perú.

—No me digas, pero aquí no hay nada preparado y los agentes cubanos no dicen nada.

—Es que Fidel no está de acuerdo con las ideas del Che. Este parece trotskista y quiere expandir la revolución por toda América. Fidel está escamado con los fracasos de Venezuela.

Los círculos pro comunistas de la Universidad estaban alborotados, reunido en pequeños grupos cuchicheaban misteriosamente acerca de la supuesta revolución en Bolivia.

—¿Qué tiene de extraño una revolución más en Bolivia? —preguntaba Clodomiro Chávez, miembro prominente del grupo Patria Roja.

—Desde que nació la república, cuentan más revoluciones que años y así seguirán porque Bolivia es un punto estratégico para promover revoluciones en toda América del Sur. ¿Has leído el libro del profesor Davis de Cochabamba? Allí explica por qué Hitler en su libro *Mi lucha* consideraba a Bolivia como el punto central de una revolución latinoamericana. Tiene cinco fronteras: con Perú, con Chile, con Paraguay, con Argentina y con Brasil. Tiene acceso a la Puna, a la Sierra y a la Selva. El mar que le falta es la razón de su inquietud y de sus alborotos. Mientras Boli-

via esté enclaustrada, Bolivia será una ficha importante para la revolución del Continente. Brasil le ha dado una salida al Atlántico desde Santa Cruz, pasando por Corumbá hasta Puerto Alegre; utiliza el territorio chileno para salir por Antofagasta y por Arica, y el peruano para salir por Mollendo. El Che Guevara sabe mucho. El es argentino del norte y conoce los problemas bolivianos. Los del Movimiento Nacional Revolucionario conocieron de cerca a Von Roehm, el fundador de los S.S. nazis. ¿Te acuerdas? Von Roehm obligó a Hitler a viajar por avión a Munich la famosa "noche de los cuchillos largos". Von Roehm se había sublevado con Otto Strasser y lo apresaron, no se sabe si se suicidó en la cárcel o le pegaron un tiro. Además era conocido homosexual.

—Qué bien enterado estás de esos detalles.

—Todo el mundo los conoce. En Bolivia estuvo también como instructor de su ejército el General Von Fauppen, que vino también al Perú y que se suicidó con Hitler.

—¿Por qué no escribes un tratado sobre historia boliviana, querido Clodomiro?

—Preferiría vivir ese tratado y estoy preparando mis bártulos para Bolivia.

—Estás heroico, Clodomiro.

—No jodas, Tuerto. Lo que estoy es tratando de encontrarme a mí mismo y de encontrar el camino de la revolución.

Carlos llegó a casa de Víctor Torres sumamente excitado. El había oído hablar en San Marcos de Hilda Gadea, la esposa del Che Guevara, la cual fue secretaria de la Facultad de Ciencias Económicas hasta 1949. Hilda era una mujer gruesa, de ojos achinados, carirredonda, muy prudente y alejada de las jaranas estudiantiles. Pertenece al Partido Aprista. Con el golpe de estado de 1948, Hilda Gadea se sintió amenazada y, aunque nadie la persiguiera, se refugió en la Embajada de Guatemala y obtuvo salvoconducto para la patria de don Juan José Arévalo, entonces Presidente democrático de aquel país. Hilda entró a trabajar en el Ministerio de Economía y compartió las inquietudes de los desterrados apristas. Habitaba al comienzo en una enorme casa de un

solo piso y tres patios que el gobierno había expropiado al General Jorge Ubico, antiguo dictador de Guatemala. En la casa vivía una viuda y sus tres hijas, una de ellas divorciada, y hospedaban a visitantes extranjeros, especialmente a desterrados políticos. Allí vivió largamente el General Chamorro, famoso dictador de Nicaragua. En uno de los desbordes de Perón en la Argentina, el médico Guevara, miembro de una familia acomodada y provinciana, tuvo que desterrarse al norte, y como ya en Venezuela reinaba una nueva dictadura castrense, siguió a Guatemala donde conoció a Hilda Gadea. Por ella y los desterrados apristas se informó mejor de la situación de América del Sur. Pasó a México cuando Arévalo dejó el Poder y conoció a Fidel Castro, quien había sido salvado de las iras de Batista por el Arzobispo de Santiago de Cuba. Estaban a mediados de la década de 1950. Fidel y el Che Guevara se hicieron amicísimos en México. Diz que Fidel entonces sabía muy poco de marxismo y que el Che lo introdujo en ello; puede ser. El hecho es que cuando partió el Gamma hacia Cuba iban en ella los dos amigos.

—El desembarco de Fidel, el Che, Camilo Cienfuegos y el puñado de expedicionarios cubanos se supo en La Habana enseguida, pero Batista no le puso atención.

—Claro, *Avance*, el periódico del cubano Vasconcelos, en el cual colaboraba Ciro Alegría, le dedicó algunas chanzas.

—Pero ya se había suicidado Chivás, que era el líder de oposición.

—Claro, eso fue en agosto de 1951. Eduardo Chivás, Jefe del Partido de la Revolución Puritana, acuñó el lema de “vergüenza contra dinero”. Sin embargo, cuando acusó al Ministro de Educación por delitos económicos, no pudo comprobarlos y el desprestigio lo afectó tanto que el primer domingo de agosto, después de su charla semanal por la TV, se pegó un tiro en el estómago pensando que todo Cuba miraría su suicidio: mala suerte. Por haberse extendido demasiado había salido ya de cámaras y el disparo se conoció como noticia y no como espectáculo. La oposición a Prío carecía de cabeza válida, y Batista dio su Golpe de

Estado en marzo del 52. La ausencia de Chivás dio vida al liderato del joven Fidel Castro Ruz.

—Todo eso es historia vieja, comida digerida. El hecho es que el Che Guevara está en Bolivia. Los antiguos jóvenes guerrilleros de Mesa Pelada y de las serranías de la Libertad sintieron el estímulo de aquella vecindad; los de Puerto Maldonado, que vieron sucumbir al casi adolescente poeta Javier Heraud, sintieron el latigazo de la presencia del Che Guevara.

¿Le ocurriría lo mismo que a De la Puente y Uceda, a Chang y a Lobatón, cuyos cadáveres no han sido aún hallados? ¿O triunfaría sobre la anarquía castrense del antiguo alto Perú?

* * *

Carmen Rosita escuchaba sin interés el relato de Carlos. Se mordía las uñas y no cesaba de levantarse para mirar en la habitación de su padre. Víctor Torres dormía un sueño agitado. A su lado, su segunda esposa le tomaba el pulso y vigilaba su temperatura.

—¿Está mal tu padre? —preguntó Carlos interrumpiendo su narración.

—El Dr. dice que hay que cuidarlo mucho. La verdad es que no sé lo que tiene pero le pasa algo malo, con toda seguridad. Ayer no durmió.

Sin embargo Víctor Torres despertó poco después de su letargo indagando por su hija. Al ver a Carlos le preguntó, tratando de adoptar un tono de broma:

—Hola revolucionario, como está tu amigo Guevara. Vas a sentirlo mucho, pero lo tomarán y ojalá respeten su vida.

Carlos no respondió. Le pareció cruel discutir con Víctor Torres cuyas facciones estaban terriblemente demacradas. Se limitó a decir:

—Tú siempre tienes razón, tío. ¿Cómo te sientes?

* * *

La tensión pública, especialmente la de los universitarios, giraba en torno de las noticias de Bolivia. Lo más sorprendente era que con el Che Guevara andaba un comunista francés, asesor político de Fidel Castro, Regis Debray, quien había publicado varias crónicas acerca de la situación cubana. La presencia del francés daba a aquella incursión cierto carácter doctrinario de investigación social: según los cables el avance del Che Guevara era penoso, no había encontrado toda la atención que esperaba entre los campesinos bolivianos. El grupo era pequeño, y advertida su presencia a través de los datos de la CIA y del FBI norteamericanos, habían sido convocados numerosos contingentes de tropas bolivianas tratando de cercar a la expedición comunista. El Che Guevara lo ha contado después en su diario, cuyo secreto fue violado por alguien relacionado con el ejército de Bolivia. Días penosos, avanzando difícilmente por una selva áspera y devoradora. Continuas escaramuzas con las tropas de Bolivia; dificultades con los campesinos; poco aprovisionamiento, escasos adherentes: el avance era muy lento. A ratos parecía la áspera navegación en un río tormentoso. El Che dormía sobre colchones de hojas, rodeado de hogueras a veces; en tiendas solitarias, con el oído atento al rumor de los árboles, al silbido de las serpientes, al chillar de pájaros y monos, al sigiloso paso de la muerte. Fueron semanas tensas, dramáticas para todos, incluyendo a los neutrales. Fuerzas cortas, pero concentradas y expertas de soldados antisubversivos acompañaban a la fuerza boliviana. No había salvación. El cerco se ajustaba en torno del Che Guevara. Al fin cerróse y cayó. Debray no sufrió las consecuencias que soportó Guevara. A éste lo mataron e hicieron desaparecer su cadáver para que no quedase huella visible de su aventura. Los cables vibraron por todo el orbe. La subversión comunista ha sido derrotada en Bolivia. Hubo caras tristes en muchas partes, incluyendo Lima. No es porque desearan la victoria de una invasión de tal naturaleza, sino porque el arrojo y el sacrificio siempre hallan admiradores. En cambio se murmuraba que para Fidel Castro no fue una noticia desoladora: su imperio soviético-cubano quedaba libre de acechanzas. Sin Camilo Cienfuegos, sin el Che Guevara, sin Carrillo,

sin tantos otros líderes, era más fácil entenderse con propios y extraños. Los estudiantes universitarios sin razón alguna sintieron como propio el duelo de los guevaristas. Ya no había otra posibilidad para algunos que volver los ojos más allá, hasta la China, a las huestes de Mao Tse Tung que en ese momento desataban su cruel revolución cultural contra Confucio y la tradición.

—¿Has visto en el puesto de periódicos, en la esquina de la Colmena y Tacna, qué baratos venden los libros de Mao Tse Tung?

—Uno bien empastado, bien grueso, se vende a diez soles, cuando en otra parte se pagaría más de cien. En la librería del frente de ese puesto hay una venta de publicaciones marxistas a precio vil. Los muchachos tenemos qué leer por poca plata; ya ves lo que sale de eso.

Carlos mostró el volumen de Mao, pulquérrimo y elegante; y unos textos de Lenin.

—Nos están convidando a volvernos comunistas: siempre seremos satélites de alguien, sin pensar en nuestra propia realidad.

Carmen Rosita hizo un gesto de fastidio.

—Ya me tienen ustedes harta con sus lecturas y sus abstracciones. ¿No te das cuenta de que los chinos son los chinos y nuestros indios son los indios? ¿No te das cuenta de que allá se come arroz y acá se come papa y no sólo arroz, y que sólo somos, a lo sumo, diez millones y ellos se acercan a mil? ¿No te das cuenta de que los Andes son los Andes y de que Europa es parte de nuestra realidad?

Carlos se la quedó mirando, hizo un mohín silencioso y dijo:

—Es un poco tarde; tu papá debe estar furioso esperándote para el almuerzo. Si me convidas te acompaño.

Ella sonrió suavemente y cogiéndolo del cuello y empujándolo, le dijo:

—Te convidó.

* * *

CAPITULO XIV

ADIOS A LAS ARMAS

Víctor Torres convalecía de su última enfermedad. No era el suyo un semblante de convaleciente, era más bien de moribundo. Nunca había sido grueso; en el barrio le llamaban, allá por sus años mozos, don Quijote y don Carcancha, mote este último que llenaba de ira a Carmen Rosa, su novia de entonces. Sentado en una poltrona, envuelto en su "robe de chambre" color guinda, con una gorra de platillo cubriéndole la cabeza, la bufanda anudada al cuello y los pies metidos en unas zapatillas de felpa, evocaba la imagen del *Enfermo Imaginario* de Molière. Tenía al lado una mesita cuajada de potes farmacéuticos y con una garrafa de agua con su respectivo vaso. Un bastón grueso se apoyaba en la mesa sobre la cual había además una campanilla de plata. Bajo la tibieza de la alcoba, Víctor dormitaba. De pronto, como quien despierta de un largo sueño, exclamó tocando la campana:

—Los periódicos, hija, los periódicos.

Carmen Rosita había salido de compras, y fue Carlos quien le alcanzó los diarios del día:

—A ver hijo, dime qué pasa en política. Ya sé que mataron a Guevara en Bolivia, pero aquí no matan a nadie.

Carlos inició la lectura con un proemio que aumentó la angustia de su tío:

—Tío, esto va a terminar mal. Los partidos políticos se han dividido todos, menos el APRA, y esto es lo peor, porque como ni el gobierno, ni los militares, ni la oligarquía quieren que triunfe el APRA, va a pasar algo que nos va a fundir a todos.

Víctor se echó la gorra atrás, empuñó el bastón, posó ambas manos sobre su empuñadura, y sobre las manos la barbilla, abriendo los ojos inquisitivamente:

—Verás, tío —continuó Carlos— lo que pasa es que el Partido Demócrata Cristiano, aliado de Belaúnde y cuyo líder más importante es el abogado Héctor Cornejo Chávez, se ha dividido hace un año. Don Luis Bedoya y un grupo de democristianos han formado un nuevo partido, el Popular Cristiano: cero y va uno. El primer presidente de la República y Secretario General de Acción Popular es el Ingeniero Edgardo Seoane...

—¿Hermano de Manolo?

—Sí, tío, su hermano menor, se ha levantado contra Belaúnde y ha capturado el local en la Av. La Colmena, hay un lío grande en el Congreso y en la calle al respecto. El General Odría se ha encaprichado en que sea Presidente del Senado el señor Puga, hacendado de Cajamarca, muy amigo de su intimidad, pero su partido, la UNO, y la mayoría respaldan a Julio de la Piedra para la Presidencia del Senado y también se han dividido. En la sesión del Senado, después de una serie de líos, fue electo De la Piedra por 24 votos; sólo se necesitaba 21, y hay un enredo formidable. En Diputados los odríistas se niegan a elegir al candidato oficial del partido y han acabado por elegir a un aprista. Como tú comprendes, tío, con las dos Presidencias de las Cámaras en manos apristas, pues De la Piedra se ha visto obligado a renunciar y ha sido electo en su lugar el aprista Cox, la importancia de la candidatura de Haya de la Torre es definitiva. Por eso, dice que el primer Ministro, el Dr. Oswaldo Herculles, de acuerdo con Belaúnde, ha ofrecido su apoyo a la candidatura de otro aprista a fin de tentarlo a que rompa con Haya de la Torre y esto no ha sucedido. Por consiguiente, en vista de que todo favorece al APRA para las elecciones del próximo mayo, habría la in-

tención de un Golpe de Estado cuyo líder no se sospecha quién sea y estamos ya en agosto de 1968, a dos meses de la convocatoria a elecciones de 1969.

Víctor escuchaba en silencio, con la cabeza siempre apoyada en ambas manos y éstas sobre el bastón que le servía de cayado. Con voz quebrada interrumpió:

—Esto no tiene remedio. El más audaz de los militares se hará cargo del embrollo y así matará tres pájaros de un tiro: el desgobierno indudable, la cuestión de la International Petroleum Company, impedirán el triunfo de Haya de la Torre.

—Eso producirá un alzamiento popular —dijo fogosamente Carlos.

—¿Por qué? ¿Hasta los comunistas de la Universidad están en contra del golpe militar?

—No estás equivocado, tío. Además, Belaúnde ya recuperó la Brea y Pariñas para el Perú. El Jefe del Ejército, el General Velasco, lo ha ido a felicitar en Palacio. ¿Quién se va a levantar entonces?

—Yo no confío en felicitaciones. Así fue con Billinghurst y lo derrocaron; así le pasó a José Pardo cuando el Jefe de la Gendarmería y de la Guardia de Palacio, el florentino, le aseguró la noche del 3 de julio de 1923: Presidente está usted seguro, aquí está su fiel Bustamante para garantizarlo.

Y el fiel Bustamante no soportó el ataque que hizo la división de Palacio para condecorar el servicio.

—Son historias pasadas.

—Una de 1914 y otra de 1929 y ésta que va a ocurrir en 1968.

Reinó un largo silencio, Víctor Torres, agestado por el esfuerzo, se apoyó contra la pared.

* * *

En las casas, sobre todo en las zonas cercanas a las barriadas del Agustino, Independencia, el Salvador, Villa María del Triunfo, se formaban reuniones, corrillos y chismes.

El Gabinete Ministerial renunció. El nuevo Presidente del Consejo tenía que ser fuerte. Con sorpresa los diarios dieron la noticia de que el nuevo Presidente del Consejo sería un coleccionista de oro y miembro entusiasta del gobierno.

—Tío, a las doce del día van a estar jurando.

—¿Y han pensado cuánto van a durar?

A las doce del día, en el Salón Dorado de Palacio, el Presidente Belaúnde tomaba juramento a su nuevo gabinete: los concurrentes se hallaban igualmente atentos a todo y seguían de cerca los movimientos del General Velasco. Parece que antes de comenzar la ceremonia, el general Sánchez Salazar habría dicho a Belaúnde: "Presidente, permítame usted detenerlo, es el Jefe de la Conspiración". Y el Presidente se habría negado a autorizar hecho semejante, indicando que sería un acto indecoroso. El Gabinete se retiró a realizar su primera sesión en el Palacio Torre Tagle.

Así pasó el 2 de octubre de 1968. A las 2 de la mañana del día 3, un ruidoso cortejo de vehículos salió de un cuartel cerca del Rímac, en el camino hacia Ancón, y rodando, rodando, rodando, estrepitosamente como para no ver ningún sonámbulo en el camino, enrumbaron a Palacio. De un hocicazo, el primer vehículo rompió la verja de la entrada y en el gran patio de solemnidades se instalaron los primeros tanques blindados acezando con más humo y más ruido que gigantes de mitología.

El Presidente habría sido despertado por alguna compañía de Palacio. Al parecer lo alarmaron con un: —Señor, señor, los tanques, los tanques. El Presidente soñoliento habría respondido: —Qué tanque ni qué tanques, son los carros de la basura. No podía imaginar que la verdad era otra y mucho menos que sus más cercanos colaboradores dormían a pierna suelta como si hubiesen ingerido algún brebaje letal. El Jefe de sus Edecanes no había dormido en Palacio. Uno de sus generales de confianza, que participaba en el comando de "la blindada" aceptó la generosa invita-

ción de su Jefe para asistir con su familia a la función del Ballet Africano que se presentaba en el Teatro Municipal. Negritos y negritas, negrazos y negrazas, semidesnudos, o semicalatos, daban elásticos saltos en el escenario, al son de tambores y zampoñas, mientras en el cuartel el Jefe preparaba el asalto a Palacio de Gobierno.

El Presidente despertó al fin cuando lo rodeaban ya varios oficiales insurrectos. Protestó indignado, no le dejaron terminar, tenían mucha prisa porque, después se supo, era sólo un "putsch" organizado por un grupo de oficiales al mando del General Velasco. Como el Presidente demorase, sin respeto a su investidura, lo empujaron y, según un periódico francés, salió faltándole un zapato. El atropello no podía ser más cínico. El Presidente gritaba violentamente. Lo metieron en un automóvil y lo condujeron al campo de aviación para que un avión de la compañía peruana APSA lo llevara, como desterrado, a Buenos Aires. El asunto era que al despuntar el día, ante la realidad de la destitución y el exilio, las unidades de tropa no comprometidas se rindiesen ante lo ineluctable. Pero el piloto, un gringo pegado a la letra, se habría negado a aceptar a un pasajero sin pasaporte, sin su voluntad. El Jefe de la rebelión se afanaba telefónicamente por convencer a los directores de APSA que diesen la orden al piloto. A su turno se dijo que la Aeronáutica oficial no aceptaría un vuelo tan irregular y habría resuelto interceptar de cualquier modo al aeroplano que condujese al cautivo Presidente. Fono va y fono viene. Por fin algunos miembros del directorio de APSA, bajo amenaza, ordenaron al piloto que realizara el vuelo. Despuntaba la mañana. Los periódicos apenas pudieron publicar la noticia del derrocamiento del Presidente de la República.

—Esta es una vergüenza más: el comandante en Jefe del Ejército se subleva contra el Jefe Supremo de la Fuerza Armada y todo para qué, cuando las elecciones están próximas.

—La ambición, viejo, no tiene límites.

—Este es un golpe contra el APRA, porque saben que van a ganar.

—¿Y por qué no va a ser un autogolpe, si las cosas andaban tan mal?

Muy de mañana un grupo de estudiantes salió a las calles a protestar contra el Golpe de Estado, fueron dispersados con sable y manguerazos de agua. La aviación se resistía. La Marina de Guerra no estaba de acuerdo; el Gabinete, jurado el día anterior, se reunía en Torre Tagle. A las doce del día, ya consolidada la situación con la Aeronáutica, el Gabinete fue apresado y el Palacio de Torre Tagle ocupado por la Fuerza Pública.

—Estamos como al principio: otro piurano, otro Sánchez Cerro.

—De ninguna manera las cosas van a ser peor de lo que estaban.

—No digas cojudeces, siempre las cosas pueden estar peor y ahora lo veremos.

* * *

Los estudiantes universitarios seguían amotinados en las calles, gran parte de los sindicatos se resistían a admitir la nueva versión del caos criollo. En las Plazas, tanques de guerra. En las torres de las iglesias, patrullas del ejército. Las calles desiertas. Muchas tiendas cerradas. En el Palacio del Congreso un movimiento inusitado: entraban y salían grupos armados cargados de papeles. En camiones detenidos en la Plaza de la Inquisición, se cargaban máquinas de escribir, alfombras, escritorios, cortinas, cuadros:

—Esto es un asalto, un saqueo. Se ve que a esta gente no le gusta las leyes.

Los curiosos aumentaban en torno de los camiones del ejército.

—Qué tendrá que ver la revolución con las alfombras.

—Calla, gruñón.

Un oficial, con casco de guerra, pistola en bandolera y dos granadas cargadas del cinto, lo miró con ira.

—Vámonos, compañero, este gendarme parece que tiene hambre de carne humana.

Sobre el cielo de la plaza cerníase un ruidoso helicóptero:

—Parece que se ha declarado la guerra contra nosotros mismos.

Por la esquina entre las calles de Abancay y Zárate surgió un grupo de muchachos gritando:

—Viva la Constitución, abajo los gorilas. Casi inmediatamente surgió un camión cargado de tropa y una cisterna con las mangueras en ristre. Los jóvenes se dispersaron. Los periódicos registraban un documento airoso llamado “Estatuto de la Revolución de la Fuerza Armada”.

—El artículo 5º dice que la Constitución está vigente, pero que no sirve para nada.

—Entonces la patria está salvada.

Al anoecer, en medio de una gran oscuridad, sólo se oían los jadeos de los tanques y camiones del ejército. Uno que otro disparo aislado rasgaba el silencio de la noche. Un transeúnte cuchicheó:

—Ya está Belaúnde en Buenos Aires. El General Velasco y los Comandantes de las tres Armas son los nuevos jefes. ¿Quién va a salvar esta tierra tan golpeada?

Carlos cerró el postigo de la casa de Víctor Torres, portador de las noticias del día. El dueño de casa, en bata, leía un diario en su butacón de la sala. Después de mucho tiempo Víctor Torres pareció raramente animado; por costumbre lucía apático, descreído: esa mañana lo iluminaba un extraño rayo de juventud. Doblando el periódico e invitando a su hija y a su sobrino a sentarse y beber un refresco, empezó a decir:

—En tantos años de empleado en el Ministerio de Gobierno aprendí a ver, oír y callar; pero ahora que ya estoy jubilado, ahora puedo hablar aunque sea para ustedes. Tú sabes, hija, que llegué a ser director de Gobierno, y tuve que conocer algunos secretos... He visto revoluciones, conozco delaciones, casi todo lo que pasa por allí es bastante turbio, pero, los Golpes de Estado,

las conjuras, las revoluciones fueron siempre actos de hombres individuales, de caudillos. Ahora no. Hace poco tiempo empezamos a oír hablar de Golpes de Estado institucionales, que es una forma totalitaria. Las revoluciones y motines de antes eran insurgencias parciales, en el fondo democráticas y hasta anárquicas, pero nunca totalitarias. Estas de ahora, al llamarse institucionales, son totalitarias. Aborrecen la democracia, la niegan. Son fascistas cuando se basan en la derecha, o comunistas cuando dicen que defienden al pueblo, pero no son democráticas aunque todavía resulten caudillescas. Ahora vean los periódicos: los golpistas llaman a ésta “revolución de la Fuerza Armada” y “revolución institucional de la Fuerza Armada”. Es decir, que el Perú está consagrado a que lo disfrute la institución armada porque sí, y los demás, a cerrar el pico. Ha aparecido un orden nuevo, igual a la nobleza, el clero, o el feudalismo de Europa. Aquí se acabó la democracia, y la verdad es que si eso se ha acabado, nos hemos acabado todos, comenzando por mí.

—Papá, no digas eso —se quejó blandamente Carmen Rosita—, esto no puede durar.

—Va a durar hasta que nos saquen la última gota de sudor. Aquí está naciendo un tirano y una clase imperiosa. Ya no importa trabajar, sino aprovechar del Poder. Qué pena tengo, Dios mío. No pensé nunca hablarles así, y lo peor es que de repente no me van a quedar más fuerzas para seguir hablando.

Víctor Torres se cogió la frente con las manos y guardó silencio. Sonó el timbre del teléfono. Carlos acudió al llamado. Se le oyó decir en voz baja, respondiendo a alguien:

—No, no puedo llamarlo, está descansando.

Víctor Torres preguntó como si despertara:

—Si es por mí, haces bien en negarme: no estoy para nadie.

En la sala empezó a reinar un largo silencio.

* * *

CAPITULO XV

VIATICO

Las calles en torno a la casa de Víctor Torres, en Monopinta, habían cambiado mucho. Dos grandes edificios reemplazaban a las antiguas casonas del Librero Boix, la familia Sánchez, y los descendientes de la Condesa de Portalanza, para dar albergue a una discutida cooperativa de crédito y de vivienda. La vieja calle de Bravo prácticamente había desaparecido al ser reemplazada por la de Rufino Torrico. La pequeña Plaza de la Salud, entre la calle de Quilca y la de Bravo, en donde largo tiempo se conservaron las huellas murales de los fusilamientos realizados durante la ocupación chilena, se llamaba Plaza Elguera: de ella habían desaparecido las modestas casitas que fueron albergues de prostitutas entre los años de 1914 y 1918. Por la calle de Bravo se asomaba uno a la Placita de San Marcelo, frente a la iglesia del mismo nombre, rodeada por una verja republicana. Dentro de la iglesia destellaba el viejo púlpito colonial. Carlos veía reaparecer en el atrio de la parroquia la enlutada y pequeña silueta de su bisabuela, blanca y austera, rezadora y gruñona, bajo su manta de vapor. Al costado ya había empezado el derrumbe deliberado del famoso balcón cerrado de los Beltrán. La "revolución de la Fuerza Armada" consideraba como uno de sus principales enemigos los ornamentales maderos de aquel arcaico balcón protorepublicano.

Carlos llamó a la puerta de la Sacristía para solicitar en nombre de los suyos la presencia de la Hostia Consagrada, conduci-

da por los dedos benditos del Párroco hasta el lecho de Víctor Torres, cuya gravedad se había acentuado tremendamente de un día a otro, al conocer los detalles de una inicial invasión de Lima por los famélicos pobladores de las barriadas circundantes. Era el 5 de febrero de 1975. Durante todo aquel período, Víctor Torres vivió tenso y mohíno. Cuando en febrero, dos años antes, se supo que al dictador Velasco le habían amputado una pierna, no sintió alegría, pero acarició la esperanza de un cambio benéfico en cuanto al trato de la ciudadanía oprimida y unilateralizada. Pero fueron más las complicaciones que las soluciones, y más los odios que las tolerancias. De nada valía el dolor, de nada. El oleaje de rencores y persecuciones crecía increíblemente. Poco a poco, la salud de Víctor Torres se fue convirtiendo en un estertor. Su hija casi no salía de la vieja casa en donde pereció poco a poco toda su estirpe, y aquel 5 de febrero, cuando se supo que tanques del Ejército habían ametrallado cruelmente a los policías en huelga, encerrados en un local del barrio de La Victoria, y cuando iracundos desocupados, pobladores de las barriadas del contorno, del Agustino, de San Juan de Miraflores, de Villa María del Triunfo, de El Salvador, de Lurigancho, de Zárate, de Huerta Perdida, de Independencia, de Comas, de Ingeniería, comenzaron a invadir la ciudad enarbolando palos y picos, lanzando amenazas, arrojando papeles encendidos a las casas, rompiendo puertas, Víctor Torres, que vio aquello en su televisión y lo escuchó por la radio, exhaló un profundo suspiro como si expirase y se hundió en un profundo sopor. Carmen Rosita pidió a Carlos que trajesen a su padre el Viático, para lo cual el sobrino partió a la Iglesia de San Marcelo.

El Viático era una ceremonia antigua consagrada por la piedad y la tradición. El Párroco, revestido de casulla fúnebre, bajo el solemne palio portado por devotos de la Parroquia, conducía entre sus manos el Cáliz de oro, dentro del cual blanqueaba la hostia que la consagración convertiría en Cuerpo de Cristo para ponerla en los labios del moribundo. Generalmente, antes de salir el Viático, es decir, el pasaje para la inmortalidad, el sacristán tañía la campana convocando a los fieles a fin de que acompaña-

sen el viaje del Señor hasta la residencia del agonizante. Las beatas de los alrededores se calaban la manta y formaban un coro lastimero para acompañar a pie, por las calles mal empedradas, al Párroco y su divina carga. Dos hachones o faroles con sendos cirios encendidos precedían al palio y a menudo otros dos cerraban el cortejo. Las beatas, moviendo el incensario, venían detrás entonando cánticos de duelo y piedad:

“Bendito, bendito,
bendito sea Dios
los ángeles cantan
y alaban a Dios”.

o el más antiguo y tradicional:

“Salve, salve cantaban, María
quien más pura que tú sólo Dios,
y en el cielo una voz repetía:
Sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios”.

Las quebradas voces dejaban un reguero de angustia por las calles. La campanilla del sacristán tañía lentamente, el Párroco abrazaba contra su pecho el Cáliz bendito. La procesión avanzaba lentamente llenando el aire de pena, hasta la casa, en cuyo portal se apretujaban los vecinos, ellas con la cabeza cubierta de mantilla y ellos a frente descubierta, en tanto que, entre rezos y sollozos, el cura avanzaba hasta el lecho del moribundo y, después de orar con él, daba el alimento sagrado para su viático final y ungía con aceite sacro la frente, el pecho, las manos y los pies del moribundo en la Extremaunción que garantizaría su paso seguro al cielo.

Una vecina se había adelantado al cortejo sacro:

—Hay que apurarse, señorita. Han proclamado estado de sitio y el toque de queda. Desde las 6 de la tarde, todo el mundo a su casa. Han incendiado el diario Correo y el Casino Militar, han saqueado una joyería en la calle Boza, las balas corren como agua-cero. Hay que apurarse: a Dios no le gustan las balas... ni a don Víctor: él siempre fue hombre de paz.

Sonaban disparos austeros. Las noticias eran alarmantes: "hay más de 300 muertos de la policía, han fusilado a 6 en el barrio cívico. . . están abaleando en La Victoria. . .". La campanilla del Viático interrumpió las murmuraciones, junto al lecho de Víctor Torres rodilla en tierra, murmuraban oraciones Carmen Rosita y su madrastra, la segunda esposa del moribundo. El Párroco entró con sus revestimientos. Se acercó al enfermo y le dijo muy bajito:

—Hijo mío, debo confesarte; debes arrepentirte de tus pecados; Dios te salvará con su gloria.

Víctor Torres parecía no oír, con los ojos cerrados y las manos entrecruzadas sobre el pecho respiraba penosamente. Se limitó a mover la cabeza de arriba abajo como asintiendo. El cura le dijo cosas que nadie puede escuchar, al oído, y trazó con los dedos consagrados en alto una Cruz sobre la cabeza de Víctor Torres diciendo con voz clara:

—Ego te absolvo in nomine patri, et filii et spiritu santi.

Las dos mujeres bajaron la cabeza santiguándose. Víctor Torres tenía la barbilla en alto, como un "beaupres". El sacerdote extrajo una hostia del Cáliz, trazó una Cruz en el aire y la depositó suavemente sobre la lengua de Víctor Torres, quien apenas pudo tragarla. En el reloj del comedor sonaron cinco campanadas. Un sollozo entrecortado sacudió a las dos mujeres. Carlos se cubrió los ojos con las manos. Doña Matilde, la vecina de la reja derecha, se arrodilló junto al lecho, gimoteando. Solemnemente, tintineando la campanilla del Viático, el cura emprendió la salida mientras las beatas del barrio salmodiaban de nuevo: "Bendito, bendito, bendito sea Dios".

Dos disparos rasgaron la solemnidad del rito. Carlos acompañó al cura hasta la puerta y cerró suavemente el pórtico. El cortejo se volvió a la parroquia en un lento canturrear gregoriano.

* * *

La ciudad parecía paralizada. Carlos salió en busca de unos medicamentos hasta la Botica Francesa. Recorrió el centro: ha-

bían desaparecido los vendedores ambulantes, pero no la suciedad. Envuelto por la soledad y el silencio, el antiguo y ostentoso Jr. de la Unión parecía una arteria de la Av. de Maravillas, camino del cementerio. Qué feas las fachadas de los comercios, de los edificios híbridos, ni antiguos ni modernos; ni europeos ni criollos; ni norteamericanos ni coloniales: mugre, descuido, abandono. Carlos no se había dado cuenta hasta entonces de cuán variado estaba el rostro de Lima. No sólo habían desaparecido los jardines; no sólo había crecido la basura; no sólo habían desaparecido los limeños y pululaban los provincianos; no sólo se hablaba mal el castellano, sino que avanzaba el quechua; no sólo había abandono, sino también sevicia ciudadana; no sólo había bajado la intensidad de la luz, sino que las fachadas exhibían una lepra de suciedad e incuria. En el transcurso de seis cuadras, lo detuvieron dos patrullas pidiéndole sus papeles. En la Botica, a medio cerrar, todo denunciaba prisa y alarma. Regresó a trompicones antes de que dieran las 6 p.m. La sirena de un patrullero lo detuvo en la esquina del Hotel Bolívar ya de regreso. Explicó su presencia en la calle. Felizmente le creyeron. Regresó a la casa de los Torres a largo paso, pero sin atreverse a correr para no despertar sospechas.

Víctor había reaccionado. Le habían servido un poco de caldo y una taza de agua con anís. Alzando levemente los párpados atisbó a Carlos y le dirigió un gesto como de saludo. Su radio trasmitía declaraciones, la televisión seguía el ritmo de las urgencias dictatoriales. En el fondo de la calle se había estacionado un auto vigilando. La murmuración, sin embargo, seguía sin cesar.

Encerrada, al amparo del toque de queda y de una oscuridad discreta, la gente conversaba y conversaba en voz baja sobre los sucesos de la época. Se había llevado a cabo la Reforma Agraria y se habían abierto dos persecuciones contra gentes de los llamados "de pro". Los periódicos más importantes estaban ocupados por directores "producidos" por los antojos dictatoriales del General mutilado:

—Esto va de mal en peor. Era tolerable, aunque no necesario, se lanzaron tropas a las calles de Talara para apoderarse de lo que ya no tenía dueño particular, sino que era del Estado. Era comprensible que la expropiación de los fundos se hiciera a raja tabla. Era penoso que los campesinos no ganasen nada con el cambio. Era visible el empeño de reemplazar con SINAMOS a los partidos políticos, sobre todo al aprista. Pero, amigo, se están pasando de la raya.

—¿Cómo así?

—Mira lo que ha ocurrido con los Pardo. Ellos eran dueños de Tumán, un gran fundo, y se lo han expropiado para distribuirlo entre los trabajadores. Pero la administración de Tumán guardaba en el Banco los frutos o ganancias de los años anteriores. Al margen de cualquier decisión actual, el Estado se ha apropiado del dinero que resultó de otros ejercicios anteriores, lo cual es un robo. Se ha apoderado de las oficinas, que no son parte de la tierra, les ha quitado los automóviles privados y los camiones que tampoco nada tienen que ver con la tenencia de la tierra y han hecho lo mismo con otro fundo, cuyas utilidades, producto de años anteriores, se las han repartido alegremente.

—Bueno, bueno, bueno. Las cosas no son tanto como las pintan, después de todo eran ganancias agrícolas.

—La Ley no tiene efecto retroactivo, y fíjate lo que le han hecho a Beltrán. . .

—¿Qué le han hecho. . .?

—Lo han destituido como Presidente de *La Prensa* porque estuvo ausente 6 meses y un día del país.

—Eso es ridículo.

—Pero es lo que han hecho con Mariano Prado: enfermo de gravedad, le han llevado al Tribunal Superior a juzgarlo en el Hospital, acompañándolo con la TV para exhibir al moribundo en medio de un síncope que ha resultado mortal.

—De esto no tienen la culpa los campesinos ni los obreros.

—Ya lo sé, pero aparecen responsables, y de todos modos, no ganan nada con semejantes cosas.

Víctor abrió los ojos, los familiares guardaron silencio:

—Hablen no más —dijo débilmente— que yo los oigo, la verdad es que creo que estoy enfermo de protesta y de vergüenza. . . Yo soñé siempre con la justicia, y parece que ya no existe.

Al día siguiente ningún periódico traía informaciones acerca de los sucesos de la víspera. En la calle se repetía que secretamente habían sido sepultados en el mar, cubiertos por bolsas de plástico, más de doscientas víctimas de los choques del 5 de febrero. Sin embargo, no había ninguna declaración oficial. La gente comprometida con la dictadura prefería el silencio cómplice y seguir utilizando el terror dictatorial en provecho propio. En Palacio se reunían los amigos del régimen y hasta hubo un conato de manifestación pública, pero no surgían acusaciones ni denuncias.

Por la mañana, interrumpido el toque de queda, la vida cotidiana renacía, excepto la presencia de camiones, patrulleros y tanquetas. La ciudad parecía en Estado de Sitio. Mal oliente y atemorizada, sucia e inquieta, desconfiada y chillona. Una vieja del vecindario quedó como suspensa al ver que pasaba un “gusano” rugiente, cargado de policías. Los miró de hito en hito y preguntó burlona a una vecina:

—¿Chepa, qué son los “gusanos”, los camiones o los que van adentro?

Doña Chepa, que era una zamba vieja, de crespo cabello cano, sonrió mostrando sus encías viudas:

—Comadre, son los dos: gusanos y más gusanos. Hay que desinfectar la calle para que no nos agusanen también.

* * *

CAPITULO XVI

TOUT PASSE, TOUT CASSE, TOUT LASSE

El zambo Arturo se había ofrecido galantemente. Como chofer de Gerente de la Compañía de Seguros Fénix, disponía del automóvil de su patrón y, en vista de que Carlos le contó que Víctor Torres, ya convaleciente, tenía deseos de “dar una vuelta por su Lima”, se brindó a conducirlo él mismo. El zambo Arturo era un hombre altote, con cara de niño. Había nacido en la calle de Monopinta y residía en el callejón del Carmen, colindante con la pulpería de don Lázaro. Ña Carmen, la madre de Arturo, ejerció muchos años como lavandera de la casa de Torres: era una morena zandunguera, muy servicial, a la que caracterizaba un grueso lunar en el labio superior. El zambo Arturo creció con los muchachos del barrio, con quienes se trataba de tú a tú; en esos días, ya sesentón, lucía un vientre que no disimulaba la chaqueta de su uniforme choferil.

Víctor Torres, muy pálido y demacrado, cubierto con un grueso paletó y anudada una bufanda al cuello, apoyado en el brazo de su hija y sostenido por Carlos, se hundió en el asiento trasero del automóvil, que trepidó al arrancar. La ciudad estaba plomiza, como uniformada de otoño a pesar de un tímido sol anémico que trataba de abrirse franco paso entre las nubes bajas. El rostro de Víctor era todo ojos. Para sentirse más seguro, se apoyaba en un bastón con puño de plata.

—¿A dónde quieres que vayamos, tío? —preguntó Carlos.

—Me gustaría ver mis antiguos pagos, los del Ministerio de Gobierno, la calle de Pescadería, el local de la Plaza de Santa Ana, en fin, el Jr. de la Unión, si es que aguanto tanto ajeteo. El auto enfiló suavemente hacia la Plaza de Armas, por el Jr. Camaná, es decir, remontando la calle de Serrano y siguiendo por Urrutia, la Pelota, General La Fuente, Lártiga, Plumereros, y torciendo por Las Mantas. La Plaza de Armas había perdido casi todas sus viejas palmeras: en la esquina de la Catedral se veía un camión cargado de policías. Entraron a la calle de Pescadería; al llegar a la Puerta del viejo restaurante Cordano, Víctor atisbó a derecha primero y después a la izquierda. En el costado de Palacio se levantaba la portada de lo que había sido el antiguo Ministerio de Gobierno y la Prefectura de Lima, convertidos hoy, bajo la Dictadura castrense, en edificio del Primer Ministro. Víctor miró largamente la puerta y las ventanas:

—Cuando yo trabajaba aquí, esto era un desastre: un patio enorme, pestífero, de boñiga de caballo; calabozos enrejados, soplones con el sombrero hasta las cejas, mujeres reclamando por sus maridos, gendarmes con carabina, tercerolas: suciedad, mucha suciedad. Arriba, la Prefectura con su Salón Rojo, con más chinches que clavos. ¡Ay!, sentarse en un sillón de ésos era enroncharse al momento.

El reloj de la Estación de los Desamparados hizo vibrar su carillón; era un remedo de la Estación de Waterloo en Londres. Sin saber por qué, Carmen Rosita se santiguó. La calle del rastro de San Francisco estaba como ayer, llena de zapaterías, oliendo a betún y cuero. Numerosos vendedores ambulantes llenaban las aceras. Víctor Torres los contemplaba como incrédulo. Pasaron por la esquina de Peña Horadada. Enfilaron a la Plaza de Santa Ana, que ahora llamaban Plaza Italia, en medio de la cual se erguía un feo monumento representando al sabio italiano Antonio Raimondi con una lupa en la mano. El auto se detuvo frente al viejo edificio del Ministerio de Gobierno haciendo esquina con la calle de Sacramento de Santa Ana, en donde aún existía un antiguo cuartel de gendarmes:

—Yo te venía a buscar aquí, papá, por las tardes. Cuando entré a la universidad, tu oficina daba a ese balcón. El sofá de cuero me servía para descansar largo a largo mientras tú dabas órdenes y dictabas telegramas.

Víctor Torres sonrió débilmente: —Aquí nos trajo el tigre, don Germán Leguía y Martínez. Fue el mejor tiempo en este Ministerio. Don Germán era abusivo, pero culto e inteligente. Nunca dejó de hacer una broma ni en los peores días.

En la Plaza estaban como sembrados varias docenas de vendedores ambulantes. Unos tenían pequeños escaparates, otros carritos empujados por bicicletas, otros sencillamente exhibían sus productos sobre hojas de papel estiradas sobre el suelo. Víctor Torres masculló:

—Esto no se veía en mis tiempos. Sólo había vendedores ambulantes en la Exposición y en la bajada del Puente de Piedra y del Puente de Balta, salvo los bizcocheros y turroneros que, éstos sí, cargaban sus mercancías en una tabla sobre la cabeza. A que no se acuerdan, muchachos, los pregones de entonces.

Los dos jóvenes negaron con la cabeza.

El auto enfiló por el jirón de la Unión y, sólo entonces, Víctor Torres comenzó a hablar, víctima de un ataque de locuacidad rememorativa:

—¡Qué horror, Señor! No queda nada de lo bueno. Estas casas de varios pisos no tienen nada que ver la una con la otra. Sólo queda la Casa Welsch, pero no he visto joyas en la vidriera. Ya no hay más gotas amargas de Leonard, ni Botica Inglesa, ni Broggi y Dora, ni la Casa García, esto es un adefesio. Quieren ser Nueva York y resultan un malambo de varios pisos. La casa de O'Higgins, que fue el primer Banco Internacional, no existe más. La casona de los Barreda y Bolívar tampoco. El edificio de la Colmena frente a la Iglesia de la Merced, miren ustedes, es hoy el Banco Internacional. Nada de las escaleras de mármol de la casa de los Forero que fue la de los González Prada, ni la librería de los Rosay, ni el Bazar Pathé, ni el Palais Concert, esto es un desastre. Lima era el Jirón de la Unión y hoy el Jirón no

existe, luego no existe Lima. La casa de Piedra, que era una linda mansión veneciana, ha sido convertida en un Banco. Sólo *La Prensa* está en su sitio. *La Prensa* y la Bodega Giacoletti que es ahora de Tubino, y en las esquinas venden choclos hervidos y camoteñ fritos. ¡Qué horror! Esto no es una capital, esto es un suburbio. Mejor nos volvemos a casa. Arturo, da la vuelta por Belén hasta la Recoleta, volvamos a nuestro barrio.

El largo automóvil Lincoln viró suavemente regresando a Monopinta. La tarde había empezado, pero aún irradiaba el paliducho sol otoñal:

—Don Víctor, si usted quiere lo espero, descanse un rato y salimos a dar otra vuelta.

Bajando trabajosamente del automóvil y apoyándose en los dos jóvenes, Víctor Torres sonrió al zambo Arturo:

—Ya es bastante. Estoy un poco cansado... y, además, decepcionado. Si Leandro estuviera aquí esto sería más animado con sus interjecciones: Leandro era muy liso, pero muy sincero y amigo. Lo extraño tremendamente.

El zambo Arturo golpeando la espalda a Víctor Torres comentó:

—Tiene usted razón, don Víctor, don Leandro era muy campechano; siempre bromeaba con nosotros. El Señor lo debe tener en su gloria.

* * *

La conversación de aquella noche fue una larga añoranza. Víctor Torres cenó frugalmente aunque con más apetito que otras veces, rodeado por su esposa, su hija y por Carlos, su sobrino. El paseo lo había reanimado y, al par, fatigado un poco. Habría querido recorrer los viejos barrios limeños. Los románticos rincones de abajo del Puente, la clásica Alameda de los Descalzos, el afrancesado Paseo de Aguas, cruzar frente a la Plaza de Toros, volver por el Puente de Balta, sentir las palpitations tradicionales en la poética placita de la Buena Muerte, en todo lo que era la Lima de antaño:

—Mejor que no lo hayas hecho, papá. Te habrías decepcionado más que con tu paseo por el Jirón de la Unión. La Plaza de Acho está medio abandonada; la Alameda de los Descalzos no tiene estatuas ni verja y muchos de sus bancos de mármol están rotos; el Paseo de Aguas es una polvareda. Quizá te habría interesado recorrer la vieja casa de la Perricholi en la Fábrica de Backus y Johnston y mirar el riachuelo Peines que riega la Quinta famosa. Mejor que no hayas ido, ni se te ocurra ir. Si mañana salimos, vamos a los barrios nuevos. Por la Av. Leguía, digo, Arequipa hasta Miraflores. La calle de Larco está linda, florecida, animada, con sus restaurantes y sus cafés. Te va a entretener, papá.

Víctor Torres sorbía la sopa parsimoniosamente mientras Carmen Rosita hablaba y hablaba como nunca, y Carlos la escuchaba mirando de reojo a Víctor.

Se había hecho de noche. Encendieron la araña de la sala. Víctor quiso escuchar un poco la radio y, luego, bostezando largamente, pidió a Carlos que lo acompañase a su habitación. Se metió en la cama y Carlos empezó a leerle la edición vespertina de un diario.

Poco a poco, a medida que avanzaba la lectura, Víctor Torres, luchando contra el sueño, fue cerrando los ojos hasta que empezó a roncar suavemente, sumido en un profundo sueño. Carmen Rosita le arregló las almohadas; la esposa alisó el cobertor hasta cubrirle el cuello y Carlos silenciosamente dobló el periódico, arrió el sillón y salió de puntillas. El patio parecía ligeramente plateado por una luna tímida que a duras penas lograba escapar de entre las nubes, ligeras nubes que la cercaban. Se oyó el chillido de un grillo. El gato elástico y silencioso miraba fijamente un rincón de la sala; en el reloj de péndulo se desgranaron diez campanadas.

—Hasta mañana —dijo Carlos, dirigiéndose a la puerta.

—Hasta mañana —respondieron las dos mujeres.

La puerta de calle se cerró sin ruido. Se oyeron claramente los pasos de Carlos alejándose en la calle.

* * *

Las mañanas de agosto en Lima suelen ser soleadas. El cielo, generalmente grisáceo, se abre y deja pasar la luz que dora los bordes de las ligeras nubecillas y poco a poco limpia el firmamento hasta dejarlo de un azul claro como promesa de novia. Sin embargo, a menudo suele amanecer el horizonte gris y una ligera llovizna humedece las calles hasta que despierta el sol. Por lo común las mañanas son frescas y húmedas. Para los aviadores Lima es una ciudad sin techo, es decir que las nubes cubren la tierra hasta muy abajo, a veces hasta a cien metros del suelo.

Esa mañana había una terca garúa, caía fina, casi imperceptible a la vista, sobre techos y calles. Carmen Rosita envuelta en una bata de lana, se acercó a la puerta del dormitorio de Víctor Torres. Como no sintiera ningún ruido dentro, se retiró a bañarse y vestirse y tomar el desayuno. La madrastra estaba ya en pie. Mientras tomaban el café, ella abrió el periódico. La noticia más saltante se refería a la reunión del grupo de las 77 naciones "no alineadas", en el Hotel Crillón. El General Velasco aparecía con un gesto dramático, con una sonrisa que era una mueca, apoyado en el brazo de un sillón, parado sobre la pierna ortopédica que dolorosamente había reemplazado a la natural que le amputaran dos años atrás. El más sonreído y solícito en la fotografía era el narigón Raúl Roa, Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. Otra noticia indicaba que el comandante en Jefe del Ejército, General Morales Bermúdez, se hallaba en el sur y que concurriría a Tacna para celebrar un aniversario más de la reincorporación de esta provincia al Perú. Carmen Rosita miró su reloj: las 9 de la mañana. Tocó suavemente la mampara del dormitorio de su padre, dio vuelta a la manija y entró. La pieza estaba en la penumbra todavía. Víctor Torres descansaba muy quieto en su lecho. Carmen Rosita se acercó y dio un grito. Al tocar la mano de su padre la sintió más helada que la nieve y él no se movió. Su primera reacción fue un extraño e intempestivo: ¡mamá! Acudió la madrastra. Las manos de las mujeres antes que sus ojos, descubrieron que Víctor Torres estaba yerto y frío como sólo puede estarlo un cadáver. Víctor Torres había muerto discretamente en mitad de la noche o quizá en el amanecer, en su lecho, y silencioso, co-

mo él gustaba vivir, sin molestar a nadie, incapaz de perturbar a los otros ni de exhibirse en la última agonía para dolor de alguien y quizá pudor de sí mismo. El gato que entró blandamente a la habitación se acercó a la cama y pegó un salto hacia afuera, con un maullido extraño. La muerte parece que tuviese una imagen sólo perceptible para quienes no la temen y los animales suelen desafiarla impávidos. Las dos mujeres cayeron de rodillas. Cuando Carlos entró, pasadas las diez, no habían reaccionado aún. Dueño de un deber inédito, Carlos salió en busca del médico y del agente de pompas fúnebres. Ya no eran los tiempos de las clásicas agencias funerarias. Habían pasado los días de los Berghusen, de los Guimet, de los León, de tantos otros expertos y corteses empresarios de la muerte. Ya no eran los tiempos de las carrozas con negros plumeros, tiradas por mulas enjaezadas con mallas de luto; todavía guardaban los ataúdes cuatro o seis candelabros funerarios, pero ya no con velones sino con lámparas eléctricas. Ahora había que escoger cementerio: ayer no. Ayer sólo había uno, el que edificó el Presbítero Matías Maestro, prestigioso arquitecto y alarife de fines del siglo XVIII. Su cementerio no admitía casi más parroquianos. Al frente se habían habilitado cuatro o cinco hectáreas con un nuevo cementerio: El Angel. En lo alto de la ciudad, hacia la sierra, estaba de moda el aristocrático cementerio de La Planicie, y, por los viejos huertos de San José de Surco, se rehabilitaba el antiguo camposanto de ese pequeño lugar. Ahora había para escoger y hasta los muertos se hallaban dotados en la capacidad de escogencia, lo cual creaba una nueva preocupación para los sobrevivientes. Ninguna de las dos mujeres quiso ejercer en tan luctuosa circunstancia su derecho a elegir. Carlos, con el gerente de la empresa de Pompas Fúnebres, resolvió los detalles de la ceremonia final.

Después de una noche de velorio, a la mañana siguiente se realizaría el sepelio. A la noticia del deceso de Víctor Torres la vieja casona de Monopinta empezó a llenarse de amigas y amigos y parientes que desfilaban junto al féretro santiguándose y mirando por última vez el cerúleo y perfilado rostro del antiguo funcionario del Ministerio de Gobierno. Un Cristo de plata con los

brazos extendidos en gesto agónico y cordial protegía la cabecera del ataúd, cuyas manecillas plateadas resaltaban como dientes de negro en las tinieblas funerales. Según el uso de la ciudad, a media noche circulaban tazas de café y también copas de pisco "para entonar el cuerpo". Los asistentes, después de rezar, se reunían en grupos y corrillos para comentar la vida del difunto y recoger chismes y chistes de la ciudad. Había algunos profesionales de velorios cuyos gestos de contrición al dar el pésame a los familiares contrastaba con sus risotadas mientras contaban o escuchaban chistes y rumores en los corrillos. La noche estaba fría. Se habían retirado algunos muebles para que la concurrencia se sintiera mejor. Ya de mañana, el aire estaba saturado de un extraño olor a flores marchitas. A las diez, la carroza de cuatro plumeros se detenía a la puerta. El ataúd conteniendo los restos de Víctor Torres, cargado por seis de sus amigos y parientes, cruzó la sala del pequeño patio delantero, la reja, el zaguán y el portón, que se abrió de par en par, para que pasara el cortejo; luego fue cerrado en señal de duelo dejándose abierto sólo el postigo. La carroza automóvil echó a andar lentamente; la seguían dos automóviles cargados de flores y tras ellos, en el primer automóvil, la viuda, Carmen Rosita y Carlos; después una docena de autos con amigos. El cortejo enfiló por Quilca y torció por la calle de la Amargura. Cruzó la Plaza de la Recoleta, luego por Tambo de Belén, por el Paseo de la Exposición y enfiló a la Av. Grau hasta el hospital Dos de Mayo, en donde viró hacia los Barrios Altos, hacia Maravillas y el Cementerio.

Cuando el albañil del cementerio echó la última paletada de cemento para tapar la boca del nicho en donde reposaba el ataúd de Víctor Torres, Carlos, con un clavo largo, grabó sobre el cemento fresco el nombre de Víctor Torres y la fecha de su fallecimiento. Carmen Rosita lloraba mansamente con la cabeza baja, cubiertos los ojos por el pañuelo, sin poder reprimir los sollozos que agitaban su pecho. Muchos, atacados de súbitos resfrios sentimentales, se sonaban las narices ruidosamente. El cortejo se deshilachó lenta y silenciosamente. Nadie sale de esa casa con la cabe-

za alta y con el alma distendida. Parece como que allí las nubes fuesen más gruesas y cuando llueve el aguacero más denso.

La vuelta a la casa funeraria es siempre un amargo peregrinar. La ausencia de alguien es como una amputación. Resulta un hogar mutilado sin ortopedia posible. Da ganas de gritar, clamando el nombre del que falta. La silla que ocupó está allí como una acusación. El lecho en que descansó para siempre adquiere un sabor denunciatorio. El aire se aquieta con un aletear de eternidad. Todo queda lo mismo y sin embargo no se parece ya a lo que hubo ayer. Tout passe, tout casse, tout lasse.

* * *

CAPITULO XVII

DELENDAM EST LIMAE

Carlos se detuvo en la puerta de *La Prensa*, en la calle de Baquijano. Había estado en el Palacio de Gobierno, en una gestión burocrática apremiante. Su recorrido por el Jirón de la Unión lo había desconcertado, máxime porque, al pasar por el portal de Escribanos, frente al club de la Unión, recordó que allí estuvo antes el Casino Español, cuyos billares frecuentaban el tío Leandro y Víctor Torres. Todas las viejas conversaciones hogareñas, un tumulto de añoranzas, un motín de emociones le conmovieron el alma, se le subieron a los ojos empañándolos con esa humedad fecunda, preludio del llanto. Carlos sofocó su emoción y siguió caminando hacia la Plaza San Martín. A cada paso tropezaba con alguien, mal caminante, desacostumbrado al orden de la ciudad. Oyó una voz que decía:

—Maldita sea, estos provincianos no saben caminar por la calle.

La respuesta fue:

—Este limeñito cojudo, se cree un rey.

No existían las lujosas tiendas de antaño, se le presentó ante los ojos una imagen que los viejos tíos le transmitieron tiempo atrás, la del aristocrático Presidente José Pardo, recorriendo a pie el Jirón entre los saludos y genuflexiones en todas las puertas. desde la cigarrería de Benavides, la peluquería de Guillón y la

Joyería de Rosenberg y Wallace hasta la esquina de La tienda El Huáscar, de Federico Gardini, en la esquina de Baquíjano y Mantuquería de Boza. Aquello no era Lima: era una ciudad de provincias ensanchada. Los transeúntes se daban codazos y tenían que saltar sobre los puestos de baratijas, telas, jabones, juguetes, ropa, cigarrillos, y tropezando con las carretillas de cocinería en que humeaban choclos, mote, papas, salchichas, emolientes, chicha. ¡Ay, si resucitase el General Vivanco, tan peripuesto y bien hablado! ¡Ay si resucitara don Nicolás de Piérola cuya oficina daba frente a la Iglesia de La Merced! ¡Ay, si resucitase el Alcalde Federico Elguera! ¡Ay, si volviese a recorrer las calles don José Pardo! ¡Ay, ay!...

Cansado de cuerpo y alma, Carlos se había detenido en la puerta de *La Prensa*. Uno de los pocos edificios que conservaba su fisonomía general desde 1903 en que se fundara: habían pasado 72 años y estaba igual, salvo la rotativa que ya no roncaba a vista del público, a través de las amplias ventanas ahora cubiertas con persianas de hierro. Después de reposar un rato mirando pasar no ya elegantes siluetas sino grupos de gente vestida de cualquier manera y hasta con ponchos serranos, prosiguió su camino. La antigua casa de piedra de los Dubois ofrecía el aspecto de una parada de barro, de arrabal. Paso a paso cruzó la calle de Jesús María. En donde antes estuvo la amplia casona de la familia Botto Bernales, se abrían pequeñas tienda, parte de un edificio de 5 pisos levantado por las Madres de la Congregación Clarisas Capuchinas, más conocidas como las Madres de Jesús María. Estas conservaban su amplio convento detrás de las casas de su propiedad. En la esquina, donde se hallaba la puerta del convento, seguía impávida la fachada del templo de Jesús, María y José, con sus altares dorados y su púlpito barroco. Carlos se santiguó al pasar. Siguió por la calle de Mogollón, toda ella convertida en una sucesión de caricaturas de rascacielos. Los viejos y suntuosos caserones de aquella calle no existían ya. Sólo como un rezago del ayer, la Bomba France N^o 2, cuya fundación se remontaba a antes de la guerra del 79. Carlos extrañó no ver ya en la puerta la figura jovial de un bombero de barba rubia y ojos dul-

ces, periodista y fotógrafo, a quien admiró en sus diez. Recordó que se llamaba Fernando Lunt. De una de las casas retocadas salió un hombre pequeño, delgado, moreno, de cabellos canos y largos y andar nervioso. Le dio un codazo al pasar y dijo "Perdon". Era el pintor Macedonio de la Torre, ya cumplidos los ochenta, pero ágil y alegre como un oso. En la esquina entró a la calle de Villegas, cruzó la esquina de Ocoña, que ayer era la de Pilitricas, caminó unos pasos por la del Serrano, a espaldas del Bolívar, y entró a la Colmena con rumbo a Monopinta. Al entrar en La Colmena pegó un salto: una mujer de vestido de vivos colores estuvo a punto de ahorcarle:

—Fíjese, por dónde anda, idiota. Me ha chancado mis joyitas.

Carlos comprobó atónito que efectivamente había puesto el pie sobre la mercancía de una vendedora ambulante que había "invadido" la acera reservada a los peatones.

—Disculpe, señora, no la había visto.

—Dónde tiene los ojos, cojudo...

—Usted tiene la culpa. Este sitio es para caminar no para vender.

—¿De qué quiere que viva, niño bien?

Carlos cruzó la ancha calzada encaminándose a su objetivo.

* * *

Desde la esquina de Monopinta y La Colmena hasta el Hotel Crillón se movilizaban grupos de hombres y mujeres, sin duda provenientes de los barrios marginales. Bocas desdentadas y gritonas, rostros originalmente pálidos pero congestionados, pelambres hirsutas, chompas descoloridas, faldas polícromas, gritos y gritos: "chino, chino, contigo hasta la muerte".

"Chino" le decían a Velasco. Querían que los delegados cosmopolitas a la reunión del Tercer Mundo se impresionaran con aquella popularidad vocinglera. Un orador, en la esquina de la antigua calle de Bravo y la Colmena discursaba:

—Esta es la hora del pueblo... ésta es la hora de los explo-

tados... no más explotación; los trabajadores seremos dueños del Perú... abajo el imperialismo yankee... viva la democracia popular, viva el socialismo, viva la Reforma Agraria... abajo la IPC...

Un viejito de anteojos oscuros murmuró a su acompañante:

—Pero si la IPC ya se fue. ¿No te acuerdas que el 9 de octubre de 1969 nació el Día de la Dignidad Nacional?

El acompañante era un hombre adulto, con apariencia de notario, comentó:

—Esta masa humana defenderá sus conquistas y al General Velasco. Aunque le corten la otra pierna seguirá siendo el líder de este populacho.

—Lo mismo decían de Perón, y el día que lo depusieron no hubo un solo descamisado que saliera a la calle a defenderlo.

—Es que los descamisados argentinos están muy bien comidos: spaghettis, polenta, ravioles, pan blanco y negro, leche con nata, asado de tira, carne, carne y pejerreyes del Paraná, la buena mesa es contrarrevolucionaria.

—¿Eso quiere decir que el hambre es el mejor general de la revolución?

—Por lo que sucedió con Perón y lo que pasó con Leguía podría decirse que sí: esta gente entonces...

—¿Lo que tú quieres decir es que esta gente, como tiene algo de hambre, defenderá a Velasco hasta la muerte?

—Bueno, no exagero tanto, pero, fíjate cómo grita y cuántos son.

Efectivamente, había una multitud compacta pero evidentemente heterogénea. No pertenecían a otras agrupaciones comunes que a la protesta y el odio:

—Querido amigo, no hay mejor pegamento social que el odio.

—Con eso se destruye, no se pega: se despega.

—Cuestión de opiniones.

Por la puerta del Crillón comenzaron a desfilar los delegados para tomar sus automóviles, unos sonreían ampliamente, otros

miraban con curiosidad, otros escarbaban el cielo con las manos saludando y el griterío fue in crescendo. Naturalmente el objetivo de los gritos eran los yankees. Por ahí sonaron algunos vivas: “viva Cuba, viva Fidel Castro”...

Un negro vestido con túnica blanca, robusto, luciendo un “tarbuch” sobre la cabeza, sonreía mostrando una dentadura sólida y blanca como teclas de piano. Empezaron a sonar golpes metálicos. Unos manifestantes se entretenían en apalear las carrocerías de los automóviles allí detenidos y romper ventanas. El hombre con aspecto de notario guturó:

—¿Qué culpa tendrán las ventanas de lo que pasa? ¿También ellas serán antiimperialistas y descamisadas?

Carlos, que se había detenido en la esquina de Monopinta, se encaminó rápidamente hacia la casa de los Torres. Una asonada rompió los aires: de un camión bajó un grupo de guardias de asalto pero no atacaron a nadie:

—¡Contigo Chino, contigo hasta la muerte!

* * *

Vibró el teléfono. Vibró largamente. Carlos, que estaba medio amodorrado, a pesar que eran las 9:30 a.m., empuñó el tubo y preguntó molesto:

—¿Aló, quién llama, a quién busca?

Una voz conocida se identificó desde el otro extremo del hilo telefónico. Carlos, despabilándose con premura, exclamó:

—Ah, eres tú, Jaime. . . Sí, te había reconocido. . . Sí, tengo presente nuestro compromiso. . . A ver, ¿qué sucede?

La voz desde el otro extremo del hilo inició el relato:

—Bueno, Carlos, ha sucedido lo previsto. La radio acaba de recoger un *flash* desde Tacna. El comandante General del Ejército, General Morales Bermúdez, ha lanzado un ultimatum al chino Velasco: o se rinde y entrega el mando o lo bombardearán. Firman con Morales Bermúdez los comandantes Generales de cuatro regiones militares.

—Las regiones son cinco, interrumpió Carlos nerviosamente.

—Ya lo sé: la II Región, la de Lima, que comanda “Olluco” Rodríguez, no se ha pronunciado todavía. Están haciendo consultas. Pero no te olvides, la II Región ha dejado de ser decisiva porque la mayor parte de los tanques están en el sur.

—¿Y Velasco?

—Se ha venido de Chaclacayo y está en Palacio, absolutamente solo salvo tres de sus Ministros.

—¿Y Olluco?

—Habla con respeto, Carlos: el General Leonidas Rodríguez Figueroa está en Palacio y parece que ya se plegó a la revolución de Morales Bermúdez. Escucha un *flash*.

En efecto, la radio propalaba un comunicado del Comandante de la II Región adhiriéndose al movimiento de Tacna con algunas formalidades.

—¿Y las masas populares?

—Buenas, gracias. Se han evaporado. Nadie sale a la calle a ver a Velasco.

En el Hotel Crillón reinaba una confusión espantosa. Los representantes de los 77 países no sabían si continuar o suspender sus tareas. Los de Cuba, Corea, Mozambique, Argelia, Arabia Saudita, Finlandia, no sabían qué hacer. No podían olvidar que cuatro días antes, el General Velasco, con gesto augusto y apoyándose en los brazos de un sillón, mal sostenido por un pie, había inaugurado la asamblea.

—No entiendo esta democracia —murmuraba el delegado de Panamá.

—El imperialismo trata de ganar la batalla —proclamó el de Cuba.

—El General Velasco cuenta con su pueblo, exclamó otro.

Los camareros de chaquetilla pasaban rondas de Ye Monks, Gin Gordon, olorosos pisco sours.

El General Velasco se puso en contacto con sus divisiones. Tenía el rostro contraído por la cólera, todos estaban con Morales Bermúdez; hundido el *kepí* hasta las orejas y un poco levantado

sobre la frente recorrió las habitaciones de palacio, salió al patio y subió a su automóvil. La Guardia le rindió honores, los penúltimos de su vida. El Cadillac negro, blindado, arrancó rápidamente hacia la carretera del centro, rumbo a Chaclacayo. Casi no había tráfico de autos; casi no había tráfico de gente; casi no había sino soledad y silencio pesando sobre la ciudad.

—Chino, chino, contigo hasta la muerte.

Fue un grito interno que no oyó nadie sino la conciencia alerta y dolida del dictador de los últimos 7 años. La radio del automóvil registró otro mensaje de Tacna. El chofer, discretamente, apagó la radio. Olía a gasolina, pasto y abandono: así pasan las glorias del mundo.



CAPITULO XVIII

“LO QUE EL TIEMPO SE LLEVO”

Las puertas del Hotel Crillón se hallaban rigurosamente custodiadas por centinelas armados de metralletas. Los representantes de los países no alineados, reunidos en el vestíbulo, miraban con sorpresa en torno suyo. Los cuchicheos aturdían como zumbidos de gruesos moscardones. Surgían aquí y allá extrañas vestimentas. Un negrazo de gruesos anteojos lucía una túnica polícroma. Un hindú cubría la parte estrecha de sus pantalones blancos con un blusón también blanco sobre el que resaltaba su barba negra; su testa se hallaba envuelta en un turbante también blanco. Había chaquetas largas y cortas, predominando el color oscuro. En la calle, severamente apartado de todo contacto con el hotel, se arremolinaba un gran grupo de curiosos. Era el día de la clausura. El César vencedor que había pasado el Rubicón sin disparar un tiro, aunque sí numerosos telegramas, estaba ya en Palacio de Gobierno. La gente se preguntaba inquieta: ¿asistirá a la clausura o no?

Nadie sabía lo que podría ocurrir. El defenestrado General Velasco pasaba sus iras y murrias en su retiro campestre de Chacacayo. Nadie sabía lo que iba a pasar. De pronto se notó movimiento en las Guardias del Hotel. Rápidamente desembocaron desde la Plaza San Martín media docena de motos y una caravana de autos negros y largos. Mientras tanto, soldados de la es-

colta presidencial con sus cascos plateados, coronados de negras crines, formaron filas a la entrada del Crillón. Los motociclistas hendieron a la multitud, desalojándola. Del más largo de los carros descendió un militar alto y moreno, rodeado por sus edecanes. Tenía la cara adusta, aunque una sonrisa contenida alcanzaba sus gruesos labios. Subió con paso seguro los cuatro peldaños de la entrada del hotel y prosiguió a la sala en que estaban reunidos los delegados. Desde luego, resonó un aplauso protocolar. Las miradas de extrañeza fueron generales. Después de todo, ser inaugurados cinco días antes por un Presidente y ser clausurados por otro, sin que hubiese habido un proceso eleccionario, ni se hubiera disparado un tiro, salía de lo común. Los delegados se cuchicheaban al oído. Algunos de ellos trataban de ser vistos y aplaudían con más fervor que los demás: eran los mismos fervorosos de cinco días atrás frente a otro jefe de Estado.

Carlos se vio empujado por unos tipos que indudablemente pertenecían a la Policía de Investigaciones. Habría querido volverse atrás, caminar dos cuadras y regresar a Monopinta, pero no lo dejaron, tuvo que encaminarse a la Plaza Dos de Mayo y, entre fastidiado y sorprendido, ingresó a la Av. Alfonso Ugarte.

Pensó en cómo había nacido aquella avenida. Era una vía mal trecha hasta el año del Centenario de Ayacucho. Entonces se convirtió en una verdadera vía urbana, de cuatro canales, con jardines al centro e inclusive una instalación de servicios públicos, un urinario popular en el medio de la avenida. El mingitorio no funcionaba ya. La gente lo había reemplazado por los muros del establecimiento. Ciertamente el hospital Arzobispo Loayza mantenía su severa elegancia. La avenida comenzaba en la Plaza Dos de Mayo con un monumento espléndido, *made in France*, concluía con el monumento al Coronel Bolognesi en la Plaza del mismo nombre, con una estatua del héroe, primeramente *made in Barcelona* por el escultor Querol y reemplazada por otra, cincuenta años después, obra del escultor peruano Artemio Ocaña. La avenida estaba sucia, los edificios polvorientos daban una impresión monótona. En una misma calle y en una misma acera, se daban la mano el Colegio Guadalupe, de viril historia republi-

cana, y el Cuartel Sexto de Policía, convertido entonces ya en cárcel política. Carlos recapacitó en el significado de semejante contraste; un colegio y una cárcel en una misma calle a ochenta metros entre sí.

* * *

Al llegar al fin del Paseo Colón, frente al Museo de Arte, diseñado por Eiffel, y a espaldas del Instituto Histórico Militar, se extendía el ya recortado Parque de Neptuno, prestigiado por un artículo de Valdelomar, aquel con que abrió las páginas de la discutida revista Colónida, allá por 1916. El esbelto edificio del Museo de Arte Italiano interrumpía la boscosa presencia de aquel parque con su rumorosa fuente al centro. Carlos lo atravesó, sacudido por un extraño temblor. Recordaba antiguas conversaciones del tío Leandro y del tío Víctor cuando evocaban sus días de mesocrática bohemia. Entonces los traviesos limeños habían apodado a ese paraje como “el parque de los garifos” aludiendo a la condición de “garifos”, es decir, de “calatos”, o sea de desprovistos de dinero, de quienes solían cobijar sus forzados ocios bajo los ficus del parque. Cruzó la calle que ahora llamaban Av. España y se enfrentó a los altos edificios del flamante Hotel Sheraton y de la Torre de Lima. No pudo contener un estremecimiento. Durante años, toda su infancia, escuchó relatos macabros sobre los antiguos pobladores de aquella manzana. Allí estaban la cárcel y la Penitenciaría o Panóptico. Allí sufrieron, clamaron, fueron torturados y a veces murieron no ya criminales, sino ilustres ciudadanos encarcelados por “razones” políticas y sin proceso alguno. Allí pasaron horas tétricas tanto el asesino de “Tirifilo” como los Presidentes Pardo, Billinghurst y Leguía y también Haya de la Torre. Contaban por eso que en las noches los turistas del Sheraton oían ruidos de cadenas y quizás ahogadas exclamaciones. Carlos entró en el edificio de la Torre de Lima. Lo habían convocado a una reunión allí. Un año antes las turbas de los barrios marginales y estudiantes enfurecidos habían intentado incendiar el recién estrenado edificio. La ciudad era una contradicción, un diálogo interrumpido entre los campos con ganas de urbanizarse y

la ciudad obligada a ruralizarse. Desde un balcón del penúltimo piso tendió la mirada hasta donde se lo permitían otras construcciones y el cerro de San Cristóbal. Un hacinamiento de covachas policromas, chatas y desordenadas cubrían las faldas de las colinas y los cerros circundantes, así como los barrios más allá del clásico "centro" limeño. No pudo contener un gesto de amargura. Su Lima, en la que él nació, no tenía los cien mil habitantes de los tiempos del tío Leandro, sino medio millón; ahora pasaba de cuatro millones. Sin embargo, no se había aumentado ni la energía eléctrica ni el caudal del agua potable. Gentes, gentes y más gentes, y nada más que gentes, sin equipajes permanentes, ni habitaciones sólidas. Aquello parecía un gran arrabal sitiando a una gran urbe derrotada. No tuvo fuerzas para asistir a la convocatoria que le habían hecho. Bajó la cabeza, llamó al ascensor y se hundió en su tubo hasta el primer piso. Salió con los hombros caídos recordando lo que no había vivido, imaginando lo que no había llegado, jinete en un *no tiempo*, que no es lo mismo que una eternidad.

Los pasos le condujeron sin quererlo, ni saberlo, a los viejos barrios familiares. Cuando se es de veras, uno regresa siempre allí donde empezó. Los elefantes buscan su cuna para convertirla en sepulcro. Nos dan una lección rugosa y firme, sembrada de marfiles: así habría empezado un cuento suyo Rudyard Kipling, creador de Mowly, de la serpiente Kaa, de la pantera Bayera, de la mangusta Ripi Tiki Tabi. Carlos tal vez soñó esa noche con un barrio de paredes de adobe y hojalata en lugar de frondosos árboles y altísimas lianas.

* * *

La tarde era un poco pesada, las radios, por lo general monótonas, lo estaban más que nunca. Carlos había terminado de tomar el té con Carmen Rosita y su madrastra. Ambas vestían de luto, con el clásico luto limeño: traje negro, medias negras gruesas, zapatos de taco bajo; los cabellos peinados lisamente, la boca sin carmín. Los ojos de Carmen Rosita lucían, no obstante, grandes, rasgados y brillantes. Carlos recordó un lejano comentario del tío

Leandro sobre los ojos de Carmen Rosita y los de su madre: "tienen ojos de musmé, de gheisha". Carlos había grabado la frase en su memoria: venía de los tiempos en que los japoneses hicieron noticia en América, probablemente después de su victoriosa guerra con la Rusia zarista. Como de costumbre, el "lonche" criollo era sólido, mas no copioso: una taza de té inglés, dos panes con jamón del país, un trozo de pastel, un alfajor de manjarblanco, un vaso de agua. En el reloj dieron las seis. La radio transmitía un discurso más del General Morales Bermúdez prometiendo la salvación eterna para el que creyese en la "revolución" de la Fuerza Armada del Perú. Una que otra alusión no muy hiriente contra el General Velasco a quien acababan de derrocar y palabras ambiguas sobre la II fase de la revolución. Lo que podía entenderse con su continuación o su término. La madrastra llamó a la criada, una cholita agestada, nacida en Corongo, con las trenzas bailándole sobre las espaldas. Enseguida se levantaron de la mesa:

—Supongo que no querrán seguir oyendo tanta majadería. ¿Por qué no vamos al cine? Creo que en el Metro o en el Tacna pasan una película muy elogiada: "Incendio en la torre". Dicen que es formidable y que uno acaba por querer salir corriendo de la sala.

—No me gusta pagar por susto —comentó burlonamente Carmen Rosita—. Preferiría ir a otra película.

Carlos, puesto ya de pie, se limitó a decir:

—Si ése es tu gusto, vamos. Y dirigiéndose a la madrastra le dijo:

—Señora, nos gustaría mucho que viniera con nosotros.

—Gracias, pero no pienso salir, y además estoy de luto.

Carmen Rosita saltó como un resorte:

—Yo también estoy de luto, pero estoy viva aún y estoy segura de que mi padre me habría imitado.

La señora se encogió de hombros.

El salió a largos pasos, Carmen Rosita lo alcanzó. Caminaban por una Lima llena de mugre, de vendedores ambulantes,

tenían que pedir permiso para transitar. En un recobeco un tipo con aire de marica, cabellos largos y pantalón ajustado, les salió al paso ofreciéndoles lentes para el sol. Carlos lo apartó con un gesto. En el Metro no daban ninguna de las películas que buscaban. Entraron por el Portal San Martín y se dirigieron de la Colmena hacia la Av. Tacna. Cada metro era un reniego de Carlos y una carcajada de Carmen Rosita. Los vendedores ambulantes tapizaban la avenida con sus cachibaches y sus contrabandos. Dos veces estuvo Carlos a punto de pisotear una mercancía; avanzó recogiendo insultos en medio castellano y mitad quechua.

—Esto no es Lima, han desgalgado a la provincia sobre la ciudad. La dictadura ha querido cambiar las cosas llamando “pueblos jóvenes” a las “barriadas”: “la mona aunque se vista de seda mona se queda”. Ya Lima murió, prima. Adiós virreyes y jardines y arzobispos y Santa Rosa, y marqueses y civilistas, y el diablo en botella. Esto se acabó.

Compraron sus boletos en la taquilla del cine Tacna y entraron a la lujosa sala del cine. La función había comenzado. Durante hora y media asistieron al emocionante espectáculo, mezcla de lujo neoyorquino, cursilería internacional y evocaciones de Boris Karloff y Bella Lugosi. Carmen Rosita miraba la pantalla embrujada. Cuando llegó la escena del incendio, el teatro vibró con el estruendo de alto parlantes estratégicamente puestos en la sala. Carmen Rosita se levantó horrorizada igual que otros espectadores. Carlos se echó a reír.

Yo me voy —dijo terminantemente la muchacha—, harto tenemos con ver tantas cosas feas en las calles para pagar por asustarnos. Carlos, estoy cansada, de veras. Si quieres tú te quedas; estoy a 7 cuadras de la casa.

Carlos ya estaba de pie. Cogió del brazo a su prima y salieron del cine pausadamente. Afuera se los tragó el bullicio ensordecedor y áspero de una multitud ubicua, gritona y zafia. Haciendo quites a las baratijas sembradas en las aceras, rehicieron el camino hacia la calle de Monopinta. El zambo Arturo, alto y panzón, los saludó con un grito. Carlos esperó que ella abrie-

ra con su llave el postigo. Se despidieron con un beso. El echó a andar hacia el centro silencioso, salpicado por unas pocas islas de luz y parloteo. En la calle de Espaderos se detuvo ante la antigua dulcería de Novoa. Engulló una butifarra, saboreó un trozo de tajadón rezumando miel y bebió una botella de Inca Kola "de sabor nacional". Al salir tropezó con un perro que levantó la cabeza mirándolo con ojos pordioseros. De un auto que pasaba raudamente alguien gritó:

—Hermano, sube, nos vamos de jarana.

Carlos hizo un gesto de fastidio, negándose. El auto partió velozmente. De su fondo surgió un grito:

—Cojudo.

Una sensación de tedio se había apoderado de Carlos. Recordó otra vez al tío Leandro:

—“En esta ciudad hay para todos, menos para los que valemos”.

Echó a andar sin prisa, buscando el abrigo de las paredes como si fuera a desmayarse. Un farol en lo alto simulaba una estrella. En una torre lejana sonaron 10 campanadas; la noche estaba joven; la ciudad, ño.

* * *

EPILOGO QUE TAMBIEN PUDIERA SER PRELUDIO

Don Francisco se ha puesto de mal talante (uno jamás puede prever de qué genio despierte a la mañana siguiente). Sí, Don Francisco se halla malhumorado. Ha puesto de lado el yelmo con su plumaje ondeante, no ha ceñido el cinturón con la espada de combate; anda de jubón y calzas. Acariciándose las barbas, don Francisco mira en torno suyo y se le frunce el ceño, con voz pausada barbota:

—Creí estar en la Villa de Los Reyes y me parece despertar en un zoco africano: de tan sucio y pestífero que está lo que veo. Esta no es Lima, la villa que yo fundé. Me preocupó trazar limpiamente las manzanas de 120 varas por lado; abrir la Plaza Mayor frente a mi casona, digo a mi solar, y hoy todo es mugre, mugre y mugre. ¿Qué ha pasado en Los Reyes? Yo encargué a mi camarada Nicolás de Ribera, el viejo, organizar cabildo y vecindario. La fachada cabildal no es del todo fea, pero su color blanco resulta gris ahora. No veo nada de lo que dejé. Me desconcierta una cosa: allí donde planté la higuera hay un palacio medio francés, pero lo que me asombra es que un retrato mío que colgaba de uno de los muros de mi casa haya desaparecido y, en su lugar, cuelgue el de un indio mestizo con sombrero español: yo no le vendí la casa, ni creo que nadie lo hiciera. Algo anda raro por ahí. Menos mal que el río está en su sitio y el

cerro, al que llamamos de San Cristóbal, no se ha movido aunque está lleno de covachas con techos de lata en calles torcidas. ¡Qué raro! Ya no hay ni gallinazos. El Cercado, donde se encerraban los indios de noche, ha desaparecido, los indios no. Y hablan su quechua en las calles por donde paseaban mis caballeros de chambergo ancho y tizonas largas. Mi ciudad no es mi ciudad, está peor que nunca. Menos mal que la Alameda de los Descalzos todavía conserva algo. La Alameda y el río no están del todo perdidos, ¡pardiez!

—¿Va usted a cantar eso “del río a la Alameda”, eso que llaman “La Flor de la canela”?

—¿Y a usted quién le dio vela en este entierro, señor intruso, cómo os llamáis?

El personaje bajito y gordezuelo, rubios los largos cabellos, azules los ojos astutos, el mentón prominente, irónica la risa, incisiva la voz, respondió:

—Mi nombre es Raúl Porras Barrenechea, historiador de vocación, diplomático de uso, profesor de oficio y admirador de usted, señor Marqués de los Atavillos.

—Barrenechea. Barrenechea. Sois vasco, como los Goycochea, los Olaechea, los Necochea, los Icochea, los Beingolea, los Ormachea, los Barricochea.

—Pero yo soy peruano, y aunque nací en Pisco me considero de Lima, de la tres veces coronada ciudad de Los Reyes que usted fundó, don Francisco.

Don Pancho Pizarro se detuvo pensativo y, tendiendo la mirada en su derredor, exclamó:

—Entonces vos sois testigo de que esta Lima no es la que yo fundé. Yo fundé una villa ordenada y limpia. La cuidábamos con esmero los solariegos de ella. Cierto que no la viví sino poco más de cinco años, los suficientes para trazar calles rectas, levantar casas amplias y aireadas con muros de adobón amasado con paja, tierra y agua pura. Todavía están en pie esas paredes. Veo mis iglesias, las pocas que levanté, recibiendo a fieles y la Plaza Mayor llena de transeúntes, frailes, soldados, buhoneros, in-

dios cargadores y hasta uno que otro negro esclavo levantando la sombrilla para su ama, pero todo eso ha sido traspuesto a miseria, ruido, suciedad, negocios. Todo desapacible y feo. ¿Dónde está mi ciudad, señor Barrenechea?

—Porras, sí, Porras Barrenechea, mi padre nació en Cajamarca en donde usted hizo morir con vil garrote al Inca Atahualpa.

—Ah, sí, sí. Era un indio fino y bastante desperdido, aunque hubo que castigarlo para que hablase. Hubieseis visto el cuarto en que estuvo encerrado y hasta dónde levantó la mano para señalar el oro y la plata que podía entregarnos, y claro, ¡pardiez! se lo hicimos entregar. Pero lo que me preocupa es esta ciudad mía que yo tracé con mis propias manos y que hoy es un foco de tenebrosidades y casi de inmundicia. Qué pena me da.

—Pues no os debe dar tanta, señor Capitán, arguyó un hombreillo delgado, de barbas y pelos blancos, de mucho empaque en el gesto y voz nasal. Si se fija usted bien verá que por lo menos hay dos grandes boulevares que usted no soñó y que yo abrí: ambos paralelos, aunque distantes. Mire usted bien: allí donde entonces terminaba su villa de Los Reyes, en donde estaba el Convento de San Juan de Dios, a espaldas de la Iglesia de La Encarnación hay una Avenida ancha, a la que desgraciadamente han arrancado sus árboles. Lleva mi nombre, Av. Nicolás de Piérola o de La Colmena, porque así titulé la compañía que la proyectó. Y aquella otra más corta, más angosta, con un paseo al centro, todavía con algunas estatuas y algo de verde, el Paseo Colón, más allá de donde terminaban las murallas que usted no soñó y que yo desmonté de su parte.

—¿Fuisteis vos sucesor de Nicolás de Ribera, es decir, del Alcalde Mayor de Los Reyes?

—Más que eso: fui Presidente de la República.

—¿Y eso qué es? Lo he escuchado a alguno de mis secretarios, sobre todo a Francisco de Jerez, hablar de algo así como de una república de un señor Platón, creo que griego; más eso era un sueño, no una realidad. ¿Fuisteis alcalde de un sueño?

—Bueno, casi, casi, sí. Mi República fue un sueño del que no he despertado aún.

—Pueḡ volved a dormir. Yo me pondré a soñar para distinguir mejor vuestras avenidas.

El señor chiquito y de barbas hizo una profunda reverencia. Metiéndose la mano entre la solapa de la levita y el chaleco, se marchó con paso solemne. El señor Porras sonreía traviesamente:

—Si continúa usted criticando, don Francisco, van a brotar muchas ánimas del Purgatorio, del Paraíso y del Infierno para blandir sus méritos como lanzas y espingardas.

—Buen humor tenéis, señor don Raúl, y parece que conocéis bien a la ciudad y a sus progenitores. Lo que yo sostengo, lo que me preocupa como padre de esta hija venida a menos, es que haya crecido en superficie y esté perdiendo en significado. Que luzca tantas torres de papel mascado, de eso que llaman cemento y que no estén pobladas por seres humanos sino por ofensores profesionales y por rapabolsas expertos, según me cuentan, que publican sus papeles periódicos, que desgraciadamente yo no alcanzo a leer.

—Esa no es desgracia, sino ventura, don Francisco. Si pudieseis leerlos, clamaríais por volveros a vuestro primitivo estado de no lector original.

—¿Por qué no me llamáis analfabeto, don Raúl?

—Porque usted conoce un alfabeto más complicado y útil que los que aprendimos en la escuelita elemental.

Pizarro se pasa la diestra por la frente como alejando malos pensamientos, se desabrocha el jubón y mira melancólicamente hacia el atrio de la Catedral. Un suspiro le estremece el pecho:

—Estoy mirando hacia el atrio donde me hundieron la estocada los asesinos que mandaba Juan de Rada. La Catedral no tenía aún torres y se estaba levantando la Iglesia del Sagrario. Yo habría querido acogerme a refugio sagrado; me cortaron el paso... el paso y el guargüero: aquí tenéis la huella, aquí en el

cuello; por poco más me habrían degollado como a un puerco. Mas no hablemos de puercos.

—Lo comprendo, don Francisco, no hablemos de puercos.

La tarde ha caído sobre la ciudad todavía bulliciosa. Se escuchan bocinas, campanas, rebuznos, gritos, chirridos, relinchos, escapes abiertos, más bocinas, más voces, pasos, paso y pasos. Un hombre también pequeño, de larga nariz y ojos penetrantes, bien peinado con raya sobre la sien izquierda, canoso, vestido como un británico, asoma el rostro astuto y previene a don Raúl:

—Cuéntele, si tiene ocasión, algo más sobre Lima; recuérdeme que yo la rehice y la orienté hacia el sur; que yo abrí más avenidas y levanté más edificios y mantuve el aseo y el orden aunque fuese a palos.

—Don Augusto, no es necesario que yo se lo diga, pues lo está escuchando a usted y parecería que con mucha complacencia; eso de mantener el orden le ha gustado sobre manera.

Don Francisco sonrío bajo sus barbas.

—Al parecer, señor don Raúl, sois el único que no se jacta de invención alguna en esta ciudad.

—No fui Alcalde y sólo alcancé a ser Senador, pero ya tan entrado en la vida que no me alcanzó el tiempo sino para mi propia vocación: la historia, la diplomacia, la libertad.

—Os hubierais dedicado no tanto a narrar como a limpiar mi villa. Desde acá percibo un hedor poco estimulante, una confusión nada atractiva, un desorden y una pobreza deplorables. Nosotros no fuimos ricos y a menudo tampoco limpios. Sin embargo fuimos alegres y teníamos llena la tripa lo cual se reflejaba en nuestro humor y nuestra risa. Hoy creo que me equivoqué, don Raúl. Esa neblina, que casi no me deja percibir los barrios de barro y hojalata, poblados por humilde gente mal nutrida, me acusa de desventurado fundador. Me traicionaron el río y la cerrazón del valle; me encandiló la cercanía del mar y la riqueza de los valles. Pensé en que allí el pan y la seguridad eran más fáciles que en parte alguna. Mucho me dijeron para quedarme

en Jauja, cuyo clima invita al placer de vivir; me habría gustado permanecer al lado de los fieles huancas, al amparo de los Andes y al borde de ese río caudaloso y bullidor que vosotros llamáis Mantaro: el mar me sedujo y me traicionó tanto como el río. Fundé la capital en un lugar de escape: es que era tiempo de escape; contábamos con pocos soldados para tanto nativo. Dios y San Cristóbal nos ayudaron en el duro trance del sitio de Lima al año de su fundación. Todavía me duele el hombro de tanto menear la tizona en combates casi singulares. ¿Qué apuntáis, don Raúl?

—Estoy transcribiendo las palabras de usted, don Francisco. Las añadiré a la próxima edición que se haga de un póstumo libro mío sobre usted, don Francisco.

—Gracias os sean dadas, señor Don Raúl; espero que habléis de mi ciudad y no de la vuestra: aquélla, la mía, era pequeñita y atractiva, plácida y aseada; la vuestra, lo digo con angustia, don Raúl, es ciudad sólo por su magnitud, mas no por sus esencias ni sus cualidades. Siento haberlo dicho, don Raúl, todavía no me curo del pecado de ser franco.

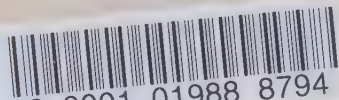
El estruendo que sube de la Villa crece, crece, a punto de no permitir diálogo alguno. Cuando las ciudades se vuelven “tentaculares”, como las llamaba el poeta belga, Verhaeren, prácticamente parecen pulpos entre cuyos tentáculos acaban estrangulados quienes las pueblan, y también quienes las cantan.

* * *

INDICE

		Escenario	7
CAPITULO	I	Política y jarana	9
CAPITULO	II	Bancocracia y política	17
CAPITULO	III	Lima, la horrible	24
CAPITULO	IV	Hippies y guerrillas	32
CAPITULO	V	El cisma	39
CAPITULO	VI	El camarada Fidel	47
CAPITULO	VII	La blindada	55
CAPITULO	VIII	El nuevo paraíso	63
CAPITULO	IX	La gran marcha	72
CAPITULO	X	Las horcas caudinas	78
CAPITULO	XI	Elegía de los balcones	86
CAPITULO	XII	Las ideas y los hechos	93
CAPITULO	XIII	Del "Che" al "Gua"...	103
CAPITULO	XIV	Adiós a las armas	109
CAPITULO	XV	Viático	117

CAPITULO	XVI	Tout passe, tout casse, tout laŕse	124
CAPITULO	XVII	Delenda est Limae	133
CAPITULO	XVIII	“Lo que el tiempo se llev3	140
Ep3logo que tambi3n pudiera ser prelude			147



3 9001 01988 8794

274

12489

BARCODE
INSIDE

Los Redentores concluye con el golpe de Odría en Arequipa. Esta novela, la cuarta de la serie que empezó a revivir la historia del siglo XX peruano —o limeño más bien—, avanza por ella casi hasta nuestros días. Los viejos recuerdos de *Los señores* y de *Los burgueses* dejan paso en este libro a la fresca memoria de tiempos bastante próximos. Los turbios años del "General de la Alegría" (la suya, claro), los desenfadados de las revueltas juveniles y la nueva conducta sexual, son ahora materia de estas páginas. Los protagonistas de la novela inicial, los miembros del núcleo familiar que vertebra todas estas novelas, han empezado a envejecer, algunos han muerto. Pero la historia sigue y Luis Alberto Sánchez nos la entrega aquí en cuadros vivos que despertarán tanto coincidencias como discrepancias, pero en cualquiera de ambos casos un mantenido interés. El mismo que ha hecho que este conjunto de novelas conquiste un numeroso y creciente público lector.

